Arturo Jauretche

"La colonización pedagógica" y otros ensayos

antología



capítulo

Biblioteca argentina fundamental

"La colonización pedagógica" y otros ensayos

antología

capítulo

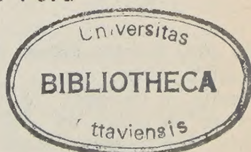
Biblioteca argentina fundamental

Arturo Jauretche

"La colonización pedagógica" y otros ensayos

antología

Selección y estudio preliminar
por el
profesor Aníbal Ford





CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

Dejamos constancia de nuestro agradecimiento a Peña Lillo por haber facilitado el material para la realización de la presente antología.

Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina. Impreso en enero de 1982. Tapa: Talleres Gráficos FA.VA.RO. SAIC y F, Independencia 3277/79, Buenos Aires. Pliegos interiores: Compañía General Fabril Financiera S. A., Iriarte 2035, Buenos Aires. Distribuidores en la República Argentina Capital: Mateo Cancellaro e Hijo, Echeverría 2469, 5° C. Buenos Aires. Interior: Ryela SAICIF y A, Belgrano 624, 6° p., Buenos Aires.

ISBN 950 25 0610 3

ESTUDIO PRELIMINAR

Todo taller de forja parece un mundo que se derrumba

En su excelente biografía de Scalabrini Ortiz, Norberto Galasso[1] *narra cómo, en medio de la década infame, Scalabrini, preocupado por los fracasos argentinos, por "la miseria de los resultados que muestran los argentinos en relación con su capacidad", pasa, en abrupto salto, de las explicaciones metafísicas y existenciales a las explicaciones económicas; concretamente al descubrimiento de que esos fracasos, esas incapacidades, esa "inhibición oculta", eran causadas fundamentalmente por la estructura dependiente del país. Ante esta evidencia todo sería puesto en tela de juicio. Afirmaría más tarde Scalabrini: "El imperialismo económico encontró aquí campo franco. Bajo su perniciosa influencia estamos en un marasmo que puede ser letal. Todo lo que nos rodea es falso e irreal. Es falsa la historia que nos enseñaron. Falsas las creencias económicas con que nos imbuyeron. Falsas las perspectivas mundiales que nos presentan y las disyuntivas políticas que nos ofrecen. Irreales las libertades que los textos aseguran* [...] *Volver a la realidad es el imperativo inexcusable. Para ello es preciso exigirse una virginidad mental a toda costa y una resolución inquebrantable de querer saber exactamente cómo somos"*[2]*. La demostración de todas estas hipótesis, pero concretamente el análisis y el despiece de las estructuras del dominio inglés en la Argentina serían, especialmente a partir de 1933, el campo obsesivo de trabajo de Scalabrini Ortiz, quien se sumerge en él despreciando la brillante carrera literaria que en esos tiempos se le presentaba. Una decisión total que lo compromete con la insurrección militar radical que en diciembre de ese año comandan Bosch y Cattáneo bajo el lema "Por la soberanía popular que es la libertad de la Patria". Derrotada la revolución, Scalabrini irá a prisión y luego al exilio.*

Justamente en esa misma insurrección había participado, armas en la mano, otro hombre que venía replanteándose a la Argentina desde puntos de vista hermanados con los de Scalabrini: Arturo Jauretche, el poeta gauchesco que dejará testimonio de esa patriada en su poema Paso de los Libres, *escrito en la cárcel correntina y publicado en 1934 con prólogo de Borges, amigo de los yrigoyenistas en ese momento. Jauretche venía del conservadurismo, al cual había abandonado a los dieciocho años dejando así de lado otro "brillante porvenir"; había actuado activamente en las luchas reformistas y se había ido acercando al radicalismo en medio de la acción política, a veces a raíz de hechos muy concretos —aquella famosa patada en el traste que le propinan cuando está provocando a un agitador anarquista y que cambiaría su destino político*[3]*—, a veces en el intercambio nocturno con los compañeros de la facultad de derecho. Uno de ellos, Homero Manzi, quien con él fundaría años después F.O.R.J.A., sería el encargado de introducirlo definitivamente en el yrigoyenismo, en la comprensión del caudillo.*

Estos y otros hombres —jóvenes radicales como Manzi y Jauretche, compañeros de ruta como Scalabrini— que se unen después de 1930 en torno a las luchas del abstencionismo activo, a la impugnación de las corrientes antipersonalistas y alvearistas, al seguimiento del Yrigoyen del final —ese Yrigoyen que Jauretche ve morir y que poco antes había afirmado frente a un grupo de militantes entre los que estaban Jauretche y Manzi: "Radicales, hay que comenzar de nuevo"—, habrían de producir, al analizar minuciosamente la estructura de la dependencia de Inglaterra, al denunciar el pacto Roca-Runciman, al desmenuzar el Estatuto Legal del Coloniaje, un cambio epistemológico cualitativo en las formas de conocer, de aprehender la Argentina, un cambio que los llevaría a "mirar" de manera totalmente nueva su historia, su economía, su cultura, su geografía[4]*. Nueva o mejor dicho vieja, porque de lo que se trataba era de volver a ver las cosas como son, "con sólo el auxilio de un buen razonamiento", y no como la superestructura cultural, la "colonización pedagógica", había querido*

que los viéramos dado que "la incapacidad para ver el mundo desde nosotros mismos ha sido sistemáticamente cultivada en nuestro país" [5].

Tanto Scalabrini como Jauretche eran hombres de pensamiento y acción: escritores, periodistas, políticos. Pero durante esos años Scalabrini volvería su mayor esfuerzo en la investigación económica, mientras que Jauretche lo haría en la acción política, la tribuna callejera. (El cargó con gran parte de las cuatro mil conferencias que da F.O.R.J.A. durante esos años). De este perfil surgiría muchos años después, de 1955 en adelante, el Jauretche escritor que pondría énfasis en la comunicación —se puede decir que es uno de los grandes transformadores del discurso político en la Argentina— y en la superestructura cultural. Pero ambos son parte de la misma matriz —F.O.R.J.A. fue "obra de elaboración colectiva", afirmaría Jauretche— y de una propuesta que los define como totalizadores, *impugnadores de los ocultamientos producidos por el uso ideológico de la división del saber. "El lector —dice Jauretche— percibirá que mezclo cuestiones económicas, sociales y culturales. Tal vez sea falta de método como expositor, pero también persigo el deliberado propósito de mostrar constantemente la recíproca interdependencia de todos los aspectos para que se comprenda que el problema argentino necesita ser visto siempre desde el punto de vista integral..."* [6].

La crisis del treinta desnuda nuestra dependencia de Inglaterra y pone al descubierto las falencias del radicalismo, partido que hasta ese momento había expresado a las mayorías populares. Jauretche puntualiza: "Si el radicalismo caído del gobierno en 1930 carecía de una programática doctrinaria, poseía la aptitud, como creación auténtica del pueblo, de expresar la realidad viva del país y en función de ella aportaba soluciones correspondientes a la misma y que contrariaban las doctrinas y el pensamiento de las clases ilustradas en cuanto su ilustración era esencialmente ignorancia de lo propio y sabiduría de lo ajeno. Como el viejo partido federal, expresaba confusos sentimientos e ideas, comunes a sectores, contra-

dictorios entre sí en muchos aspectos, pero conglomerados en un sentido propio del destino y de los medios a realizar la nación. Pero después de 1930 el radicalismo pierde esa significación al caer sus comandos en manos de las minorías llamadas 'antipersonalistas'. Expresión popular del país, el radicalismo llevaba en su seno esas contradicciones que he señalado y antipersonalismo e yrigoyenismo habían expresado en sus crisis internas la oposición entre las tendencias nacionales, que veían en el mismo instrumento de su realización, y los que se diferenciaban solo formalmente del pensamiento de la oligarquía liberal" [7].

Este proceso del radicalismo produce, cuando se levanta la abstención, 1935, la polarización de los grupos yrigoyenistas, uno de los cuales, Jauretche al frente, funda F.O.R.J.A., con el objeto de profundizar el credo yrigoyenista, pero ya en la búsqueda de las precisiones, los "análisis de problemas concretos y soluciones concretas" de que había carecido hasta ese momento.

Si bien F.O.R.J.A. entra rápidamente en precisiones políticas, económicas y sociales, sobre todo en lo que se refiere al sistema de las derivaciones del pacto Roca-Runciman, se puede decir que su propuesta [8] *se inscribe en tiempos mucho más largos, algunos cerrados y otros no. Por eso es significativa la visión de futuro —a pesar de que estaban luchando en medio de la crisis y mishiadura de los años treinta— que se da en sus hombres. "Todo taller de forja parece un mundo que se derrumba" era la frase de Yrigoyen de donde había salido el nombre de la agrupación (F.O.R.J.A.: Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina). Idea de parto. Idea de nacimiento. "Forjista que estás de guardia / si te preguntan contesta / que estás de guardia en la noche / esperando que amanezca /" dirá Homero Manzi en su* Milonga de Forja. *Y afirmaría Jauretche: "Alguna vez discutiendo con un nacionalista cuando se acercaban a F.O.R.J.A. en busca de coincidencias, le dije: 'El nacionalismo de ustedes se parece al amor del hijo junto a la tumba del padre; el nuestro, se parece al amor del padre junto a la cuna del hijo, y*

ésta es la sustancial diferencia. Para ustedes la Nación se realizó y fue derogada; para nosotros, sigue todavía naciendo" [9].

Mitología de un grupo de hombres que iba a ser uno de los nexos fuertes entre los dos grandes movimientos de masas de la Argentina contemporánea: yrigoyenismo y peronismo. Mitología también de los hombres que prefigurarían el peronismo y que cuando surge éste, el 17 de octubre de 1945, disuelven la organización "porque el pensamiento y las finalidades perseguidas con su creación están cumplidas".

Pero esta es la coyuntura. Y bien podemos afirmar que como "modo nacional de ver las cosas", como análisis concreto de la nación concreta, como construcción de una visión desde adentro de nuestro país, las propuestas de F.O.R.J.A. mantienen aún un alto grado de vigencia.

"Un modo nacional de ver las cosas"

Hemos señalado que a pesar de la claridad de sus propuestas, F.O.R.J.A. es fundamentalmente un proceso inacabado de análisis de la Argentina, de descubrimiento de su cara real. Un proceso que, entre otros, Jauretche y Scalabrini fueron articulando trabajosamente.

Ante una crítica que en cierto momento le hizo Soler Cañas por haber mencionado elogiosamente a Caseros en su poema Paso de los Libres *(1934) puntualiza Jauretche: "Esto puede ser perfectamente explicado si se recuerda cómo fuimos formados intelectualmente los hombres de nuestra generación y cómo el encuentro con la verdad ha sido paulatino, fraccionario, carente de una visión panorámica integral, pues en cada paso que avanzábamos lo que se descubría estaba en contradicción con lo que se nos había enseñado como verdad inconclusa y muchas veces subsistente en nosotros. No hemos tenido ni literatura ni maestros de esa verdad, y los que había estaban ocultos bajo la abrumadora carga de literatura y enseñanza destinadas a ponernos anteojeras. En una palabra, tuvimos que fabricarnos nuestras pro-*

pias armas y conseguir con atisbos, intuiciones y datos aislados lo que para las nuevas generaciones ya es una verdad arquitectural" [10].

Y no fueron armas fáciles de fabricar. Pues no se trataba solamente de discutir doctrinas sino de desmenuzar críticamente una forma de conocimiento. Se trataba de construir una forma de ver las cosas desde aquí. Afirmaría Jauretche: "La expresión 'posición nacional' admite bastante latitud, pero entendemos por tal una línea política que obliga a pensar y dirigir el destino del país en vinculación directa con los intereses de las masas populares, la afirmación de nuestra independencia política en el orden internacional y la aspiración de una realización económica sin sujeción a intereses imperiales dominantes. Esta posición no es una doctrina, sino el abecé, el planteo elemental y mínimo que requiere la realización de una nacionalidad, es decir, la afirmación de su ser. No supone ni una doctrina económica o social [...] ni tampoco una doctrina institucional, pues todas son contingentes al momento histórico y sus condiciones. Esto no excluye la posibilidad del desarrollo de una doctrina nacional o de una doctrina de carácter general a condición de que ésta sea histórica, *es decir que nazca de la naturaleza misma de la nación y se proponga fines acordes con la misma. Y esta necesidad primaria era la que F.O.R.J.A. vino a satisfacer. Promover el* modo de ver las cosas *como punto de partida previo a toda doctrina política para el país, precisamente lo inverso de lo que hacían los partidos de doctrina"* [11].

Poco puede entenderse el aporte de Jauretche o el de Scalabrini si no se distingue esto. Conozcamos, afirmemos, consolidemos nuestra identidad y desde ahí conozcamos. Si la identidad está fragmentada, bloqueada, desviada, si no tenemos conciencia de desde dónde o cómo conocemos no podemos discutir con idoneidad las opciones que nos presenta la realidad. Se trata de un problema o de una corrección epistemológica anterior a la discusión doctrinaria. (O del diagnóstico en nuestra cultura de una patología epistemológica pues el énfasis que tanto Jauretche como Scalabrini ponen en el análisis de las formas en que aprehendemos las cosas resulta de considerar

que debido a la "colonización pedagógica" el argentino decodifica erróneamente su propia realidad).

"Todo nuestro problema consiste en empezar a ver las cosas desde el ángulo de nuestra realidad, la individual y la colectiva" [12]. *¿Por qué? Porque: "La incapacidad para ver el mundo desde nosotros mismos ha sido sistemáticamente cultivada en nuestro país. No pretendo desdeñar los factores lógicos que hacen gravitar lo universal sino señalar cómo se ha evitado la compensación natural con lo propio y la síntesis equilibrada en la expresión de nuestra personalidad. De aquí que el iletrado se desoriente mucho menos que el culto cuando trata nuestro problema 'indiscreto'"* [13].

Dejemos por ahora de lado las razones por las cuales se ha desarrollado esa incapacidad. Importa el diagnóstico que se centra fundamentalmente en los agentes de la superestructura cultural, la "intelligentzia" de nuestro país. Ese diagnóstico de incapacidad para leer la propia realidad desde adentro, ese desvío salta si comparamos tanto con las formas de ver las cosas de los "menos cultos", como las formas de ver las cosas en los países centrales. Dice Jauretche después de señalar el concepto restringido de la geografía y de la cultura que tienen los franceses: "Esta divertida noción que tiene el francés de la cultura es la geografía de la cultura. No los critico, ellos son lógicos y se rigen por las reglas naturales de proximidad histórica, geográfica, económica, cultural. Los ilógicos somos nosotros; digo nosotros, los más o menos ilustrados. Los ignaros, que se regulan por las leyes naturales de la proximidad, aciertan con mayor eficacia en nuestros problemas, pues su método se parece más al método de la ciencia" [14].

Aclaremos. Hoy el viejo concepto de reglas naturales de proximidad puede ser mejor entendido a la luz de las investigaciones tanto comunicacionales y psicológicas como ecológicas y etológicas, y aun epistemológicas, pero no era fácil de defenderlo en los años treinta, cuarenta, ni siquiera en los cincuenta. Piénsese simplemente en la afirmación de Echeverría al pie de su estatua ("La patria no se vincula con la tierra natal") analizada por Jauretche en el Manual

de zonceras. *Lo digo porque esa estatua fue ubicada en un lugar central de Buenos Aires después de 1955.*

A partir de ese diagnóstico, de esa puntualización de las enfermedades de nuestra identidad —en la medida en que el "sí mismo" se articula sobre un punto de referencia externa, "pendiente de" y no sobre lo interno— tanto Jauretche como Scalabrini comienzan desde cero (recuérdese la "virginidad mental a toda costa" de este último), poniendo entre paréntesis lo conocido y volviendo a las cosas mismas; a pensar la realidad desde lo propio y desde lo concreto, es decir desde la necesidad, para articular desde ahí el "cómo somos" que es lo que va a posibilitar una aprehensión correcta de la realidad. Movimiento anterior por cierto a toda discusión política o económica, como lo señalamos antes. Aun los planteos específicos como lo es el de la geopolítica, implican esta problemática. Dice Jauretche: "En Política y Ejército, la Patria Grande y la Patria Chica *he intentado algunas proposiciones para una geopolítica nuestra. Su punto de partida es hacer un planteo desde aquí, desde nuestra posición excéntrica al hemisferio norte, desde nuestra posición en subdesarrollo, en el orden económico y social, y desde el particularismo de la situación insular, típica a todo el hemisferio sur con la parte sureña de esta América separada por la olla amazónica del hemisferio norte. Correspondiendo a una visión geográfica global, impuesta por la técnica que obliga a abandonar la proyección Mercator de los mapas, la visión geográfica se dinamiza y hay tantos como posibles puntos de proyección. De ahí la necesidad de asomarse al mundo desde una proyección antártica, única forma de percibir nuestra real ubicación. Pero éste es solo uno de los puntos de vista, de los infinitos y variados puntos de vista geográficos, sociales, económicos o culturales que reclama el planteo de una política nacional"* [15].

Como vemos, aun desde la geografía o de la historia se va a volver siempre al planteo de base, al análisis de cómo aprehender la realidad concretamente, o a la manera de recuperar esa forma natural y lógica que la dependencia cultural ha distorsionado. "Por

el camino de la geografía estará entrando en la historia y al entrar en ella irá percibiendo en qué manera nuestra política ha sido realizada contranatura, y se preguntará por qué. Esto lo llevará de la mano a comprender que hay algo falso en nuestra historia; que si los dictados de la naturaleza y de la lógica han sido contrariados, no es porque nuestro acontecer no haya sido hijo de la lógica y de la naturaleza. Comprenderá que otros factores, otras fuerzas, otros intereses han determinado nuestra historia, y que algo en nuestra historia ha servido a esos intereses y a esas fuerzas. Paralelamente comprenderá que esas tendencias, esa orientación que respondía a la lógica y a la naturaleza ha existido y que ha sido derrotada, y que replantear la política en función de esas tendencias derrotadas, pero naturales y lógicas, es planear sobre bases políticas nacionales nuestro destino" [16]

El "populismo" de Jauretche es el intento de recuperar esta lógica y esta lógica es pensar a partir de lo concreto y pensar a partir de lo concreto es pensar a partir de la necesidad. "Al hombre que no es un intelectual y por eso razona según el orden de la naturaleza se le ocurre que en el orden de las demandas humanas, que es el mismo, están primero las alpargatas que los libros. El fuego debe calentar de abajo, dice Fierro, y la cultura debe ir precedida de zapatos, ropa, frazadas y pan. Pero la tradición de la 'intelligentzia' argentina es al revés..." [17].

La vuelta de Jauretche a las formas populares de conocimiento, a la paremiología, al "sentido común", al análisis de la realidad con solo "el auxilio de un buen razonamiento", al "método del estaño", debe ser vista más que como una operación "populista" como una manera de salirse de esa forma de aprehender enferma y también como el paso que en lo social va del no quererse a sí mismo al quererse —piénsese en el Jauretche de la crítica a la autodenigración— y asumir la identidad propia. Desde la "orilla de la ciencia", desde el lenguaje llano, desde el saber común, Jauretche moverá las piezas: "Si el lector me sigue encontrará que mis verdades tienen un origen modesto, son asociaciones de ideas, relaciones de hechos, conjeturas fundadas en la propia observación

o en la experiencia propia de mis paisanos [...]. En el lenguaje llano de todos los días, hilvanando recuerdos, episodios o anécdotas, diré mis cosas como se dicen en el hogar, en el café o en el trabajo. Seré muy feliz si el lector adquiere en esta modesta lectura el hábito de someter las suyas a la crítica de su pensar habitual, utilizando la comparación, la imagen, la analogía y las asociaciones de ideas con que se maneja en su mundo cotidiano. Le bastará esto para salir de la trampa que le tienden los expertos de la cultura. En definitiva, estas páginas han sido escritas con el propósito de ayudar a esa tarea, en la confianza de que, desprovistos de torcidos andadores, todos aprendamos a caminar derechos" [18].

La omnipotencia de la sociología de los años cincuenta y sesenta lo llevaba a Jauretche a armar su táctica sobre la modestia. Tal vez lo que yo diga sea "pura anécdota de mirón", afirma. Pero no nos engañemos. Se trata de polémicas de fondo que en muchos aspectos recién ahora comienzan. Por eso debajo de su modestia Jauretche se animaba hasta a problematizar el dato científico: "Lo que llevo dicho basta para dar la idea que me propongo. He citado solo algunos casos, tanto de la falacia del dato como de su utilización maliciosa para sorprender al que no está prevenido y carece de 'cancha' para leer las entrelíneas de la informacón. Deseo que el lector la tenga presente, cuando recordando que el que escribe es un hombre comprometido, lo confronte con otros informantes de apariencia aséptica. La verdad es que todos estamos comprometidos, porque todos estamos en la vida, y la vida es eso: compromiso con la realidad" [19].

Desde todas estas hipótesis, premisas y planteos, Jauretche emprendería su análisis de la Argentina, uno de cuyos centros básicos es el desmenuzamiento de la "colonización pedagógica", tarea que ejemplifican tanto los trabajos teóricos como los análisis que constituyen esta antología. La columna vertebral de este trabajo parte de la siguiente afirmación: "A la estructura material de un país dependiente corresponde una superestructura cultural destinada a impedir el conocimiento de esa dependencia, para que

el pensamiento de los nativos ignore la naturaleza de su drama y no pueda arbitrar nuevas soluciones, imposibles mientras no conozca los elementos sobre los que debe operar y los procedimientos que corresponden, conforme a sus propias circunstancias de tiempo y lugar" [20].

De esta realidad económica emerge la patología cultural que hemos venido señalando: "La mentalidad colonial enseña a pensar el mundo desde afuera, y no desde adentro. El hombre de nuestra cultura no ve los fenómenos locales directamente sino que intenta interpretarlos a través de su reflexión en un espejo ajeno, a diferencia del hombre común, que guiado por su sentido práctico ve el hecho y trata de interpretarlo sin otros elementos que los de su propia realidad. Esta deformación mental de los cultos es típica de todos los países coloniales y esto es lo que explica el divorcio entre la mentalidad foránea de los letrados y el sentido realista de los iletrados" [21].

Esa superestructura cultural destinada a reforzar la dependencia ignorándola está constituida por un paquete complejo de programas y técnicas que impiden el crecimiento y el desarrollo autónomo de la Nación y que el propio Jauretche sintetizará así en el Manual de zonceras: *"Falsificar la historia, achicar la extensión, dividir ideológicamente con planteos ajenos a la realidad, crear intereses vinculados a la dependencia y dotarlos de un pensamiento acorde, controlar el periodismo y todos los medios de información, enfrentar proletariado y burguesía cuando son solo incipientes para impedir el resurgimiento de los dos, manejar la cátedra, elaborar o destruir los prestigios políticos o intelectuales o morales, y orientar toda la enseñanza, disminuir la fe en el país y en sus hombres, proponer modelos imposibles y ocultar los posibles, son las variadas técnicas de esa colonización para que la semi-colonia no se independice y construya su economía en razón de sus verdaderas posibilidades que la llevan a la liberación. Constituyen la técnica de esa 'colonización pedagógica' que precisamente en función de su dominio económico posee y maneja el instrumental de la cultura para que necesariamente el gobierno caiga en manos de los equi-*

pos técnicos y los grupos de intereses que cumplen la función cipaya" [22].

Muchas de estas variadas técnicas son analizadas o explicadas por Jauretche en los textos que constituyen esta antología, textos que más allá de las polémicas que pueden suscitar, de las revisiones o "matizaciones" que puedan admitir, de las limitaciones coyunturales que puedan tener (Jauretche escribía siempre desde el aquí y el ahora) señalan, bocetan, recortan "males" de nuestra realidad cultural, social y política aún presentes. (Aunque revisemos el concepto de nación que sustentaba el pensamiento de Jauretche o hayan quedado atrás algunas de las premisas o metodologías que sostienen sus tesis sobre la falsificación de la historia, sobre los fracasos de la burguesía nacional, sobre el pensamiento de la superestructura cultural, etc.).

Y esto sucede porque los planteos de Jauretche se inscriben en niveles más profundos, en niveles donde se pasa a explorar zonas críticas de la relación del hombre con su territorio, su cultura, su comunidad. Por eso su pensamiento seguirá funcionando de manera aleccionadora:

Por su enorme esfuerzo de "ver las cosas desde aquí" (primera vigencia de Jauretche en la medida en que nuestra cultura sigue padeciendo los males de desconocimiento de lo propio, de la constante referencia a modelos externos, del escepticismo y la autodenigración).

Por ese intento empecinado por totalizar y en especial por analizar de manera integral a la Argentina (segunda vigencia de Jauretche en la medida en que nuestro país se halla fragmentado en su autoconocimiento, sectorizado institucionalmente, censurado).

Por ese trabajo sobre la historia y la sociedad de su país en el cual las polémicas particulares se transforman de pronto en grandes peleas por la dignidad del hombre como sucede con esa refutación de la dicotomía civilización y barbarie que Jauretche fue estructurando durante toda su vida de intelectual nacional.

Aníbal Ford

Nota

Jauretche participó activamente en la constitución del peronismo: apoyando la revolución de 43 como nexo entre F.O.R.J.A. y Perón, en la etapa de la Secretaría de Trabajo y Previsión —en esos días propone el Estatuto del Peón— durante el 17 de octubre, etcétera. Ya Perón en el gobierno, se desempeñó como Presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires, hasta el momento en que caen Miranda y Mercante. Diferencias con ciertos funcionarios del peronismo lo llevan entonces a retirarse a la vida privada. Sin embargo será uno de los primeros en salir en defensa del peronismo después de setiembre de 1955. Comienza para Jauretche entonces una intensa etapa de escritor y periodista que arranca con su impugnación al plan económico que propone Prebisch para la Libertadora y con sus colaboraciones en *El 45* y *El Líder*. Adquiere entonces continuidad y productividad aquella tarea un poco desperdigada en *Paso de los Libres* (1934), en algunos cuentos perdidos, en el Mr. Pickwick que inventa para *Señales* en 1935, y sobre todo en los cuadernos y conferencias de F.O.R.J.A., algunos de los cuales como el *Problema de la Universidad* o la contestación a Genta prefiguran las hipótesis de la colonización pedagógica. Una etapa de rica producción que continuará hasta su muerte, ocurrida el 25 de mayo de 1974. Año por año fueron saliendo entonces: 1955: *El Plan Prebisch. Retorno al coloniaje*; 1957: *Los profetas del odio*; 1958: *Ejército y política. La Patria Grande y la Patria Chica*; 1959: *Política nacional y revisionismo histórico*; 1960: *Prosa de hacha y tiza*; 1962: *Mano a mano entre nosotros y F.O.R.J.A. y la década infame*; 1964: *Filo, contrafilo y punta (Otras prosas de hacha y tiza)*; 1966: *El "medio pelo" en la sociedad argentina (Apuntes para una sociología nacional)*; 1967: *La colonización pedagógica*, que se agregará, con el subtítulo de *La yapa* a *Los profetas del odio*; 1968: *Manual de zonceras argentinas*; 1972: *De memoria. Pantalones cortos*, y en 1977: *Política y economía*.

[1] Norberto Galasso: *Vida de Scalabrini Ortiz*, Ediciones del Mar Dulce, Buenos Aires, 1970.

[2] Raúl Scalabrini Ortiz: *Política británica en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Ediciones Reconquista, 1940, pág. 11.

[3] Véase en esta antología el artículo de Jauretche "Otras palabras sobre fubistas".

[4] Condición de "comenzantes" que ha sido también señalada en este proceso por Fermín Chávez: "Una epistemolo-

gía para la periferia", en *Pensamiento y Nación* (1: 11-16, nov.-dic. 1981).

[5] *Profetas del odio*, pág. 158

[6] *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 67.

[7] *F.O.R.J.A. y la década infame*, págs. 27-28.

[8] La historia y los aportes de F.O.R.J.A. han sido analizados por diferentes ensayistas (Norberto Galasso, Ernesto Goldar, Miguel Angel Scenna, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui, etc.) y aun por el propio Jauretche, quien dejó una obra fundamental sobre el tema: *F.O.R.J.A. y la década infame*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1962.

[9] *F.O.R.J.A. y la década infame*, pág. 62.

[10] *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 56.

[11] *F.O.R.J.A. y la década infame*, págs. 21-22.

[12] *Profetas del odio*, pág. 35.

[13] *Profetas del odio*, pág. 159.

[14] *Profetas del odio*, pág. 161.

[15] *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 91.

[16] *Política nacional y revisionismo histórico*, pág. 94.

[17] *Profetas del odio*, pág. 81.

[18] *Profetas del odio*, págs. 44 y sigts.

[19] *El "medio pelo" en la sociedad argentina*, págs. 17-18.

[20] *Profetas del odio*, pág. 28.

[21] *Filo, contrafilo y punta*, pág. 112.

[22] *Manual de zonceras*, pág. 198.

I

EL MARCO ECONOMICO DE LO SOCIAL Y LOS TRES FRACASOS DE LA BURGUESIA

El "progreso indefinido"... y sus límites

Las generaciones que se propusieron el "progreso indefinido", y lo fundaron en el exclusivo desarrollo agropecuario, actuaron como si estuviesen en presencia de un horizonte cuyos límites fugan delante del que marcha. Fueron congruentes con el pensamiento filosófico de la época, como el personaje de la zarzuela: "hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad". La superstición cientificista se alimentaba de una gran simplicidad que suponía que entre la lente del microscopio y la del telescopio podía caber todo el universo. Pero mayor simplicidad fue ignorar que el límite de la expansión económica agropecuaria estaba dado por la extensión de las pampas, su fertilidad y la curva de las precipitaciones pluviales.

Mucho más adelante este límite podría ser trascendido corriendo la lana más al sur y al oeste o con la aparición de los sorgos, ampliando la zona agrícolo-ganadera hacia tierras entonces consideradas semiáridas, o con la diversificación de la producción agraria en los regadíos o en las zonas tropicales y subtropicales, pero se haría para satisfacción de otros mercados, particularmente el interno al crecer, y esto estaba fuera del presupuesto del "progreso indefinido", que consistía en el intercambio cereal-carne por manufacturas.

También estaba fuera de ese presupuesto la relativa ampliación del espacio pampeano en sentido vertical,

"El marco económico de lo social y los tres fracasos de la burguesía" constituye el primer capítulo de *El "medio pelo" en la sociedad argentina (Apuntes para una sociología nacional)*. Tomado de la 12ª edición. Buenos Aires, Peña Lillo, 1974.

agregando algún pisito a la producción, por el mejor manejo de tierras, su abono, o por la aplicación de la genética al cereal de lo que se hacía con el refinamiento de las haciendas. En cambio estaba a la vista la disminución de la producción de cereales, inevitable por la erosión o el desgaste de los suelos en sucesivas cosechas expoliadoras y la inmovilización de gran parte de la todavía zona cerealera al convertirse en alfalfares destinados a la invernada de haciendas.

Los límites de ese progreso estaban marcados por la geografía; una vez ocupado el espacio de la pampa húmeda se habría llegado al tope de las posibilidades de la producción previsible para el intercambio con la metrópoli, en cuanto a la cantidad.

Relación de los términos del intercambio

En cuanto al precio, el error es más comprensible: todavía la ciencia económica no había esclarecido eso de "la relación adversa de los términos del intercambio", que consiste, simplemente, en saber que el proceso de transformación de la materia prima va incorporando costos a la misma y que éstos son absorbidos, en las distintas etapas de la transformación, por el salario y el capital del país donde se industrializa, de manera tal que las materias primas, en cuanto productoras de riqueza, solo benefician en la primera etapa al país que las produce y exporta en bruto, mientras se les incorpora riqueza en cada etapa de la transformación, en el país que las transforma.

(Así, al que exporta hierro o lana solo le queda lo correspondiente a la producción minera o ganadera, mientras que el proceso que va del hierro o la lana a la máquina o el traje va dejando, en el país que importa la materia prima, todos los costos de las sucesivas modificaciones, a los que se incorporan los costos de los instrumentos utilizados, desde el transporte y el seguro, a la remota labor de los que pre-

paran las máquinas usadas en la transformación, sumados a la transformación misma. Con esto quiero decir que la valorización primaria es la única que beneficia al país productor de la materia, mientras que el país transformador incorpora los aumentos, o las economías originadas por el desarrollo técnico, a la capacidad de su propio mercado. Así, si a principios de siglo equis kilos de lana permiten comprar una locomotora, treinta años después hacen falta cinco o seis veces más de lana para el mismo cambio, pues, en el mejor de los casos, el aumento de valor absoluto de la lana es un aumento que no compensa los innumerables aumentos correspondientes a los innumerables momentos de la transformación. Esta aclaración no es exactamente técnica pero permite dar una idea al profano en qué consiste ese enunciado un poco misterioso "de la relación adversa de los términos del intercambio".)

La estadística al respecto nos puede ilustrar con precisión. Los índices usados traducen la capacidad adquisitiva de 100 unidades de materias primas respecto de los productos manufacturados.

	Indice (1958 = 100)
1876/1880	147
1901/1910	132
1930	105
1958	100

Pero cuando se trata de las materias primas que produce la Argentina la situación se hace mucho más onerosa. Así, la relación de precios del intercambio de la Argentina, según la CEPAL ("El desarrollo económico de la Argentina", México, 1959, T. 1, pág. 20), evoluciona en la siguiente forma:

	Indice
1949	143,8
1953	100
1957	72,5

Lo que significa que en 10 años el poder adquisitivo de la materia prima argentina en producto industrial importado ha disminuido al filo de la mitad [a].

[a] El tema de la "relación adversa de los términos del intercambio" requiere mucha mayor extensión para su tratamiento y será abordado en *Política y Economía* con la latitud adecuada. Me he limitado a señalar algunos de los factores determinantes, pero podría objetarse que esta explicación es también válida para los países altamente industrializados, donde sin embargo la relación materia prima-producto industrial es mucho menos adversa, pero sería olvidar que en los países centros los precios de las materias primas son precios *políticos*, que se practican en mucha mayor escala en las naciones industrializadas que los liberales nos proponen como ejemplos de anti-intervencionismo de Estado que en las dependientes. Así Prebisch (*Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano*), nos dice: "En los Estados Unidos los precios internos de sostén mantienen una paridad variable con los precios de los productos industriales adquiridos por los agricultores, y hay el subsidio de las exportaciones en el mercado internacional. En Europa occidental existe el aumento de las restricciones a la importación de productos agrícolas, como medio de ampliar el mercado por la propia producción y amparar precios internos elevados. Asimismo se contempla acudir al subsidio a las exportaciones al mercado mundial en caso de excedentes". Pero parece que esto no es intervencionismo de Estado, como tampoco lo sería la formación de mercados comunes; en cambio lo eran nuestros tratados bilaterales, que en definitiva son el mismo perro con distinto collar. (Ahí anda el Sr. Krieger Vasena dando vueltas alrededor del Mercado Común europeo para que nos dejen un agujerito después que con el Sr. Verrier y el Sr. Alemann destruyeron aquellos tratados y convirtieron en saldos exigibles a corto plazo las cuentas corrientes que nos abrían la puerta. ¡Oh los genios de la ciencia aséptica y extranjera!)

Lo que importa es que el deterioro de los precios de las materias primas es un hecho cierto y aceptado como tal en la teoría económica de los países que pretenden sigamos como exclusivos productores de ellas, con el apoyo de sus cómplices, ,gobernantes locales, los teóricos de la economía de dependencia, y los "prácticos" grupos económicos ligados a la misma. Este reconocimiento del hecho lo hizo Lincoln Gordon, embajador de los Estados Unidos en el Brasil en un discurso pronunciado en el Consejo Económico

La inmigración vino a satisfacer las exigencias del complejo de inferioridad racial que padeció aquella generación de hispanoamericanos avergonzados de su origen y que se liberaban del mismo calificando al resto de connacionales como víctimas de taras congénitas que los hacían inadecuados para la civilización; la promovieron, a pesar de sus reticencias en

Nacional Brasileño el 29 de enero de 1968, cuyo texto reproduce Prebisch.

Heilbroner (*El gran ascenso*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1964) dice: "Mientras que el precio de las materias primas fluctúa hacia arriba y hacia abajo, en años recientes el valor de los artículos manufacturados, por los que aquélla se cambia, se ha movido en una sola dirección: hacia arriba. Y así, los *términos del comercio* (el *quod pro quo* real de las mercancías recibidas a cambio de las ofrecidas) se ha movido en contra de los intereses del exportador en materias primas: ha dado más y más material bruto por menos y menos maquinaria".

En seguida agrega, para los que lo esperan todo de la ayuda exterior: "El resultado fue que las naciones pobres recibieron 2.000 millones de dólares menos en su poder adquisitivo real, suma mayor que toda la *ayuda* que no les tomamos en cuenta, y que consiguientemente las naciones subdesarrolladas subvencionaron involuntariamente al mundo desarrollado".

Con razón dice Prebisch en el prólogo (ob. cit.), refiriéndose a sus "colaboradores" en la redacción del Informe y Plan de 1955: "No se quiere leer, no se quiere pensar, se siguen repitiendo trasnochados conceptos del siglo XIX sin vigencia alguna con la realidad actual". Es que los "amigos" locales de Prebisch no quieren enterarse de lo que les costaria el apoyo de la gran prensa y los intereses económicos que les dan prestigio y los llevan a las posiciones llaves de la economía. Prebisch ahora ha sido silenciado y de genio ha pasado a ser un "punto" desconocido, por haberse enterado; sus "amigos" se curan en salud, pues lo que les importa es el triunfo personal aunque el país reviente, y saben que el precio del triunfo es la traición a la verdad argentina.

Ni remotamente con estas anotaciones me aproximo a la totalidad del tema que, como he dicho, no cabe en este libro, pero es inseparable de la actualización de la llamada renta diferencial y de la estructura social de producción, así como

cuanto a los meridionales de Europa, porque su brazo y su técnica les eran imprescindibles para ese progreso soñado, y en función de ese progreso previeron un crecimiento vegetativo de los hijos del país nuevo. Así el "progreso indefinido" tenía una meta muy distante que acuñó una frase de ritual conmemorativo: "El día en que cien millones de argentinos irán ante el trono del Altísimo, conducidos por la azul y blanca".

Ni vieron el límite del espacio geografico apto para la economía que fundaban, ni vieron el límite de la población que cabía en ese espacio y con esa economía; jugaron la suerte definitiva del país a un destino de país chico creyendo que jugaban a la grandeza; creyendo que jugaban a la lotería jugaban a la quiniela; buscando el premio mayor jugaban a las dos cifras.

Cuando el país llegó a la décima parte de la población prevista y fue ocupado totalmente el espacio geográfico destinado a la carne y al cereal, el "progreso indefinido", en el orden agropecuario, se detuvo. En adelante todo progreso significaría una competencia, un factor de perturbación en la estrategia económica prevista para la Argentina y, por consecuencia, todo el aparato de dirección económica que ellos habían dejado en manos del extranjero, por su incapacidad para realizarse como burguesía, se convertiría en el instrumento del antiprogreso.

Con esto creo que queda bien evidenciada la naturaleza real de un debate frecuente en el cual los partidarios del retorno al pasado invocan como su gran argumento el progresismo de aquellas generaciones para oponerlo al progresismo de las nuevas, sin comprender que aquel progresismo apresurado, como economía dependiente, fue el plato de lentejas por el que los primogénitos vendieron las posibilidades de una economía nacional integrada, que fatalmente reclamaría sus derechos una vez cubiertas las precarias posibilidades de aquel progresismo.

de la tecnificación que alteró la primera y ha multiplicado contraprestaciones recíprocas entre los centros en relación a la de éstos en los países periféricos.

O comprendiéndolo. Y aquí dejo la palabra a un economista que nos explicará la alianza de las fuerzas económicas internas correspondientes a ese progreso limitado, con las fuerzas extranjeras que dirigieron y aún dirigen los resortes esenciales de nuestra economía, que quedó en sus manos por la incapacidad de esas mismas fuerzas internas.

Dice Aldo Ferrer (*La economía argentina*, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1963): "...Finalmente, dado el papel clave que el sector agropecuario jugó en el desarrollo económico del país durante la etapa de economía primaria exportadora, la concentración de la propiedad territorial en pocas manos aglutinó la fuerza representativa del sector rural en un grupo social que ejerció, consecuentemente, una poderosa influencia en la vida nacional. Este grupo se orientó, en respuesta a sus intereses inmediatos y los de los círculos extranjeros (particularmente británicos) a los cuales se hallaban vinculados, hacia una política de libre comercio opuesta a la integración de la estructura económica del país mediante el desarrollo de los sectores industriales básicos, naturalmente opuesta también a cualquier reforma del régimen de tenencia de la tierra. La gravitación de este grupo no llegó a impedir el desarrollo del país en la etapa de la economía primaria exportadora, dada la decisiva influencia de la expansión de la demanda externa y la posibilidad de seguir incorporando tierras de la zona pampeana a la producción. Sin embargo, después de 1930, cuando las nuevas condiciones del país exigían una transformación radical de su estructura económica, la permanente gravitación del pensamiento económico y la acción política de ese grupo constituyó uno de los obstáculos básicos al desarrollo nacional".

Con lo dicho queda señalada la miopía de los hombres que desde 1853 han pasado en nuestra historia como los grandes visionarios del destino nacional, y también el proceso por la cual los continuadores de aquellos "chicatos" ilustres se empeñan en po-

nerle al país las anteojeras que le impiden encontrar su verdadero camino, pues lo que en aquéllos fue miopía, en éstos es un estado de conciencia que resulta de la fusión de la estructura de sus intereses actuales con el mantenimiento de nuestra tradicional estructura económica.

Gran Bretaña juega sus cartas

Ahora, dejando a los miopes, conviene señalar a quién los condujo con su vista larga, porque siempre junto al ciego hay un lazarillo que lo guía, como el de Tormes, contra el guarda-cantón.

El progreso agropecuario argentino se iba realizando a medida que el país encajaba como la pieza de un puzzle en la organización económica buscada por el Imperio Británico con su avanzada ideológica: la doctrina manchesteriana.

Si en un principio el Río de la Plata fue considerado por la política de Gran Bretaña como una de las tantas plazas comerciales ultramarinas interesantes al comercio de Su Majestad, el pensamiento se completó después en la fórmula de Cobden (*Inglaterra será el taller del mundo y la América del Sur su granja*) precisada luego en la conformación exclusivamente agrícolo-ganadera que hizo de nuestro país lo que Raúl Scalabrini Ortiz ha llamado "base y arma del abastecimiento británico".

Bastará para señalar lo acertado de esta afirmación leer las instrucciones que da Churchill —ya en nuestros días— a Lord Halifax al encargarle las negociaciones para la intervención norteamericana en la última guerra (*Memorias de Winston Churchill*, tomo VIII, Ed. Boston): "Por otra parte nosotros seguimos la línea de los Estados Unidos en Sud América, tanto como es posible, en cuanto no sea cuestión de carne de vaca o carnero". La expresión de Cobden, América del Sur, se concreta de manera precisa: Río de la Plata. Si aquí Scalabrini Ortiz acuñaba su frase, allá Churchill la ratificaba.

El gran ministro británico lo hacía en el momento

más dramático de la historia inglesa, cuando ya no el imperio sino la misma metrópoli estaba al borde del derrumbe del que solo podía sacarla el éxito de la misión encomendada; en ese momento, toda la América del Sur podía ser objeto de negociación con la metrópoli del Norte, todo menos el Río de la Plata.

La década infame confiesa su juego

Esto nos permite fijar, y para más adelante, el alcance y los límites de ese progreso. Cuando en 1934 el vicepresidente de la República, Dr. Julio Roca, como embajador argentino (negociación del tratado Roca-Runciman) dice en Londres que "la Argentina forma parte virtual del Imperio Británico", no hace más que confirmar la naturaleza dependiente de nuestra economía como pieza en el puzzle imperial. Si la frase es lesiva para nuestra soberanía y honor nacional y provocó las consiguientes reacciones patrióticas en quienes las sentimos profundamente, esto no ocurrió porque estuviéramos ajenos al conocimiento de esa realidad que, precisamente, estábamos denunciando. Lo indignante era la aceptación como destino definitivo y como finalidad por los gobernantes argentinos cuando ya la miopía de los fundadores no era posible. Porque el Dr. Julio Roca no lo expresaba como la comprobación de un hecho destinado a superarse, sino como ratificación de la conformidad de ese gobierno y los sectores que representaba con la condición de dependencia que allí se reconocía. El tratado Roca-Runciman lo confirmó, porque fue un compromiso para que al precio de algunas ventajas a un sector dirigente del país se cristalizase definitivamente esa virtual incorporación al Imperio.

Así, las leyes votadas en 1935, y que constituyeron el *estatuto legal del coloniaje*, tuvieron por finalidad detener cualquier progreso argentino en otra dimensión que pudiera modificar su situación en el puzzle. La política del "progreso" devenía ya la del antiprogreso, y la fuerza que nos había impulsado a andar era ahora la que nos detenía.

Sintetizando: se aceleró nuestro desarrollo para integrarnos eficazmente en el Imperio. Ahora éste había llegado a los límites técnicamente exigidos y cualquier progreso de otro orden implicaría una alteración de la finalidad propuesta.

Primer fracaso: la generación constituyente. Liberalismo internacional o liberalismo nacional

Es que en toda colonización hay ese momento próspero mientras se avanza hacia el límite óptimo de sus necesidades. Y el frenazo después. He aquí las dos fases de una misma política.

¿La adscripción de la Argentina al sistema de la división internacional del trabajo era inevitable para los vencedores de Caseros? ¿La única perspectiva de progreso que se tenía por delante era la impuesta por la ortodoxia liberal y el libre juego de las fuerzas económicas nacionales e internacionales con que se adoctrinaba?

Ni teórica ni prácticamente era así. Lo que sí puede ser cierto es que las condiciones históricas determinaban la organización capitalista de la producción. Es cierto que era la hora del capitalismo en marcha, pero no la del internacionalismo liberal. Los constituyentes del 53 buscaron su inspiración en las instituciones de los Estados Unidos, y hay aquí que preguntarse por qué se quedaron en las apariencias jurídicas y eludieron la imitación práctica. ¿No entendieron la naturaleza profunda del debate entre Hamilton y Jefferson, o la entendieron y vendieron después a las generaciones argentinas desde la Universidad, desde el libro y desde la prensa una interpretación superficial y formulista?

En ese debate está sintetizado el enfrentamiento entre el liberalismo ortodoxo, que implicaba aferrarse a la división internacional del trabajo, y el liberalismo nacional que construyó los Estados Unidos, y fue el instrumento de su grandeza que le sirvió para delimitar la esfera propia del desarrollo norteamericano por oposición a la subordinación económica

a la metrópoli, que hubiera convertido la independencia en una ficción. ¿Entre tanto libro que leyeron "al divino botón" no encontraron una línea de las que habían escrito Carey e Ingersoll, y no tropezaron con un volumen del "Sistema de Economía Nacional" de List, que fueron los teóricos del desarrollo de una economía capitalista nacional, es decir, de un capitalismo y un liberalismo para los norteamericanos o los alemanes y no para los ingleses? ¿No sabían que esa heterodoxia que le cortó las alas al águila de la división internacional del trabajo nutrió la gallina prolífica que ponía los huevos para los hijos de su tierra, defendiendo con la protección aduanera el fruto del trabajo nacional y promoviendo el desarrollo interno, con el Estado como propulsor de la grandeza? ¿Por qué se atuvieron a la doctrina liberal como mercadería de exportación para vender a zonzos y no a la doctrina liberal, reelaborada en los Estados Unidos para la construcción de una economía liberal pero integrada?

Y contemporáneamente también, y más adelante, ¿por qué prescindieron del ejemplo de Alemania, que realizó su propia política liberal, pero nacional, empezando por el "zollverein" hasta llegar a la construcción de la gran Alemania cuando el pensamiento político de Bismarck integró el pensamiento económico del mismo List, perseguido por los príncipes como liberal y por los liberales como nacional?

Alemania, hasta ese momento, no había sido más que el mísero país del que habla Voltaire; el campo de batalla de franceses, suecos, austríacos y españoles, en el que nunca había pesado el interés de sus nacionales. Los factores materiales de la grandeza alemana habían estado siempre allí: sus puertos y sus ríos, el genio y la capacidad de trabajo de sus hombres, los bosques en las faldas de las montañas, los granos y las carnes en los valles y las llanuras, el hierro y el carbón en las entrañas de la tierra; todas las condiciones materiales de la grandeza que solo se manifestaron cuando el pensamiento y la voluntad nacional se articularon para ponerlos a su servicio.

Conviene recordarlo a los que creen que solo los factores materiales determinan la historia y subesti-

man el pensamiento y la voluntad que puede hacer una mísera dependencia de un país rico, y una metrópoli de un país pobre en recursos materiales.

La guerra de Secesión: ejemplo práctico

Pero hubo después en los Estados Unidos la guerra de Secesión: allí se enfrentaron sangrientamente el Norte, liberal nacionalista, con el Sur, adscripto a la producción exclusiva de materias primas y, consecuentemente, a la división internacional del trabajo, y puede decirse que la verdadera independencia de los Estados Unidos se resolvió en el campo de batalla de Gettysburg. ¿Cómo fue que los promotores de la política liberal internacionalista, siempre tratando de imitar a los Estados Unidos, no comprendieron el verdadero sentido de esa guerra, y cómo el "Destino manifiesto" solo podía cumplirse a condición de que el país industrial que promovía el desarrollo interno venciese al país de producción primaria que lo obstaculizaba? ¡Lectores pueriles de las doctrinas exportadas como los collares de abalorios para seducir a los indígenas, solo vieron en aquella página dramática de la vida norteamericana la seducción lacrimógena de "La cabaña del Tío Tom", sin percibir el trasfondo económico y político de los acontecimientos!

¿Y cómo es posible que generaciones y generaciones de juristas hayan acosado a los estudiantes de derecho y de economía con la vida de las instituciones norteamericanas a través de su permanente evolución, en la jurisprudencia del Supremo Tribunal, sin percibir el hecho económico que rigió y condujo esa construcción jurídica, en la que la vida fue acordándose a las exigencias de la realización económica integral, según el país iba creciendo en la estrecha franja original en el Atlántico hacia el Medio Oeste, los desiertos interiores y la costa del Pacífico, o el desborde sobre la tierra mejicana?

¿Lo vieron o no lo vieron? ¿Traidores o "chicatos"? Esa es la alternativa. En *Política y Ejército* he señalado un factor cultural que también pesó en esa

ceguera. Desde el día siguiente de la independencia, directoriales y unitarios, cuyos continuadores habrían de ser los famosos "visionarios", partieron de la urgencia por hacer el país no según lo determinan sus raíces —como se hace el árbol hasta la copa—, sino según un modelo a trasplantar. Quisieron realizar Europa en América y todo lo que Europa les ofrecía era válido, y sin valor lo que surgía de la realidad. Trabajaron por la destrucción de la Patria Grande, porque, consciente o subconscientemente, les estorbaba a su apuro la montaña, la selva, el río y el hombre, por español, por indio o por mestizo.

Gobernar es poblar, como diría Alberdi, pero despoblando primero como ellos lo hicieron para abrir la tierra a nuevos hombres que imaginaban no iban a ser americanos. Así es como también diría Sarmiento, resumiendo sin saberlo el pensamiento original de su grupo: "El mal que aqueja a la Argentina es la extensión". Por eso había que achicarla. Empezó Rivadavia facilitando la segregación del Alto Perú y la Banda Oriental; lo harían los unitarios en los largos años de la guerra civil buscando con la ayuda extranjera la segregación del Norte y la Mesopotamia; lo haría Mitre abriendo un abismo de sangre y de luto con el Paraguay. Siempre estuvieron decididos a achicar el espacio, y así segregaron Buenos Aires frente al gobierno de Paraná. Reducir la patria a la pampa húmeda, fácilmente europeizable, permitía ahorrar tiempo en el camino de la grandeza concebida a través de la pequeñez. Congruentemente fue necesario destruir el Paraguay, que se había puesto a la vanguardia del progreso americano, cerrándole el camino al pernicioso progreso conseguido contra las normas manchesterianas.

El profeta del libre cambio y sus apóstoles

Y esto no es una afirmación al pasar. Oigámoslo a Mitre en la oración pronunciada saludando a los soldados que venían de desangrarse en los esteros paraguayos: "Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y victoriosa campaña a recibir la larga y

merecida ovación que el pueblo les consagre, podrá el comercio ver inscriptos en sus banderas los grandes principios que los *apóstoles del librecambio* han postulado para mayor felicidad de los hombres".

Y véase ahora esto de Sarmiento que ajusta perfectamente al alcance de esa libertad de comercio y el límite fijado por sus apóstoles: "La grandeza del Estado está en la pampa pastora, en las producciones del Norte y en el gran sistema de los ríos navegables cuya aorta es el Plata. Por otra parte, los españoles no somos ni industriales ni navegantes, y la Europa nos proveerá por largos años de sus artefactos a cambio de nuestras materias primas". Así diría Billinghurst: "Llegaremos a exportar manufacturas dentro de mil años", y Vélez Sársfield, autor del Código Civil, codificará en una frase la política de una clase como inseparable del destino argentino: "Es imposible proteger a los industriales, que son los pocos, sin dañar a los ganaderos, que son los más". Esa fue la mentalidad de los "visionarios" que solo alcanzaron a verse la punta de la nariz; ésa la gente que bajó con las Tablas de la Ley del Sinaí del 53.

Así se crearon las condiciones del capitalismo, pero se impidió el surgimiento de un capitalismo nacional al ponerlo en indefensión frente a la economía imperial. Así también, a medida que el progreso de la economía dependiente consolidaba el poder de los intereses extranjeros en el país y ligaban a ellos, como se ha explicado en la cita de Ferrer, los beneficiarios de la economía puramente abastecedora, se hacía más difícil la aparición de una economía capitalista propia. A mayor prosperidad de la economía exclusivamente agropecuaria, mayor dificultad para fundar una economía nacional integrada. Así quedaron excluidas las posibilidades del desarrollo de una política liberal nacional por la rápida expansión de una política liberal internacional. Anotemos como simple curiosidad el hecho que se ha señalado más arriba: en la deformación mental que hizo posible que la inteligencia argentina aceptara ese hecho, la irrisión llegó hasta el punto de que el ejemplo de los Estados Unidos, que hubiera servido para fundar una economía nacional integrada, fuera utilizado para impedirlo.

La Argentina preindustrial

¿Pudo, a nivel histórico 1853, planearse una política económica nacional? ¿Existía la posibilidad de surgimiento de una burguesía nacional que cumpliera ese papel?

Existía. Y Juan Manuel de Rosas había sido su máxima expresión. Lo que hay que saber es si Rosas no fue combatido por eso mismo y si el propósito de los vencedores no fue precisamente aniquilar toda posibilidad de economía integrada, que él acababa de demostrar. Vencido políticamente, quedaba su camino económico para recorrer.

Rosas es uno de los pocos hombres de la alta clase que no desciende de los Pizarros de la vara de medir que en el contrabando y en el comercio exterior fundaron su abolengo. Por eso no tuvo inconveniente en ser burgués. Fundó la estancia moderna y después fundó el saladero para industrializar su producción, y fundó paralelamente el saladero de pescado para satisfacer la demanda del mercado interno. Y defendió los ríos interiores y promovió el desarrollo náutico para que la burguesía argentina transportara su producción; integró la economía del ganadero con la industrialización y la comercialización del producto y le dio a Buenos Aires la oportunidad de crear una burguesía a su manera. Pero además, con la Ley de Aduanas, de 1835, intentó realizar el mismo proceso que realizaban los Estados Unidos: frenó la importación y colocó al artesanado nacional del litoral y del interior en condiciones de afirmarse frente a la competencia extranjera de la importación, abriéndole las posibilidades que la incorporación de la técnica hubiera representado, con la existencia de un Estado defensor y promovedor, para pasar del artesanado a la industria [a].

Pequeño intento, se dirá, pero para muestra basta un botón. Un botón construido mientras los unitarios, en insurrección permanente, obligaban a la gue-

[a] Esta hipótesis parece ratificada por las constancias del archivo de Foreign Office, sobre cuyos elementos ha trabajado el profesor H. A. Ferns en *Britain and Argentina in*

rra constante, y los grandes Imperios de la hora, Francia e Inglaterra y el vecino Brasil, agredían las fronteras argentinas, atacaban la navegación, blo-

the Nineteenth Century, Edición Oxford, 1959, donde dice: "La sociedad urbana y mercantil que surgió después de la caída de Rosas hubiese podido seguir el camino de los Estados Unidos, después de la guerra civil, si no hubiese existido una presión extranjera en favor de los terratenientes".

Las presiones extranjeras existieron entonces y siguen vigentes, y no solo en el terreno económico, también en el de la cultura, porque las cadenas de la dependencia suelen estar unidas por el lazo de terciopelo de la obsecuencia nativa.

La editorial Emecé, que dirige el doctor Bonifacio del Carril, que no hace mucho ha sido ministro de Relaciones Exteriores, compró los derechos de traducción, pero, hay que suponer, para impedir su publicación, pues es un libro de éxito asegurado, y durante seis años impidió la versión castellana imprescindible por su documentación para un mejor conocimiento de nuestra historia. La señora Hilda Sánchez de Bustamante de Millán lo tradujo, pues entre un grupo de personas habíamos decidido correr los riesgos de una edición clandestina (algo así como una "invasión" de las Malvinas hecha por viejitos). Afortunadamente vencieron los derechos de Emecé y ahora los ha adquirido la editorial Hachette S.A. y está próximo a publicarse, como me informó el mismo Ferns, que me fue presentado por Jorge Sábato, en un reciente viaje que repetirá en los primeros días de octubre de 1966.

De este episodio aparentemente innocuo puede aprenderse mucho: así, que un ministro de Relaciones Exteriores argentino haga lo posible para que ignoremos la documentación británica sobre el país, mostrando que es más papista que el Papa. No nos extrañemos: Quintana, el abogado que amenazó al ministro de Relaciones Exteriores, don Bernardo de Irigoyen, con la escuadra inglesa, fue Presidente de la República. Federico Pinedo, la primera vez que fue ministro, confesó en el recinto parlamentario que por 10.000 libras esterlinas había hecho el proyecto de Coordinación de Transportes auspiciado como gobernante; siguió de ministro y lo ha sido después, en dos oportunidades más.

Estos son hechos. Pero el que conoce política internacional podría conjeturar algo más, con la próxima edición de Hachette S.A. ¿Esta editorial francesa lo editaría si la actual política de Francia fuera la de la tercera República, es decir,

queaban los puertos, cañoneaban las fortificaciones y desembarcaban sobre nuestro territorio con la complicidad de sus aliados internos.

Pequeña muestra, pero grande si se ve lo que ocurrió después.

Transcribo, también de *Política y Ejército*, lo que sigue: "Martín de Moussy señalaba los efectos de la libertad de comercio que Mitre había inscripto en las banderas del Ejército según su arenga: "La industria disminuye día a día a consecuencia de la abundancia y baratura de los tejidos de origen extranjero que inundan el país y con los cuales la industria indígena, operando a mano y con útiles simples, no puede luchar de manera alguna".

Dice José María Rosas: "Los algodonales y arrozales del Norte se extinguieron por completo. En 1869 el primer Censo Nacional revelaba que en provincias enteras apenas si malvivían madurando aceitunas y cambalacheando pelos de cabra" (*Defensa y pérdida de la independencia económica*). Ramos, de quien extraigo esta cita (*Revolución y contrarrevolución en la Argentina*), nos informa que "en 1869 haba 90.030 tejedores sobre una población de 1.769.000 habitantes, y en 1895 solo quedaban 30.380 tejedores en una población de 3.857.000. Lejos de importar máquina de producción, el capitalismo europeo en expansión nos enviaba productos de consumo. No venía a contribuir a nuestro desarrollo capitalista, sino a frenarlo".

La posible burguesía frustrada de la "patria chica"

Ni los pálidos exiliados de Montevideo que echaron sebo después de Caseros, ni los generales uruguayos

la de la prolongación continental de la isla? Esto le parecería hilar muy delgado a nuestra *intelligentzia* que ignora la sutileza de la política internacional, cuando se trata de nuestro país, ubicado en la estratósfera y ajeno a las especulaciones de los demás países. Y esto no es una imputación a Hachette, que en cualquier caso está bien, sino a la estupidez de esa *intelligentzia*.

brasileristas traídos por Mitre para la guerra de exterminio de la población nativa, ni los pobretones doctores de la Constituyente, podían haber constituido una burguesía. Pero estaba vivita y coleando esa burguesía federal que se le había dado vuelta a Rosas después de la derrota o en sus vísperas, con la parentela del "tirano" a la cabeza, y ese mismo Dr. Vélez Sársfield, que venía directamente de los salones de Manuelita. Ellos pudieron pesar para que, aceptando la estructura liberal que se plagiaba de los Estados Unidos, se condicionase ésta al interés nacional como los mismos Estados Unidos habían hecho, asumiendo ellos mismos el papel económico que el "dictador" había representado y sostenido.

Pero aquellos doctores habían adquirido ya el hábito de actuar como agentes internacionales, y lo siguieron haciendo desde sus bufetes donde fundaron la dinastía de los abogados de empresas y maestros del derecho y la economía conveniente a la política antinacional. Los burgueses de Buenos Aires prefirieron disminuir los recursos de la Aduana —que a Rosas le habían servido para establecer el orden nacional— para facilitar el orden de la dependencia y excluyeron la protección económica que significaba la posibilidad de integrar una economía.

Desde Pavón se aplicó la política del país chico. Ahora los recursos aduaneros, que se limitaban y habían servido para pelear contra lo extranjero, serían útiles para aniquilar al interior; y la protección, que había sido la defensa económica de éste, desaparecía para abrir camino al importador. Ahora el interior no es más que un desgraciado remanente del país hispanoamericano, solo tolerable en la medida que no estorbe la adaptación de las pampas al destino que le tenía reservado la división internacional del trabajo. Es lo que le permitía decir a Sarmiento: "Pudimos en tres años introducir cien mil pobladores y ahogar en los pliegues de la industria a la chusma criolla inepta, incivil, ruda, que nos sale al paso a cada instante". Pero ya sabemos de qué industria habla Sarmiento, según lo dicho más arriba.

Segundo fracaso: la burguesía próspera se siente aristocracia

Hacia el 80 se abre una perspectiva. Es el momento en que comienza la brusca expansión agropecuaria del país.

Aldo Ferrer (op. cit.) sintetiza de manera general el proceso de integración de los países productores de materias primas en el mercado mundial. Dice (pág. 96): "La apertura de los mercados europeos a la producción de alimentos y materias primas del exterior fue consecuencia del proceso de industrialización de los países de Europa, la especialización creciente de éstos en la producción manufacturera y la mejora de los medios de navegación de ultramar que rebajaron radicalmente los costos de transporte. Esto abrió en las economías de los países ajenos a la revolución tecnológica y a la industrialización de la época, llamados más tarde de la *periferia*, grandes posibilidades de inversión en las actividades destinadas a producir para los mercados de los países industrializados. Naturalmente, según se apuntó antes, los que más posibilidades ofrecían fueron aquellos de grandes recursos naturales y escasa población". Señala más adelante, llamando a estos países de "espacio abierto", que "la Argentina fue un caso típico de integración a la economía mundial de un espacio abierto". Agrega, también, que las "inversiones se presentaron tanto en las actividades puramente exportadoras como en la ampliación del capital de infraestructura, particularmente transportes, y también en los campos vinculados a las actividades de exportación, sus mecanismos comerciales y financieros, y en el desarrollo de actividades destinadas a satisfacer las demandas de países periféricos".

Ya Scalabrini Ortiz en su *Historia de los ferrocarriles argentinos* ha mostrado cómo la inversión fue muy relativa y se hizo por capitalización del trabajo nacional; lo mismo puede decirse de los servicios públicos en general, uno de los cuales, el de la electricidad, ha historiado minuciosamente Jorge del Río. En cuanto a los mecanismos comerciales y financie-

ros, conviene recordar que los exportadores y los importadores se financiaron antes y después del IAPI, a través de la banca por el ahorro nacional, es decir que lo mismo que el IAPI, pero con la correspondiente diferencia de destino de los márgenes que resultan del comercio exterior. Estos márgenes se convierten con el sistema restablecido después de 1955, en nuevas inversiones extranjeras cuando no son utilidades que se van.

Pero dejando de lado la cuestión del origen de esas inversiones, el hecho que anota Ferrer es el mismo que hemos señalado poniendo las iniciales a la política inteligentemente trazada; las inversiones en la infraestructura no están dirigidas a desarrollar el país sino a facilitar su deformación en el sentido de un desarrollo dependiente.

La clase propietaria de la tierra, enriquecida bruscamente por la ampliación de sus dominios con la Conquista del Desierto, por el orden y la jurisdicidad, por el progreso técnico —alambrados, aguadas, genética, etc.—, por la contribución de los brazos inmigratorios y, sobre todo, por la demanda mundial dirigida a las producciones de la pampa húmeda, ha cuidado minuciosamente de mantener su hegemonía territorial, limitando por esto mismo la posibilidad de la formación de una fuerte burguesía de origen inmigratorio que podría haber nacido de una mejor distribución de la tierra y de una más amplia distribución de los frutos del trabajo.

El roquismo y la aparición de una idea industrialista

Pero en cambio el interior ha vencido a los portuarios y la federalización de Buenos Aires abre las perspectivas de una visión política nacional sustituyendo la exclusivamente porteña. Otro pensamiento económico que el vigente hasta ese momento acompaña a los vencedores. Avellaneda, con la modificación de la Tarifa de Avalúos, parece volver a la política económica señalada por Rosas. Están los dos Hernández, Vicente López, Roque Sáenz Peña, Estanis-

lao Zeballos, Nicasio Oroño, Carlos Pellegrini, Amancio Alcorta, Lucio Mansilla, el mismo Roca. Pellegrini sintetizará el pensamiento de esa generación: "No hay en el mundo un solo estadista serio que sea librecambista en el sentido que aquí entienden esa teoría. Hoy todas las naciones son proteccionistas y diré algo más: siempre lo han sido, y tienen fatalmente que serlo para mantener su importancia económica y política. El proteccionismo puede hacerse práctica de muchas maneras, de las cuales las leyes de Aduana son solo una, aunque sin duda la más eficaz, la más generalizada y la más importante. Es necesario que en la República se trabaje y se produzca algo más que pasto".

En el plazo de la inteligencia política las cosas han cambiado; la generación del 80 parece no estar arrodillada ante "los apóstoles del libre cambio", como Mitre, ni creer en la ineptitud congénita de los argentinos, como Sarmiento. Con Roca llegan al gobierno nacional, si no la "chusma incivil" que dijo el sanjuanino, la "gente decente", los principales de provincia cuyos intereses difieren de los portuarios.

Pero todo queda en vagos enunciados teóricos. Primero la lana, después la carne y los cereales, multiplican las cifras de la exportación; el roquismo, como tentativa de grandeza nacional, se desintegra en las pampas vencido por los títulos de propiedad que adquieren sus primates, ahora estancieros de la provincia.

Una triste página de historia

Quizá una de las páginas más tristes de la historia argentina es aquella entrega de la banda y el bastón que el general Roca hace al nuevo presidente Quintana. Es el mismo Quintana, abogado del Banco de Londres y América del Sud, que había amenazado al ministro de Relaciones Exteriores de Avellaneda, Bernardo de Irigoyen, con movilizar la escuadra inglesa por un incidente bancario, en el Rosario.

Esos eran sus títulos, y los de gran señor con su

atuendo londinense, su oficio y filiación política mitrista que definen su ideología.

Abelardo Ramos (op. cit., tomo II) nos relata el episodio: "Rodeado de un puñado de amigos y con un velo melancólico en sus ojos saltones, el general Julio Argentino Roca entregaba las insignias del mando al Dr. Manuel Quintana, con su perilla blanca, retobado y despreciativo, enfundado a presión en su célebre levita... El mandatario saliente pronunció algunas banales palabras de cortesía. Quintana contestó al ceñirse la banda presidencial: 'Soldado como sois, transmitís el mando en este momento a un hombre civil. Si tenemos el mismo espíritu conservador, no somos camaradas ni correligionarios y hemos nacido en dos ilustres ciudades argentinas más distanciadas entre sí que muchas capitales de Europa'. En esta respuesta desdeñosa, Quintana componía su autorretrato: se había sentido siempre más próximo a Londres que a Tucumán. Su alusión al común espíritu conservador no era menos transparente; comprendía perfectamente el íntimo sentido de la declinación del roquismo y su incorporación al *statu quo* de la oligarquía triunfal".

Del soldado de Pavón, la Guerra del Paraguay, Santa Rosa y la Conquista del Desierto al estanciero de "La Larga". Lo que no pudieron las armas lo hizo la estancia. Continuaría su hijo el mismo camino de declinaciones que ahora se rubricaban con la traición a Pellegrini.

En su mensaje al Congreso, Quintana será más concreto advirtiendo sobre el final de toda tentativa de economía nacional. Se imponía reducir los impuestos, ahorrar en los gastos públicos y renunciar a "ciertos excesos del proteccionismo aduanero". El mismo autor agrega que se renunciaba a la orientación proteccionista que había sido una norma desde la presidencia de Avellaneda en 1875, y que a pesar de su moderación había permitido crear las industrias nacionales en el último cuarto de siglo de la influencia roquista. Quintana agregaría en el mensaje: "...corregir las tarifas aduaneras cuando corresponda, otorgar franquicias a las industrias de

otras naciones y aplicarlas sobre avalúos de verdad... moderar la protección de industrias precarias, si hemos de asegurar con ello la prosperidad de las industrias capitales".

Los "civilistas" utilizan a los militares

Desde entonces, con una sola excepción, los generales que llegaron al poder terminan por entregarlo a civiles que enuncian estos "sanos" propósitos bajo la mirada complacida de las metrópolis económicas; convierten las armas nacidas para instrumento de la grandeza nacional en el recurso cómodo de esa clase de civilidad de que Manuel Quintana puede ser el símbolo.

Esto es lo que en definitiva dice también José Luis Imaz al hablar de las Fuerzas Armadas en *Los que mandan* (Ed. Eudeba): "Sin funciones manifiestas —no ha habido guerras—, el aparato bélico de las Fuerzas Armadas ha terminado por ser visualizado, por todos los grupos políticos, como instrumento potencialmente útil para satisfacer sus propios objetivos. Así, el recurso de las Fuerzas Armadas como fuente de legitimación ha terminado por ser una regla tácita del juego político argentino".

La regla es válida para la generalidad de los golpes militares, con sus "Batallones de Empujadores" y "Regimientos de Animémonos y Vayan" (civiles), que se saben herederos, pero no para el caso de 1943 que se engloba en el juicio. Aquí el Ejército falló a los viejos partidos políticos, a quienes el juego se les fue de la mano. Lo que sucedió al golpe de Estado fue un proceso nuevo y distinto que instrumentó la única tentativa seria de economía nacional que hemos tenido. Porque la cuestión que define el hecho militar es la de saber si éste se produce para restablecer el *statu quo* de los viejos partidos políticos como guardianes de la economía dependiente, o para abrir las perspectivas de una política nacional para el país y para el mismo ejército, rompiendo el esquema preestablecido en obsequio del acceso al poder de la

parte de sociedad capaz de realizarse nacionalmente porque no está ligada a la vieja estructura.

Pero no nos apartemos del tema que es el fracaso de la burguesía.

La burguesía argentina fracasa por segunda vez.

Fracasan los del "ochenta"

Ese momento de la incorporación de las pampas al mercado mundial, también ocurrió en Estados Unidos con sus cereales y carnes.

Entonces la burguesía norteamericana capitalizó la riqueza así generada. Complementó la producción con el manejo de la comercialización de la navegación y de la banca. No se limitó a producir y vender sobre el lugar de producción entregando la parte del león a los exportadores. La hizo suya, la reinvirtió y proyectó los recursos logrados sobre el desarrollo interno, acompañando la marcha hacia el Oeste.

Ya hemos visto que la burguesía inmediata a Caseros fue incapaz de continuar el papel económico señalado por Juan Manuel de Rosas. Puede ella justificar su incapacidad para cumplirlo en la gravitación de las ideologías, en la caída del pensamiento nacional, en la conducción política en manos del odio que quería borrar todo el pasado y en su propia debilidad económica para emprender en ese momento la tarea.

Pero la situación es muy distinta: del 80 en adelante, esa burguesía se encuentra bruscamente enriquecida y plena de poder. Tiene conductores políticos que señalan un rumbo de economía nacional; las provincias pesan en las decisiones del Estado; sólo le basta asumir su papel como burguesía ilustrándose con el ejemplo de sus congéneres contemporáneas de los Estados Unidos y de Alemania. Y, sin embargo, no lo cumple; por el contrario, absorbe en sus filas a los políticos y pensadores que pudieron ser sus mentores, los incorpora a sus intereses y los somete a las pautas de su *status* imponiéndoles junto con su falta de visión histórica la subordinación a los intereses extranjeros que la dirigen.

Es que esa burguesía de los descendientes de los Pizarro de la vara de medir prefiere creerse una aristocracia. Es la alta clase ausentista que reproduce en sus estancias los *manors* británicos y en sus palacios a la francesa el estilo de la alta sociedad parisiense. Es la burguesía ausentista que sube, en París y en Londres, la escalera del refinamiento finisecular después de haber saltado los escalones del rastacuero y se identifica con las grandes metrópolis del placer, la cultura, el dinero; entrega sus hijos a manos de "misses" y "mademoiselles" o a colegios pensionados de dirección extranjera, cuando no extranjeros directamente; se desentiende de la conducción del país, que deja en manos de protegidos de segunda fila —con todo, mejores que ella, porque no se han descastado totalmente—. Imita a la burguesía norteamericana en el dispendio y le disputa el matrimonio de sus hijas con los títulos de la nobleza tronada. Pero pretende ser una aristocracia, a diferencia de la "yanqui", que en su simplicidad arrogante se afirma como burguesía.

Carga sobre la espalda de esa burguesía argentina el complejo de inferioridad antiindígena, antiespañol y anticatólico, y en lugar de ser como la "yanqui", ella misma, prefiere ser imitadora de la alta clase europea. Tal vez remedando al príncipe de Gales, que después será Eduardo VII, es un poco continental y un poco isleña y fabrica ese híbrido anglofrancés que después traslada a Buenos Aires en la arquitectura, en los modos y hasta en el lenguaje.

Los racistas habituales imputarán este fracaso psicológico de los terratenientes argentinos a la supuesta incapacidad hispánica heredada, cuando si de algo se ocuparon esos "burgueses" es de borrar toda huella de lo español.

Puestos a imitar, no imitaron a esta burguesía poderosa y constructiva y solo quisieron reproducir la imagen de los *landlords* en sus dominios territoriales. Anticipan el "medio pelo" contemporáneo en su arribismo de aquella etapa, porque en París y en Londres son el "medio pelo" de la alta sociedad,

"medio pelo" que cree cotizarse por sus propios valores, hasta que la declinación de la divisa fuerte le destruye todo el fundamento de su prestigio internacional [a].

[a] Nada permite establecer la diferencia entre la actitud de la burguesía norteamericana y los terratenientes argentinos, como una referencia a las alianzas matrimoniales de las niñas "yanquis" y porteñas con los poseedores de títulos nobiliarios europeos.

Son conocidas las dotes aportadas por las hijas de los millonarios "yanquis".

He aquí algunas, entre las más jugosas: Miss Forbes aporta en su matrimonio con el duque de Choiseul 1.000.000 de dólares; Miss Adela Simpson en su casamiento con el Duque de Tayllerand Perigord "se pone" con 7.000.000 de dólares, 2.000.000 de dólares aporta Miss Wimarelle-Singer en su matrimonio con el Príncipe de Scey-Montboliard; Miss Gould aportó al Conde Boni de Castellane una dote de ¡15.000.000 de dólares!

Las norteamericanas no hacen ningún misterio; por el contrario, estaban orgullosas de contribuir al dorado de los blasones.

Una revista un tanto escandalosa, *Crapuillot*, que hace esta pequeña historia del amor internacional, dice a este respecto: "Las jóvenes norteamericanas introduciéndose en la vieja nobleza no experimentaban el sentimiento de ser elevadas a un rango social superior; entendían permanecer en las mismas y lucían el orgullo de aportar por lo menos tanto como el otro". No se sentían más, pero no se sentían menos. Eran alianzas en el buen sentido y compraban títulos públicamente como públicamente los nobles pagaban el dinero con títulos. Tampoco éstos temían parecer burgueses, porque en definitiva opinaban como Madame de Sévigne: *Les millons sont de bonne maison.*

Tan clara era la posición de las jóvenes norteamericanas que Miss Gould, cuando el Conde Boni de Castellane le solicita que adopte su religión, le contesta, según versión del mismo conde: "Jamás, pues es muy difícil divorciarse cuando se es católico". Era un *affaire* de negocios.

En cambio, las argentinas, como jugaban la comedia de la aristocracia, necesitaban disimular la naturaleza financiera del pacto. Así tendremos que creer que el Duque de Luynes se casó con Juanita Díaz, la hija de Saturnino Unzué, a puro vigor de corazón. También el Conde de Bearn o el otro Boni de Castellane casados con herederas argentinas.

Pero la burguesía argentina constituida así en aristocracia ha contribuido a resolver uno de los problemas más serios

No supieron ser en su país los hombres de la "city" y la "city" fue extranjera. Por la estúpida vanidad de esa clase, el país frustró la ocasión de capitalizar para el desarrollo nacional la oportunidad que la historia le brindaba. Dilapidaron en consumo superfluo la parte de la renta nacional que la burguesía extranjera les dejó a cambio de la renuncia de su función histórica; cuando la divisa fuerte se acabó dejaron de ser "los ricos del mundo" y volvieron para ser "los ricos del pueblo", no en razón de la riqueza que pudieron crear, sino del privilegio que les permitió acumular su condición de titulares del dominio, en la valorización de las tierras originada en la transformación y lo poco que invirtieron en la producción primaria. Volvieron a cuidar aquí ese orden en virtud del cual ya pobres en el mundo, se les permitía ser ricos en el país por comparación con los más pobres, a condición de garantizarle a la infraestructura extranjera de la producción el cómodo usufructo del intercambio.

Así, la expansión agropecuaria, que fue la más grande oportunidad que tuvo el país de capitalizarse, como consecuencia del fracaso de su burguesía sirvió para consolidar su situación de dependencia.

En la medida que esa clase no cumplió el papel que correspondía a una burguesía, se resignó a ser la fuerza interna dependiente cuya misión ha sido impedir toda modificación de la estructura. Es lo mismo que pasa con los ejércitos en todos los países periféricos: o intentan la realización nacional cumpliendo como tales con su destino histórico, o se convierten en una mera policía del orden conveniente a los de afuera. Esa diferencia que hay entre el soldado y el cipayo ocurre en el orden económico,

de Francia: la hija del Duque de Luynes y Juanita Díaz se casó con el Príncipe de Murat. De tal modo con la alianza de la casa de Luynes con la casa de Murat, se ha sellado la unión de la nobleza borbónica con la bonapartista. Anotémosle este punto a los terratenientes argentinos, que tal vez nos compensen de su fracaso como burgueses.

según la burguesía cumpla funciones nacionales o simplemente sea un sector dependiente.

Los "progresistas" devienen antiprogresistas

Cuando la producción agropecuaria llegó a los topes previsibles y la población siguió creciendo, ya no solo dejó de cumplir su papel como burguesía, ante el peligro de que la realidad, imponiendo las leyes de la necesidad, alterase la estructura a que se ligaba. De la euforia del progreso y su hipertensión, que vivió tirando manteca al techo, pasó a la lipotimia del miedo a la grandeza.

Quiero aquí recordar la frase de ritual de la vieja oligarquía que he dicho al principio de la nota: "Cien millones de argentinos conducidos por la azul y blanca ante el trono del Altísimo". Y agregar dos citas que no me cansaré de reiterar, porque definen los dos extremos entre la euforia de los triunfadores y la derrota de los sometidos que quieren someter el país.

En 1956 el Dr. Ernesto Hueyo, ex ministro de la Década Infame y personaje representativo de su clase, sostiene en un artículo de "La Prensa" que el país tiene exceso de población y solo se le ocurre una solución: que emigre el excedente de argentinos innecesario para la economía pastoril. En 1966 el presidente de la Sociedad Rural, Sr. Faustino Fano —un nuevo incorporado a la alta clase—, expresa el pensamiento de la misma diciendo en el habitual banquete de la prensa extranjera —donde los primates del país van a dar examen de buena conducta e higiene mental— que la población conveniente a la República está en la relación de cuatro vacunos por cada hombre. Ajustándose al cálculo de este último, y partiendo de una existencia presumible de 45 a 50 millones de vacunos, hoy no debería tener más de 12 millones de habitantes. Si tiene 25 millones se ha excedido en el 100 por ciento. ¡A esto ha llegado la élite que se dice continuadora de la que jugaba a los 100 millones de habitantes y los prometía ante el trono del Señor!

Y lo terrible es que tiene razón si el esquema económico argentino ha de ajustarse al destino que le tienen reservado al país los que se creen sus dirigentes por derecho propio, los que habitualmente sacan al Ejército de sus cuarteles, los que habitualmente vuelven a meterlo en los mismos y los que ponen al frente de la economía a los expertos profesionales que se turnan en su dirección.

En los límites de la pampa

En 1914 —y no en 1930, como lo entiende Ferrer— el país ha llegado al límite potencial de su riqueza agropecuaria. Habrá coyunturas circunstanciales, como la excepcional demanda posterior a la primera guerra o la falta de competencia internacional, o condiciones climáticas extraordinarias que permitan por algunos años superarlo.

De todos modos se sumará a los factores adversos la cada vez más adversa relación de los términos del intercambio; ya ni el préstamo internacional ni los saldos favorables de la balanza comercial podrán compensar la demanda creciente del mercado interno, que, además, afecta los saldos exportables, ni tampoco el servicio de amortizaciones y de intereses. Todo lo que el país avance solo dependerá de la expansión del mercado interno —de lo que el país sea capaz de producir y consumir para sí, es decir, de la diversificación de la producción y del alza de los niveles de consumo generada por el desarrollo de las fuerzas internas, de la producción al salario—, de su capacitación para integrar una economía nacional que no repose en los saldos del comercio exterior. Este dejará de ser eje para ser solo complementario, como lo es en los Estados Unidos y en todos los países que los "expertos" cipayos nos proponen como ejemplo. Ese problema de población que preocupa a Hueyo y a Fano, la eliminación del excedente de 13 millones de habitantes, solo tiene dos soluciones: el genocidio, que puede consistir en el *no te morirás pero te irás secando* de un pueblo condenado a la miseria endémica, que además facilite mano de obra

barata para complacer con el bajo costo "el mercado tradicional", o tomar el toro por las astas —el toro o el dueño del toro— y marchar hacia la integración de la economía.

Para un argentino no hay otra alternativa que la segunda solución en lo inmediato. En lo mediato, volver a la expansión internacional, pero con la producción y los mercados diversificados.

Avances y retrocesos

Desde 1914 estamos en eso: en la lucha del país nuevo y real con el país viejo y perimido, que para vivir él impide el surgimiento de nuestras fuerzas potenciales. Es un andar y desandar continuo, un avanzar tres pasos y retroceder dos. En ese andar hacia adelante muchos sectores del interior han encontrado su solución transitoria en el crecimiento del mercado del litoral y solo por él; el algodón del Chaco, el vino y la fruta de Mendoza y Río Negro, la yerba y el té de Misiones, los citrus de la Mesopotamia y del Norte, el tabaco, el azúcar, el arroz y la variada gama de productos que han permitido avanzar a algunas provincias de las condenadas a vegetar miserablemente en el mecanismo exportador-importador del litoral.

Las dos grandes guerras, la de 1914 y la de 1939, y la neutralidad mantenida a pesar de todas las presiones, rompieron en dos oportunidades críticas el esquema agro-importador y dieron lugar a un incipiente desarrollo industrial en la primera, que tuvo carácter mucho más definido y profundo en la segunda. Las condiciones históricas favorables fueron relativamente acompañadas, en la primera oportunidad, por el gobierno de Yrigoyen, con medidas imprecisas pero que ayudaron, como el cierre de la Caja de Conversión, el incremento de la actividad del Estado como promotor y el primer reconocimiento de los trabajadores como fuerza dinámica de la realización argentina, en la segunda, desde la política inicial de Castillo, con la creación del Banco Industrial y la creación de la Marina Mercante, a la

decidida y enérgica de Perón, ejecutada audazmente por Miranda y con la efectiva acción de los trabajadores que, con una lúcida conciencia de su papel, ocuparon el lugar vacante de la burguesía en la conducción nacional, pues la burguesía que surgía entonces, al amparo de condiciones favorables, tampoco tuvo conciencia de su valor histórico ni de la línea política de sus intereses.

1930 y 1955 son fechas equivalentes, y la Década Infame y la Revolución Libertadora se identifican en los fines, en la técnica revolucionaria, en los equipos de gobierno y en el mismo aprovechamiento de las fuerzas militares destinadas al increíble papel de frenar la grandeza nacional y cerrarle al país —cuya expresión armada de potencia son— el camino que les abriría la posibilidad de ser potencia.

No se trata aquí de hacer el análisis de la política económica del gobierno caído en 1955. Solo bastará con decir que, cabalgando sobre las circunstancias favorables de la guerra y la posguerra, realizó la única tentativa de política económica nacional en gran escala, después del precario ensayo que pudo hacer Rosas. (Esta analogía que quiso ser injuriosa resultó un cumplido y lo resultará cada vez más a medida que se vaya conociendo la historia verdadera de las "Tiranías Sangrientas" y la de sus adversarios.) El establecimiento de prioridades, la concentración de la banca y el manejo de las divisas para proyectar sus recursos sobre las mismas, el manejo del comercio de exportación y el control de la infraestructura económica y la paralela redistribución de la renta, con la consiguiente promoción social del país, son caminos que habrá siempre que recorrer, corrigiendo errores, perfeccionando aciertos y aportando nuevas soluciones y perspectivas, porque son los únicos caminos posibles de una integración económica nacional.

El tercer fracaso de la burguesía

Esta vez también la burguesía traicionó su destino. Y ahora no fue la burguesía tradicional, ya ligada definitivamente al antiprogreso como expresión del

país estático frente al país dinámico, porque el proceso de desarrollo que se cumplió en la etapa 1945-1955 significaba la oportunidad de la aparición de un capitalismo nacional con fines nacionales.

Era el avance hacia una frontera interior de progreso donde todavía el capitalismo tiene un amplio margen de posibilidades y una tarea que cumplir. También los trabajadores lo comprendían, demandando como precio el ascenso social que ese avance generaba, aceptando los márgenes de capitalización y reclamando solo una distribución digna de la capacidad del consumo. Sociedad ésta signada por el inmigrante con la voluntad de los ascensos individuales, levantó con el mismo sentido las masas criollas del interior secularmente resignadas a ser marginales de la historia; el movimiento social tuvo así características propias del país, en que se conjugaron la demanda gremial de las reivindicaciones gregarias y la individual afirmación de las posibilidades personales, porque el movimiento social se da en un país de frontera inferior a las dos dimensiones que la riqueza en expectativa permite, lo mismo que la fluidez de las situaciones de trabajo originadas en una economía de expansión.

El "medio pelo" y la nueva burguesía

A la sombra de esa expansión del mercado interno y el correlativo desarrollo industrial surge una nueva promoción de ricos, distinta a la de los propietarios de la tierra que venía de las clases medias, y aun del rango de los trabajadores manuales, y se complementaba con una inmigración reciente de individuos con aptitud técnica para el capitalismo.

Pero esta burguesía recorrió el mismo camino que los propietarios de la tierra, pero con minúscula.

Bajo la presión de una superestructura cultural que solo da las satisfacciones complementarias del éxito social según los cánones de la vieja clase, buscó ávidamente la figuración, el prestigio y el buen tono. No lo fue a buscar como los modelos propuestos lo

habían hecho a París o a Londres. Creyó encontrarla en la *boîte* de lujo, en los departamentos del Barrio Norte, en los clubes supuestamente aristocráticos y malbarató su posición burguesa a cambio de una simulada situación social. No quiso ser guaranga, como corresponde a una burguesía en ascenso, y fue tilinga, como corresponde a la imitación de una aristocracia.

Eso la hizo incapaz de elaborar su propio ideario en correspondencia con la transformación que se operaba en el país, hasta el punto que los trabajadores tuvieron más clara conciencia del papel que les tocaba jugar a esa clase. Basta leer, después de 1955, la literatura sindical y la de la burguesía —con la sola excepción parcial de la CGE— para verificarlo.

Esta nueva burguesía evadió gran parte de sus recursos hacia la constitución de propiedades territoriales y cabañas que le abrieran el *status* de ascenso al plano social que buscaba. Fue incapaz de comprender que su lucha con el sindicato era a su vez la garantía del mercado que su industria estaba abasteciendo y que todo el sistema económico que le molestaba, en cuanto significaba trabas a su libre disposición, era el que le permitía generar los bienes de que estaba disponiendo. Pero, ¿cómo iba a comprenderlo si no fue capaz de comprender que los chismes, las injurias y los dicterios que repetía contra los "nuevos" de la política o del gremio eran también dirigidos a su propia existencia? Así asimiló todos los prejuicios y todas las consignas de los terratenientes, que eran enemigos naturales, sin comprender que los chistes, las injurias y los dicterios también eran válidos para ella. Como los propietarios de la tierra en su oportunidad, perdió el rumbo. Pero no se extravió como la vieja clase en los altos niveles del gran mundo internacional. Se extravió aquí nomás, entre San Isidro y la Recoleta, y no la llevaron de la mano los grandes señores de la aristocracia europea, sino unos primos pobres de la oligarquía que jugaron ante ella el papel de vieja clase.

El tema del "medio pelo" es un filón inagotable para humoristas del lápiz y de la pluma. Tanto han

"cargado" éstos que parece inexplicable la subsistencia de la actitud que lo caracteriza. Esto revela que se trata de algo más que una de esas modas pasajeras que constituyen las frivolidades de nuestra tilinguería; es que estamos en presencia de un verdadero *status* correspondiente a un grupo social ya conformado.

Si este grupo social estuviera aislado no tendría importancia y hasta podríamos agradecerle la diversión que nos proporciona su espectáculo; pero lo grave es que ejerce magisterio y se extiende hasta ir absorbiendo la nueva burguesía y parte de la clase media con sus pautas de imitación, con su calcomanía de una supuesta aristocracia, y esto perjudica al país en el momento que reclama una urgente transformación que debe contar con el empuje creador de la clase hija de esa transformación, en riesgo de cometer el mismo error de la burguesía del 80, confundiendo esta vez el oro fix de sus mentores porteños con el oro viejo de los que guiaron a aquéllos.

2

LA COLONIZACION PEDAGOGICA

LA COLONIZACION PEDAGOGICA

Así como en *El "medio pelo" en la sociedad argentina* (Apuntes para una sociología nacional) he querido contribuir a la visión del país desde el ángulo social, lo intentaré en dos libros sucesivos a este, desde los ángulos respectivos de la geopolítica y la política internacional, en uno, y de la economía en otro. Ahora me propongo hacerlo desde la cultura.

Pero debo limitar el alcance de la expresión "cultura" pues mi propósito es pragmático, con lo que evitaré irme por la tangente, de nuestra realidad inmediata hacia lucubraciones de valor universal, pretexto frecuente de los ensayistas y profesores para considerar los problemas argentinos de un modo estratosférico y al margen del compromiso con las urgencias nacionales.

Señalaré por qué es "intelligentzia" y no inteligencia la constituida por gran parte de los nativos que a sí mismos se califican como intelectuales y cómo han conformado su mentalidad, cómo se comportan y sobre todo cómo está constituido el aparato "cultural" que la dirige y difunde para evitar la creación de un pensamiento propio de los argentinos.

La amplia expresión *superestructura cultural,* que supondría un análisis de la cultura, con mayúscula, se reduce así a la determinación de los modos y el instrumental que opera en la formación de la "intelligentzia". Además, considero un bizantinismo confrontarla con una cultura propia, mientras en el hecho no sean removidos los factores que determinan aquélla como expresión colonialista. La inteligencia, ya

"La colonización pedagógica" y "Desubicación de la 'intelligentzia'" constituyen los capítulos I y II de *La yapa. La colonización pedagógica,* segunda parte de *Los profetas del odio.* Tomado de la 3ª edición. Buenos Aires, Peña Lillo, 1967.

liberada de esos factores que la deforman en "intelligentzia", es la que tiene que cumplir, y lo está haciendo fragmentariamente, la tarea de definir, por su desarrollo natural, su carácter como cultura nacional.

Definirlo a priori sería incurrir en el mismo error que señalamos. Y en esto, más liberal que los liberales, confío en los hechos que son los que la generarán una vez removidos los obstáculos que se oponen a su espontánea manifestación y recordando que ya es nuestro lo que fue ajeno, en la medida que ya está incorporado a nuestra naturaleza. (Sarmiento es tan nuestro como Hernández, como factor determinante hoy, pero lo que no es nuestro es el *sarmientismo* en cuanto impide que lo otro cumpla su labor naturalmente y que la realidad sea la creadora y no un instrumental superpuesto destinado a deformarla.)

La "intelligentzia" es el fruto de una *colonización pedagógica* y esto es muy distinto a la espontánea incorporación de valores universales a una cultura nacional, y recíprocamente, como pretenden los asépticos expertos en el tema, que prescinden del análisis de las condiciones objetivas.

Esto de la colonización pedagógica me parece que está centrado en sus verdaderos términos en el libro de Jorge Abelardo Ramos, *Crisis y resurrección de la literatura argentina* (Ed. Indoamérica, 1954), que dice:

"En las naciones coloniales, despojadas del poder político directo y sometidas a las fuerzas de ocupación extranjeras, los problemas de la penetración cultural pueden revestir menos importancia para el imperialismo, puesto que sus privilegios económicos están asegurados por la persuasión de su artillería. La formación de una conciencia nacional en ese tipo de países no encuentra obstáculos, sino que, por el contrario, es estimulada por la simple presencia de la potencia extranjera en el suelo natal... En la medida que la colonización pedagógica —según la feliz expresión de Spranger, un imperialista alemán— no se ha realizado, solo predomina en la colonia el interés económico fundado en la garantía de las armas. Pero en las semicolonias, que gozan de un *status*

político independiente decorado por la ficción jurídica, aquella 'colonización pedagógica' se revela esencial, pues no dispone de otra fuerza para asegurar la perpetuación del dominio imperialista, y ya es sabido que las ideas, en cierto grado de su evolución, se truecan en fuerza material. De este hecho nace la tremenda importancia de un estudio circunstanciado de la cultura argentina o seudoargentina, forjada por un siglo de dictadura espiritual oligárquica... La cuestión está planteada en los hechos mismos, en la europeización y alienación escandalosa de nuestra literatura, de nuestro pensamiento filosófico, de la crítica histórica, del cuento y del ensayo. Trasciende a todos los dominios del pensamiento y de la creación estética y su expansión es tan general que rechaza la idea de una tendencia efímera.

"Es en este sentido que legítimamente puede hablarse de una verdadera devastación espiritual de las nuevas generaciones intelectuales". (Recordemos que esto está publicado en 1954 y no corresponde ya a este momento en lo que se refiere a las nuevas generaciones, como se verá más adelante.) "La juventud universitaria, en particular, ha asimilado los peores rasgos de una cultura antinacional por excelencia. Bajo estas condiciones históricas se formó nuestra élite intelectual". Agrega que la función de una cultura así es ser fideicomisaria de valores transmitidos por sus mandantes europeos.

Necesidad de un pensamiento agresivo

De aquí que la crítica a una "cultura" establecida sobre dichas bases, consiste en el primer paso para restituir los valores sumergidos de la cultura colonizada, preexistente o con posibilidades de nacer. La palabra cultura pierde su acepción aséptica para transformarse en una política cultural opuesta a la política cultural que se nos presenta como "cultura". Es una beligerancia imprescindible para obtener la síntesis como resultado frente a la pretensión de

seguirnos imponiendo una cultura marginada de toda elaboración propia.

Así, en la Argentina, el establecimiento de una verdadera cultura lleva necesariamente a combatir la "cultura" ordenada por la dependencia colonial. Implica, por lo pronto, una revisión respecto del pasado nacida de la búsqueda de las propias raíces que obliga a restaurar el prestigio de quienes fueron sumergidos por no ingresar a las jerarquías oficializadas; el impulso que destruye los falsos héroes consagra paralelamente a otros que responden a las exigencias de una verdadera cultura nacional. Es una especie de Renacimiento, de fe en la genuinidad de lo nacional que vertebra la violenta crítica a la "intelligentzia" colonizada, que solo tiene un valor sucedáneo, carente de originalidad como simple repetición de ajenos repertorios. El combate contra la superestructura establecida abre nuevos rumbos a la indagación, otorga otro sentido creador a la tarea intelectual, ofrece desconocidos horizontes a la inquietud espiritual, en fin, enriquece la cultura aun en su aséptico significado al proveerla de otro punto de vista brindado por las peculiaridades nacionales.

Solo por la victoria en esa contienda evitaremos que bajo la apariencia de los valores universales se sigan introduciendo como tales los valores relativos correspondientes solo a un momento histórico o lugar geográfico, cuya apariencia de universalidad surge exclusivamente del poder de expansión universal que les dan los centros donde nacen, con la irradiación que surge de su carácter metropolitano. Tomar como absolutos esos valores relativos es un defecto que está en la génesis de nuestra "intelligentzia" y de ahí su colonialismo.

Génesis de la "intelligentzia"

Desde el principio nuestra "intelligentzia" identificó con cultura los "valores universales" consagrados por los centros del poder, con exclusión de toda otra cultura.

Las naciones que se separaban de la colonia española tenían su propia cultura, dentro de una de más

amplia órbita, producto de una lenta elaboración de elementos indígenas con los proporcionados por la conquista española y católica. En algunos casos, cuando las sociedades indígenas preexistentes ya habían salido del estado salvaje y constituían por sí culturas, esta simbiosis estaba lejos de haberse realizado, y había más bien una superposición de culturas, como entre los aztecas y el incario. En otro la fusión se había realizado dando una muy particular configuración cultural, como en el caso de los pueblos guaraníes del Paraguay con el aporte de los elementos hispánicos y jesuíticos, de tan fuerte individualidad que ha sobrevivido sin alterarse con la implacable destrucción de que fue objeto con la guerra "civilizadora" de la Triple Alianza.

El contacto de la cultura preexistente con la Europa triunfante del siglo XIX, que debía generar a su vez una nueva elaboración por la asimilación de nuevos valores a los elementos culturales propios, no fue visto así por la "intelligentzia" que desde el principio definió sus características, deslumbrada por la civilización europea cuyo espectáculo se presentaba ante los ojos azorados de los intelectuales. (Se llama intelectual, no al que ejercita la inteligencia, sino al que es ilustrado en cosas nuevas.)

Para este "intelectual" lo preexistente, la *cultura* que tenía en la raíz, fue *incultura* en cuanto no coincidía con lo nuevo. Ocurrió aquí lo inverso que entre los griegos, para los cuales lo bárbaro era lo exótico a la Hélade, y lo culto lo propio [a].

[a] Muy ilustrativa sobre el distinto modo de entender lo culto y lo bárbaro es ese relato que hace Pedro De Paoli en *Facundo* (Ed. Ciordia y Rodríguez, Buenos Aires, 1952) de la remisión de los pliegos conteniendo el texto de la Consttución rivadaviana de 1826.

"A Santiago del Estero marchó el Dr. Tezanos Pintos. Y una tarde de sofocante canícula, como son todas las de Santiago del Estero durante el verano, se vistió rigurosamente de etiqueta, con su larga y negra levita bien abotonada, sus pantalones de grueso paño muy ajustados, su galera de pelo y los puños y el cuello duros almidonados, se dirigió a la casa del gobernador. Eran las tres y media de la tarde y los santiagueños se encontraban durmiendo la siesta en el interior de las habitaciones o bajo los árboles

La fórmula "civilización y barbarie"

Esta es la raíz del dilema sarmientino de "civilización o barbarie" que sigue rigiendo a la "intelligentzia". Se confundió civilización con cultura, como en la escuela se sigue confundiendo instrucción con educación. La idea no fue desarrollar América según

del patio. Algunos, como excepción, estaban en el zaguán, descalzos y apenas con una camisita de algodón, bien finita, y un chiripá también bien liviano.

Los santiagueños que por casualidad lograban ver a semejante personaje, vestido en forma tan bárbara para el lugar y el día, quedaban mudos de asombro. ¿Pero a quién se le ocurría a esa hora en que nadie salía de su casa, ir a los rayos del sol y vestido de tal manera? ¿Pero quién era ese bárbaro? ¡Sin duda un extranjero estrafalario? El asombro llegó a su colmo cuando el hombre, retocándose la corbata y levantando en alto el bastón, dio muestras que era a la mismísima casa del gobernador donde iba y donde ya llegaba.

En la puerta de su casa, el gobernador, general Ibarra, estaba sentado como muchos otros santiagueños a esa hora, descalzo, con camiseta, chiripá de liencillo y vincha angosta. El congresal llegó frente a él, se quitó la galera de felpa, puso el bastón bajo el brazo izquierdo, se inclinó reverente, sacó del faldón de la levita dos pliegos, y con frases melosas y amables se los ofreció al señor gobernador.

Ibarra, con la mayor displicencia santiagueña, lo miró un instante y rehusó los pliegos. Pero le ofreció asiento a su lado, en una banqueta de cuero crudo, que el congresal no se dignó aceptar.

No señor, el gobernador de Santiago del Estero no solo no aceptaba recibir la Constitución que le enviaba el Congreso de Buenos Aires, sino que no quería tener con él ninguna vinculación, invitándolo al representante de ese Congreso a que abandonara en veinticuatro horas la provincia de Santiago. El congresal se quedó mudo, intentó argumentar, entrar en polémica, usar su dialéctica, convencerlo de las ventajas de adoptar las fórmulas constitucionales de Benjamín Constant, hablarle del positivismo naturalista de Montesquieu, de Bentham; de que Rousseau no era un sofista... Ibarra por toda contestación le alargó el mate que acababa de traerle la chinita. El congresal se indignó: se encasquetó la galera, empuñó el bastón, giró sobre sus talones, y a pasos rápidos, traspasado de sudor, se aleó hacia el hotel; en su interior iba diciendo: 'Bárbaro, qué desconocimiento

América, incorporando los elementos de la civilización moderna; enriquecer la cultura propia con el aporte externo asimilado, como quien abona el terreno donde crece el árbol. Se intentó crear Europa en América trasplantando el árbol y destruyendo al indígena que podía ser obstáculo al mismo para su crecimiento según Europa, y no según América.

El gran desarrollo técnico del siglo XIX facilitó el error. *Aprender la técnica y practicarla era civilizarse y civilizarse, culturizarse,* considerando los términos como inseparables, lo que es incierto, como lo demostró Japón, que hizo suya la técnica de la civilización europea asimilándola a sus formas culturales. (También el Paraguay de los López lo intentó, y se lo *"civilizó"* a la fuerza para impedirlo.)

Así la "intelligentzia" facilitó el proceso de la estructuración de los nuevos países como países dependientes, derogando todos los valores autóctonos que podían servir para el proceso de filtro y asimilación; mucho menos admitió la posibilidad de una creación original, nacida de esa convivencia y de una recíproca penetración. Así el proceso de europeización que se practicó desde 1853 en adelante no consistió en la incorporación a la cultura preexistente de los valores europeos —universales si se quiere—, sino en la derogación lisa y llana de aquélla, lo que fue facilitado por esa identificación del concepto civilización con el concepto cultura, muy propio del siglo XIX.

La incomprensión de lo nuestro preexistente como hecho *cultural*, o mejor dicho, el entenderlo como hecho *anticultural*, ayudó a que lo preexistente fuera privado de todos los medios de expresión. No bastó con la masiva sustitución de la población nativa por el torrente inmigratorio que se volcó sobre el litoral,

de la cultura', mientras Ibarra, mirándolo entre socarrón y compasivo, pensaba para sus adentros: 'Bárbaro, andar vestido así en Santiago, en una tarde de calor como ésta y a las cuatro de la tarde' ".

El autor dice en una nota: "Posteriormente Tezanos Pintos reconoció que el bárbaro había sido él". Por lo demás, Ibarra, coronel de la independencia, era hombre de buenas letras. Pero santiagueño con sentido común.)

ni con la distorsión económica que impuso una civilización para hacernos una prolongación abastecedora del modelo que se proponía imitar. La inteligencia se hizo "intelligentzia" y dando por resuelto que la cultura era exclusivamente lo importado se convirtió en uno de los más eficaces instrumentos para extirpar de raíz los elementos locales de cultura preexistentes. Solo la tradición oral y los hábitos cuya perdurabilidad es lentamente afectada por el cambio de condiciones parecieron subsistir como factores yacentes de la cultura derogada y con preferencia en aquellos lugares no útiles a los fines concretos perseguidos por la civilización, en remotos rincones de provincias.

En el terreno de la cultura la "intelligentzia" se impuso masivamente después de Caseros. A medida que la incorporación de la Argentina al mercado mundial iba creando intereses vinculados con ella y la política del imperio dominante profundizaba su penetración económica, esta disposición de la "intelligentzia" se acentuaba con el desplazamiento hacia el litoral de la riqueza y la postergación de los núcleos interiores de población, donde la configuración económica y social de la colonia española había enraizado con más profundidad la cultura preexistente. El litoral, más despoblado y menos importante en la economía de autosatisfacción anterior a la libertad de comercio, disponía de menos elementos autóctonos para compensar, asimilando la influencia postiza que venía de afuera; prácticamente fue hijo de las nuevas condiciones que lo favorecían en su desarrollo material y sobre este hecho cabalgó la "intelligentzia" que pareció encontrar durante largos años la confirmación de su misión civilizadora, porque la nueva sociedad que lo componía en hombres y técnicas era en su mayor parte hija del planteamiento civilizador logrado.

La "intelligentzia"

Pero pronto la conformación de la "intelligentzia", en cierto modo espontánea, como se ha explicado con la alucinación de los intelectuales, se constituyó

en sistema, en la misma relación en que se consolidaban y agrandaban los instrumentos materiales de la influencia exterior que constituían factores de poder mucho más poderosos que el mismo Estado, o que la posible conjunción de intereses nacionales. Así, el error de la "intelligentzia" revertió sobre ella misma, y ya no pudo salir de él, porque todo el aparato a través del cual podía expresarse y a través del cual se elaboraba el "intelectual", se fue conformando a la política dominante cuya proyección se dirigía a estabilizar el país en las condiciones más óptimas para su aprovechamiento, que, desde luego, no podía trascender los fines para los cuales fue "civilizado". De thl manera la "intelligentzia" quedó prisionera de lo que había promovido, y se tuvo que conformar definitivamente como instrumento colonial. Aquello mismo que había promovido para "civilizado". De tal manera la "intelligentzia" quede su dominio, y la hizo su instrumento. Así, los que habían sido apóstoles de un error doctrinario se vieron convertidos en simples instrumentos divulgadores, cumpliendo en el campo de la cultura la función que el poder material cumplía en el campo de los intereses materiales. De apóstoles devinieron, en su prolongación histórica, vendedores de comercio: una mezcla de viajantes y visitadores médicos.

La derrota de la "intelligentzia"

Ya carece de objetivo el debate con la "intelligentzia" en el terreno de las ideas, donde ni siquiera el intelectual es el "ilustrado en cosas nuevas", como se dijo antes. Esta no es más que una simple repetidora de envejecidas o exóticas afirmaciones dogmáticas, cuyo poder de convicción reside exclusivamente en el de la propaganda. Es simplemente un instrumento de la misma sin otra fuerza que la que surge de su utilización por el aparato de difusión. No hay problema intelectual. Es una cuestión de hecho, porque el conflicto no es el de las ideas, ampliamente superado, sino el de la imposibilidad en que se encuentra la "intelligentzia" de actualizar su ideario de importación en presencia de un país que

lo rebalsa y que ha adquirido un potencial propio que tiene que traducirse en una versión también propia de lo cultural. La "intelligentzia" ve en la actual crisis una crisis de decadencia cuando la crisis es en verdad una crisis de crecimiento y aquélla carece de todo pensamiento que no sea el generado por el siglo XIX en las metrópolis, que si fue apto para enervar las posibilidades nacionales de expresión cultural es insuficiente ya. La trampa actual de la "intelligentzia" consiste en robarle al pensamiento nacional la terminología y el estilo y es así como se disfraza a base de un neoliberalismo que incluye expresiones como desarrollo, expansión, etc., que intentan canalizar por vías extraviadas el movimiento intelectual del país hacia su propia vía muerta. Esto es mucho más visible en las expresiones de la "intelligentzia" que se presentan como expertos económicos o tecnócratas porque éstos son los que reciben las órdenes de manera más directa de las metrópolis que hacen la colonización pedagógica y no se engaña como el resto de la "intelligentzia" con su propia salsa cultural que les cambia el gusto del plato.

Lo popular como fuente

Ernesto Palacio escribía en "Criterio", en 1928, que el problema de escribir o no para el pueblo que dividía a los plumíferos, se resuelve escribiendo *desde el pueblo.*

Creo que a eso estamos llegando y que ahí está la fuente. El cegado, pero siempre resurgente manantial que rechaza lo que no es nuestro o lo recrea sobre la realidad y lo hace nuestro cuando lo cambia y adapta.

Explicar la génesis de la "intelligentzia", y cómo ésta quedó prisionera de la colonización pedagógica que ella misma promovió, no supone la intención de volver a fojas uno, replanteando el problema a nivel de los momentos iniciales. Saber cómo fueron las cosas no implica olvidar que lo pasado pasó. Demanda simplemente plantear el problelma para que la desnaturalización no se repita sobre las bases

reales de la Argentina de hoy que son otras que las de ayer.

Hay un cierto nacionalismo que siendo históricamente antiunitario incurre en la misma actitud que los unitarios en cuanto al método: a aquéllos no les venía bien el país de entonces, por criollo, y a éste no les viene bien el actual por gringo, y si aquéllos se fugaban del país al hipotético de mañana, no menos fuga es negar el país de hoy por el de ayer[a].

[a] A propósito de un caso de estos mencionado en *El medio pelo...*, se me ha recriminado olvidarme con frecuencia de la galantería, cuando trato de mujeres que escriben.

A este respecto tengo algo que decir. Es por respeto a las mujeres que escriben que las considero y en consecuencia en mis juicios y en mis ataques no hago distingos de sexo. Entiendo que cuando una mujer afronta la responsabilidad de la pluma se coloca en el mismo terreno que el hombre que escribe y debe ser considerado como escritor, y no como que escribe y debe ser considerado como escritor, y no como mujer.

Las que no lo entienden son como esas damas que pechan para subir al colectivo lleno, emparejando y disputando al hombre su situación, pero una vez trepadas pretenden que se les dé el asiento, haciendo valer un privilegio, que ahora solo ha quedado, como es lógico, para los ancianos, los inválidos, las que llevan hijos en los brazos o adentro. No es el sexo sino la condición humana la que determina la preferencia.

Y algo tengo que contestar a esos críticos: cuando se trata de cosas que se refieren al destino del país aquel que es más sensible a la galantería que al país, solo revela que no lo siente a éste profundamente.

Las mujeres que escriben y se empeñan en mantener los privilegios del sexo, revelan que no tienen conciencia de la responsabilidad que contraen, y consideran esto de escribir como una "monería bien", de "hija de familia", que forma parte de los encantos femeninos como una coquetería más.

Es que la "intelligentzia", machos y hembras, y los otros en conjunto no comprende o no quiere comprender su responsabilidad.

Un caso típico fue comentado por Ernesto Palacio cuando el fusilamiento de García Lorca ante la actitud que asumieron los intelectuales; muy mal estuvo que lo fusilaran

En eso Ernesto Palacio nos da la fórmula precisa: "Escribir —y quien dice escribir dice todo quehacer intelectual o artístico— desde el pueblo", es decir desde la realidad expresada por su agente humano y natural, lo que supone integrarse en el mismo abandonando la presunción básica de la "intelligentzia", que es su atribución de un *status* de carácter intelectual diferenciado del pueblo y rector de éste, a que me referiré más adelante.

Diré ahora que incurro en transcripciones a menudo extensas, cosa que se me ha criticado en libros anteriores. Lo hago por humildad y porque me parece que si otro lo ha dicho mejor que yo, mejor es reproducirlo que parasitarlo; además acredita que no vengo a descubrir nada sino a redundar, de una manera tal vez más sistematizada, en una constante argentina: siempre el país ha tenido sus centinelas advertidos y combatientes, por más que se los haya silenciado sistemáticamente o deformado para evitar la generalización de su pensamiento. El recorrido de nuestra historia está lleno de mojones que han sido cubiertos deliberadamente por "la colonización pedagógica", que como las arenas del desierto se empeña en impedir que encontremos el verdadero camino [a].

a García Lorca, al hombre García Lorca. Pero la cuestión no se hacía por los intelectuales en razón del hombre, sino en razón del intelectual, pues se pretendía que el intelectual tuviera un fuero aparte, una situación exclusiva en virtud de la cual no debe correr las contingencias de los demás hombres, lo que es atribuirle al intelectual una especie de hermafroditismo y se corresponde con la idea del intelectual como elemento decorativo, como adorno. Lo malo es que se fusile; pero fusilando al zapatero, al soldado, al peón o al burgués, que en cierta medida son empujados por el intelectual, no hay ninguna razón para que éste quede marginado del riesgo. Es como darle una patente de irresponsabilidad que ningún intelectual que se respete aceptará. Pero es una teoría muy conveniente para nuestros regimientos de "animémonos y vayan" y los "batallones de empujadores" que hacen pelear a los otros y se quedan teniendo el saco a los "contendientes".

[a] Ya veremos que en la pueril imitación de Caseros, en 1955 se intentó reproducir el aniquilamiento de toda fuente o prestigio que permitiese en el futuro encontrar las bases

Y me adelanto a prevenir al lector contra el pesimismo que pudiera surgir de la comprobación que haré de la magnitud de las fuerzas que enfrentamos. No está demás recordar lo que sucede al estudiante de medicina a medida que en los primeros pasos va adquiriendo el conocimiento de las enfermedades,

de un pensamiento nacional. Los antiinquisidores quemaron colecciones enteras de libros y documentos y se sometieron a expurgación las bibliotecas y archivos. Era una técnica que los cipayos conscientes conocían, pues reiteraba la que se practicó sistemáticamente del 53 en adelante bajo la dirección de un experto en historia. Si el pasado federal se sepultó, no tuvieron mejor suerte las ideas y los hombres que se atrevieron a discutir después, aunque fuera parcialmente, con la línea impresa. De la mayoría no queda ni el recuerdo, y eso sin tener en cuenta las posibilidades que se destruyeron en ciernes por el simple hecho de estarles negado el acceso a los medios del pensamiento. Los nombres y los trabajos de otros sobrevivieron, pero quedaron en la penumbra, cuando no desfigurados en su significación. Es el caso de Rafael y José Hernández, Miguel Navarro Viola, Emilio de Alvear, Vicente G. Quesada, Olegario Andrade, Osvaldo Magnasco, Vicente Fidel López, Julio Victorica, Santiago Derqui, Manuel Leiva, Ovidio Lagos, Carlos Guido Spano, Carlos D'Amico, Juan Balestra, el Dr. Evaristo Carriego, Alejandro Peyret, Francisco F. Fernández, etc., recordados aquí de primera intención y a los que podríamos agregar ya en este siglo a David Peña, Ernesto Quesada, Manuel Ugarte, Manuel Ortiz Pereyra, Saúl Taborda, Armando Casella, Elías Castelnuovo, Ramón Doll, Arturo Cancela, Raúl Scalabrini Ortiz, José Gabriel, Ernesto Palacio, Mateo Booz, hasta el mismo Agustín Alvarez y los centenares de escritores, técnicos, etc., que al tener el camino cerrado a sus aptitudes se desviaron hacia otras actividades, ante las exigencias de la vida. Algunos como Scalabrini Ortiz han podido trascender por su obra, porque su talento y las circunstancias históricas coincidieron con este renacimiento nacional que presenciamos, que logró marginar definitivamente la máquina de las consagraciones. El mismo pensamiento de las figuras que el sistema tiene como liminares —Alberdi y Sarmiento, por ejemplo— fue desfigurado ocultando, sobre todo en el caso del primero, sus rectificaciones hechas sobre experiencia de la aplicación de las ideas que propusieron originariamente.

La mayoría de los intelectuales de principios de siglo tuvieron que adaptarse pagando con silencios y complicidades el derecho a vegetar y tener un nombre en una so-

y como la sigue con todo su proceso teórico hasta el resultado fatal, se desalienta; solo se recobra cuando comprueba las realizaciones de la medicina con una visión de conjunto que acredita sus progresos por los índices generales y los "casos" observados y no por la evolución teórica de la enfermedad como tal. Del mismo modo hay que razonar en esto: a pesar de las enfermedades que aquí se evidencian, la conciencia nacional crece y crece, y es cada día más poderosa, con lo que se comprueba que si los males son aterradores, la salud de lo argentino los superan en la afirmación de su propia personalidad. Solo así se explica que subsistamos, y que subsistiendo seamos cada día más definidamente argentinos; lo seremos si como en el judo, la fuerza del adversario se convierta en un instrumento de fuerza propio, para lo que bastará conocer la estructura y modos de la colonización pedagógica, pues desentrañada la índole real de la misma la inteligencia esclarecida multiplicará los efectos del contragolpe. Identificados los cipayos la cuestión se simplifica como en los dominios políticos directos porque cuando la Nación tiene conciencia de que es, ya es. Lo demás es cuestión de tiempo y medios.

Este libro quiere ser un aporte más a la tarea de lograr esa conciencia.

En esta "segunda parte" me referiré expresamente a la pedagogía colonialista en los medios específicos de formación intelectual. En la "tercera", a su extensión masiva y al instrumental utilizado en la difusión sobre la opinión pública en general y en la construcción de las jerarquías intelectuales que se utilizan para el mismo fin.

ciedad pastoril que relegaba al intelectual a una función decorativa mantenida por el mecenazgo —bastante mísero por cierto, pues consistía en el empleo público o el mal pagado trabajo del periodismo—. Hacer nombres exigiría describir drama por drama las claudicaciones a que fue obligado el talento. Bastará con que recordemos el caso de Ricardo Rojas, que pagó con el destierro de las letras su tímida "Restauración nacionalista" y de cuyo intento debió volver para adaptarse a las exigencias de la "intelligentzia" disciplinada.

No sea el lector demasiado severo con los autores que he comentado. Más que exhibirlos, he querido mostrar el árbol de que provienen tales frutos.

Toda nuestra formación cultural está destinada a producirlos. Cierto es que ellos, a su vez, se convierten en causas de otros frutos parecidos, como instrumentos creados para la continuación del mal, pero en el propio pecado tienen la penitencia. El país hace rato que los va dejando atrás, y ya poco tiene de común con ellos.

En una conferencia de F.O.R.J.A., pronunciada en el Teatro Comedia, veinte años atrás, pedí a los oyentes que ubicaran a la Argentina en un planisferio imaginario. El público lo hizo: abajo y a la izquierda.

Dije entonces, recogiendo las contestaciones del público, que para pensar como argentinos necesitábamos ubicarnos en el centro del mundo y ver el planisferio desarrollado alrededor de ese centro; que nunca seríamos nosotros mismos si continuábamos colocándonos en el borde del mapa, como un lejano suburbio del verdadero mundo. Años después, he visto señalar los errores de la geopolítica como provenientes de una falsa ubicación del estudioso al prescindir de la esfericidad del planeta y desarrollar su pensamiento sobre los falsos elementos proporcionados por el mapa de Mercator, que es, en definitiva, una proyección cilíndrica del globo [a].

[a] Desde hace tres años, por consejo del profesor español de cosmografía Martínez Rodríguez, se está reorientando paulatinamente la enseñanza de la geografía en la República Oriental del Uruguay, en el sentido de ver el país desde una posición antártica. Claro está que esta reforma tiene que ser paulatina, pues primero hay que adecuar la mentalidad del maestro, habituado como todos nosotros a ver los mapas como una prolongación del hemisferio norte. Así Montevideo va a quedar en la parte alta de los mapas y el Brasil en la baja, como nosotros, que tendremos la Patagonia arriba y Jujuy y Misiones abajo. Esto no va a afligir mucho a nuestros intelectuales, pero van a poner el grito en el cielo cuando vean a Europa ocupar el pues-

Lo que conocemos como historia y geografía del mundo es solo la historia y la geografía de una pequeña península de Asia. Esto ha sido grave para los mismos conductores de Europa del oeste, ligados culturalmente a una visión parcial y falsa, en el momento en que cambiaban las dimensiones, por la universalización de los problemas, y por el traslado de los centros de poder a continentes no contabilizados en sus libros, como factores dominantes. Los propios Estados Unidos recién comienzan a liberarse de ese complejo cultural, urgidos por las exigencias de su poder dominante, y la transición explica los pasos vacilantes de su política mundial.

A su vez, el mundo comunista, desplazando su centro de poder al este, se adecua a la universalización de los problemas. Esto explicaría el triunfo de la "línea" sobre los sectores heterodoxos, en la medida en que la doctrina socialista ha sido sacrificada a las exigencias inmediatas de la geopolítica alemana, en su versión moscovita.

La incapacidad para ver el mundo desde nosotros mismos ha sido sistemáticamente cultivada en nuestro país. No pretendo desdeñar los factores lógicos que hacen gravitar lo universal sino señalar cómo se ha evitado la compensación natural con lo propio y la síntesis equilibrada en la expresión de nuestra personalidad. De aquí que el iletrado se desoriente mucho menos que el culto cuando trata nuestros problemas "in-concreto". No lo digo en elogio del analfabetismo, como apuntará maliciosamente alguno, pero sí en demérito de la mala ilustración. Me remito a lo que dicen "mis padrinos" en la portada de este libro.

Si todo es según el color del cristal con que se mira, conviene saber qué anteojos y anteojeras nos han puesto, parecidas a esas gafas oscuras que usan

to que ahora ocupamos nosotros. ¡Les sauvages *up-supra*! ¡Tan luego en Montevideo!

Es como para desacomodarle el cuadro a cualquiera, y más a éstos que se sienten antípodas de sí mismos, porque para ellos Buenos Aires está en las antípodas, no los otros, los de las antípodas de Buenos Aires. Nos queda el recurso de mandarlos a... las antípodas.

muchos nativos, con la que logran ignorar los verdes de nuestros campos y los azules de nuestros cielos, acomodados al matiz uniforme adquirido en una casa de óptica. Como esas casas de óptica actúan los instrumentos modeladores de la llamada inteligencia argentina, que iremos viendo más adelante.

El rastacuero en viaje

Mucho corresponde a la actitud del rastacuero en viaje, tradicionalmente deslumbrado por las "luces", y dispuesto a su vez a deslumbrar.

Nos sentimos colocados en el margen remoto de un mundo, cuyo centro está muy lejos, y nuestros hombres de la cultura van a ese centro con el aparente propósito de adquirir una técnica, pero el país de la técnica los absorbe, minúsculos Faustos que entregan el alma al precio de unas chucherías. Mande Ud. un militar a Alemania y volverá germanizado, un marino a Inglaterra y volverá anglicanizado y lo mismo pasará con el escritor que estuvo en París o el ingeniero o comerciante que estuvo en Estados Unidos: habrá dejado sus señas al sastre de allá y por el mismo transporte que le llegan los trajes de Bond Street u otra dirección, le llegarán ideas y hábitos. Se apresurará a hacerse socio del club de residentes y devoto del "sport" que éstos practican.

Esto va mucho más allá de la gravitación estética que proviene de todo poder en expansión. Sabemos sobradamente que la España de Felipe II exportó el prototipo del *hidalgo*, como la Inglaterra victoriana consagró el *gentleman* y la *lady*, y los Estados Unidos de hoy el *boy* y la *girl*, como la Unión Soviética el "tovarish".

Hace muchos años un jefe de nuestro ejército me refería que en unos ejercicios hípicos en que participaba como agregado militar argentino en el ejército alemán, fue interrogado por el director de las maniobras, general Von Mackensen, a propósito de una particularidad observada en él, al saltar los obstáculos:

—He visto que al saltar Ud. no se lleva la mano al casco. ¿Cuál es la razón?

El militar argentino le explicó el uso del barbijo, nacido de las exigencias de nuestra vida campera.

Vuelto a Buenos Aires y terminada la presentación al Ministro de Guerra, que era entonces el general Vélez, le refirió la anécdota, agregando:

—Debo informar al señor Ministro que el ejército alemán ha adoptado el barbijo.

Con visible aflicción el Ministro le dijo entonces:

—¡Caramba! Nosotros acabamos de suprimirlo porque no lo usaba el ejército alemán.

Así es todo. Conozco quien vivió tres meses en París y el resto de su vida ha sido un desterrado de Montmartre [a].

Nuestros pobrecitos intelectuales se creen hombres de allá. Y no son de ninguna parte porque no tienen cotización en el cuadro de aquella inteligencia, cuyas aflicciones y esperanzas comparten sin reciprocidad alguna.

La Cultura, la Civilización, los Derechos del Hombre se refieren, en la mentalidad de los metropolitanos, en sus bocas, en lo íntimo de su pensamiento, y más que en su pensamiento en su subconsciente, a una humanidad de muy estrechos límites. Cuando el hombre de las metrópolis habla de la Humanidad no piensa en nosotros —incluyendo en nosotros a los papagayos de su cultura—. Su Humanidad apenas traspasa los Alpes, se detiene en los Pirineos, llega escasamente al Elba y a través del Atlántico, aunque con regateos, comprende a los Estados Unidos y al Canadá. Los demás pertenecemos a un suburbio de su ciudad humana; tal vez estemos más

[a] Es "fin de siècle", anterior a las "señoras gordas", el cuento de la que entrando al tercer patio de la vieja casa, de retorno de tres meses en "París de Francia", exclama al ver la clueca con sus pollitos: "Coment s'apellent ces poullards?", y el del viajero que en análoga situación encuentra al perro que dejó cachorro y pregunta mientras se le acerca: "Coment s'apelle ce chien?". Pero el perro lo desconoce y lo muerde. Es cuando grita: "¡Juera, perro de m...!"

cerca que los chinos o los annamitas, pero tan lejos como los egipcios, los griegos o los yugoeslavos.

La divertida noción que tiene el francés de la geografía es la geografía de la cultura. No los critico; ellos son lógicos y se rigen por las reglas naturales de la proximidad histórica, geográfica, económica, cultural. Los ilógicos somos nosotros; digo nosotros, los más o menos ilustrados. Los ignaros que se regulan por las reglas naturales de la proximidad, aciertan con mayor eficacia en nuestros problemas, pues su método se parece más al método de la ciencia. Al porteño o sanjuanino del común le interesa en primer término lo de Buenos Aires o San Juan y subsidiariamente lo otro, en un orden que va de lo particular a lo general. Cuando habla de *Libertad* habla de su libertad y la de los suyos; cuando habla de *Economía*, se refiere a los efectos que percibe y los que perciben su gremio, su clase, su ciudad, su provincia, su nación.

El letrado ve las cosas de otra manera. A él le interesa lo que le sucede a la Humanidad, a la Libertad, a la Economía en abstracto. Piensa en términos de principios y no en términos de hechos, y le interesan que esos principios jueguen en el mundo abstracto a que pertenece, al margen de lo que resulta para sus paisanos.

Es así como se adscribe a parcialidades políticas o sociales por razones que no son las de su medio y ajeno a su propia realidad, actúa en todas las militancias lejanas, postergando las propias, o subordinando éstas a las exigencias de aquellas militancias extrañas [a].

[a] Sume esa mentalidad a la disciplina de un partido extranjero y usted obtendrá esto: "que perezcan por último estos veinte pueblecitos (se refiere a los latinoamericanos), con tal que se salve la Revolución Rusa". "A un comunista no le interesa sino la campaña de la III Internacional aunque para sostenerla se sacrifiquen quince países..." (Victorio Codovila, frente a los planteos nacionales latinoamericanos en el Congreso Antiimperialista de Bruselas de 1927, citado por Enrique Rivera en *La reforma universitaria* (Ed. Atahualpa). También en Luis Alberto Sánchez (*Haya de la Torre y el A.P.R.A.* Ed. del Pacífico, Santiago de Chile, 1954), págs. 188-189.

Juan Juarbes, un valiente luchador del nacionalismo de Puerto Rico, me dijo una vez:

—Pues, mire Ud., estas izquierdas sudamericanas. Cada vez que se les reclama solidaridad para con nuestra causa, tienen un motivo para postergarla. Que la guerra civil española, que el nazismo después, que el totalitarismo ruso. Y como Puerto Rico es el "culo" del mundo, pues nunca hay ocasión para nosotros. Siempre hay algo más importante y urgente.

Nuestros cultos se adscriben a todos los problemas extraños, y cuando intervienen en los nuestros lo hacen como extranjeros. De afuera traen los rótulos para enmascarar los hechos con falsas nominaciones. Es así como en la América de las dictaduras no hay ahora dictadura que no sea totalitaria, ni revuelta —¡en la América de las revueltas!— que no esté llena de maquis, comandos y otras caricaturas. ¡Y esto pasa también en los ensayos históricos donde los ensayistas cuelgan las mismas etiquetas a hechos acaecidos cien años antes que estos nombres y hechos foráneos aparecieren en el escenario! [a].

[a] La Encíclica *Popularum Progressio*, al considerar la situación del mundo en función de los distintos estadios de desarrollo y la dependencia colonial que este desequilibrio suscita, hace expresa referencia a lo dicho en las ediciones de 1957, a que corresponde este capítulo:

"Es doloroso pensarlo: numerosos jóvenes, venidos a países más avanzados para recibir la ciencia, la competencia y la cultura que les harán más aptos para servir a su Patria, adquieren ciertamente una formación más cualificada, pero pierden demasiado a menudo la estima del unos valores espirituales que muchas veces se encuentran, como precioso patrimonio, en aquellas civilizaciones que los han visto crecer".

Esto sucede no solo con los que viajan a países más avanzados, pues la colonización pedagógica ahorra el viaje haciendo viajar por los libros y los instrumentos de difusión, las ideologías y las recetas, brindando "at home" las mismas circunstancias de desencuentro con el mundo propio. Ese dilema de civilización y barbarie que se ha ido siguiendo desde la génesis de la "intelligentzia" hasta nuestros días en el desarrollo de este libro, no es otra cosa que lo que así se señala en la Encíclica: la "desestimación de los valo-

res espirituales, que muchas veces se encuentran, como precioso patrimonio, en aquellas civilizaciones que los han visto crecer", es decir, en lo que la "intelligentzia" llama barbarie.

Al referirse a los técnicos enviados en misión de desarrollo desde el exterior, dice la Encíclica que "no deben comportarse como dominadores sino como asistentes y colaboradores. Un pueblo percibe en seguida si los que vienen en su ayuda lo hacen con o sin afección, para aplicar unas técnicas o para darle al hombre todo su valor. Su mensaje queda expuesto a no ser recibido, si no va acompañado del amor fraterno. A la competencia técnica necesaria, tienen, pues, que añadir las señales auténticas de un amor desinteresado. Libres de todo orgullo nacionalista, como de toda apariencia de racismo, los técnicos deben aprender a trabajar en estrecha colaboración con todos. Saben que su competencia no les confiere una superioridad en todos los terrenos. La civilización que les ha formado contiene ciertos elementos de humanismo universal, pero ella no es única ni exclusiva y no puede ser importada sin adaptación. Los agentes de esas misiones se esforzarán sinceramente para descubrir, junto con su historia, los componentes y las riquezas culturales del país que los recibe. Se establecerá con ello un contacto que fecundará una y otra civilización".

Glosar estos conceptos sería redundar en todo lo dicho a lo largo de estas páginas. Pero aquí hay que recordar que la "intelligentzia" nativa, en su misión "civilizadora" se comportó y se comporta en la forma que Su Santidad condena cuando se trata de los expertos extranjeros, negando las propias raíces de cultura y la recíproca fecundación de las civilizaciones en el orden intelectual. Y también con desamor, asimilando el ajeno nacionalismo contra el propio y su racismo, valores ambos que exalta contra lo indígena. La cultura es, así, de *dominadores*, y no de *asistentes* y *colaboradores*, por más que los expertos en la misma sean físicamente nativos.

No en vano he citado a Gandhi, cuando dice: "Temed la dureza de corazón de los hombres cultos". A esta clase de cultos se refiere Su Santidad. Y señala también la correspondiente actitud de los pueblos, porque "un pueblo percibe en seguida si los que vienen en su ayuda lo hacen con o sin afección, para aplicar unas técnicas o para darle al hombre todo su valor. Su mensaje queda expuesto a no ser recibido si no va acompañado del amor fraterno".

Estoy explicando la naturaleza de nuestra intelligentzia", cuyos efectos la Encíclica ratifica. En los últimos párrafos citados de la misma está explicada también la

recíproca: la natural resistencia popular a una estructura cultural desconectada de la comprensión del pueblo, que debe lograrse, como lo señala Su Santidad, a través del amor, es decir, de la íntima compenetración de cultura y pueblo, que requiere de aquélla la previa comprensión de la realidad.

No quiero terminar esta nota sin señalar algo que tiene relación con la "intelligentzia", en la contradicción que hay en su abstracto principismo y la aplicación concreta del mismo con la helada asepsia del técnico desconectado del hombre, del pueblo, del país... El historiador británico Ferns, en la obra ya citada, señala esa actitud en Rivadavia, uno de los más preclaros fundadores de la "intelligentzia": "se parecía mucho a esos políticos y filósofos cuyo amor a la humanidad en general los absuelve de todo cuidado y consideración por los hombres en particular".

Este retrato es válido para todos sus continuadores de derecha a izquierda, como ya se ha visto reiteradamente. El amor por la humanidad, por la libertad, por la democracia, por la justicia, los exime del amor por el hombre, por la libertad, por la democracia, por la justicia del hombre concreto de carne y hueso que constituye el contenido humano del país. Así se adscriben a todos los conflictos lejanos en que su principismo humanitario está en juego, en cuanto no pertenezcan a la realidad inmediata, y ello los libera de sus obligaciones con ésta. Es también una forma de "Arielismo", pero en el entresijo está la desconexión de la "intelligentzia" que, frente a la *humanidad nacional*, no percibe lo humano porque subconscientemente actúa considerándola peyorativamente, como ajena. Está por encima de la misma en la actitud que la Encíclica señala para el experto extranjero; más que considerándola parte de la humanidad, teniéndola por "anima vilis" pasiva, sobre la que actúa su técnica civilizadora. Ama a todos los hombres y a todos los pueblos, pero no es la misma la actitud cuando se trata del hombre, el pueblo con el que convive y que lo irrita cuando su presencia activa en la historia le exige considerarlo en el nivel de la humanidad que postula en su principismo abstracto.

3

LA FALSIFICACION COMO POLITICA DE LA HISTORIA

En nombre de la libertad y con pretensiones de servicio, nuestros liberales Mitre, Sarmiento y Cía., han establecido un despotismo turco en la historia, en la política abstracta, en la leyenda, en la biografía de los argentinos. Sobre la Revolución de Mayo, sobre la guerra de la independencia, sobre sus batallas, sobre sus guerras, ellos tienen un alcorán que es de ley aceptar, creer, profesar, so pena de excomunión por el crimen de barbarie y caudillaje.

Juan Bautista Alberdi, *Escritos póstumos.*

Historia y realismo

Dice Chesterton, en alguna página traspapelada en mi memoria, que es frecuente el error de oponer la política realista a la política idealista, como una alternativa, y que el error proviene de confundir al político practicón con el realista, lo que es un absurdo, ya que el realismo consiste en la correcta interpretación de la realidad y la realidad es un complejo que se compone de ideal y de cosas prácticas. Así, el político realista, es decir, sustancialmente el político, ni escapa al círculo de los hechos concretos por la tangente del sueño o de la imaginación, ni está tan atado al hecho concreto que se deja cerrar por el círculo de lo cotidiano al margen del futuro y el pasado, diferenciándose bien del practicón que es un simple colector de votos o fuerzas naturales.

Para una política realista la realidad está construida de ayer y de mañana; de fines y de medios,

"La falsificación como política de la historia" es el primer capítulo de *Política nacional y revisionismo histórico.* Tomado de la 5ª edición. Buenos Aires, Peña Lillo, 1975.

de antecedentes y de consecuentes, de causas y concausas. Véase entonces la importancia política del conocimiento de una historia auténtica; sin ella no es posible el conocimiento del presente, y el desconocimiento del presente lleva implícita la imposibilidad de calcular el futuro, porque el hecho cotidiano es un complejo amasado con el barro de lo que fue y el fluido de lo que será, que no por difuso es inaccesible e inaprensible.

De ahí el subtítulo de este trabajo, "Falsificación de la historia y sus objetivos antinacionales" —de fines nacionales—, sin un conocimiento cierto del pasado, pues no hay una política en la que la posibilidad de tales fines está contenida, tanto como en el presente. Conocimiento de la realidad imprescindible a un planteo del futuro, del mismo modo que no puede obtenerse un producto químico sin conocer los elementos que se mezclan en la probeta. Y aquí no se trata solo de elementos materiales, porque el conocimiento del pasado es experiencia, es decir, aprendizaje; el elemento técnico del laboratorio que ahorra la búsqueda puramente empírica, el ensayo permanente, la continua frustración, el fracaso reiterado, mucho más grave cuando la probeta es precisamente el cuerpo social, el país y sus hombres. Eso es la función de la historia en la química de la sociedad y de las naciones: proporcionar juntamente con los datos de la realidad la aptitud técnica para aprovecharlos.

La falsificación ha perseguido precisamente esta finalidad: impedir, a través de la desfiguración del pasado, que los argentinos poseamos la técnica, la aptitud para concebir y realizar una política nacional. Así hemos carecido de realismo político en el sentido señalado por Chesterton, obligándonos a la alternativa de las abstracciones idealistas o la chapucería de los practicones.

Se ha querido que ignoremos cómo se construye una nación, y cómo se dificulta su formación auténtica, para que ignoremos cómo se la conduce, cómo se construye una política de fines nacionales, una política nacional.

Si la desfiguración de la historia hubiera sido un

mero hecho personal, la accidental acumulación de inexactitudes históricas que toda historia contiene, unas veces por defecto de información y otras por defecto de interpretación, el error no tendría ese significado. Pero en el caso argentino no ha jugado sino en mínima parte la ecuación personal de los historiadores, el error voluntario o involuntario personal; hubiera jugado a lo sumo por término corto, por el término precario de la vida de los actores y sus pasiones de combatientes; pero no como ha ocurrido, con una deformación transmitida de generación en generación, durante un proceso secular, articulando todos los elementos de información e instrucción que constituyen la superestructura cultural con sus periódicos, libros, radio, televisión, academias, universidades, enseñanza primaria y secundaria, estatuas, nomenclaturas de lugares, calles y plazas, almanaque de efemérides y celebraciones, y así...

Política de la historia

Aquí ha habido una sistematización sin contradicciones, perfectamente dirigida. Ha habido una sistemática de la historia concebida después de Caseros, y que no puede explicarse por la simple coincidencia de historiadores y difusores. No basta decir, por ejemplo, que los vencedores de Caseros y su más alta figura en la materia, Bartolomé Mitre, construyeron una historia falsa y que la desfiguración es el producto de la simple continuidad de una escuela histórica por ellos fundada.

Una escuela histórica no puede organizar todo un mecanismo de la prensa, del libro, de la cátedra, de la escuela, de todos los medios de formación del pensamiento, simplemente obedeciendo el capricho del fundador. Tampoco puede reprimir y silenciar las contradicciones que se originan en su seno, y menos las versiones opuestas que surgen de los que demandan la revisión. Sería pueril creerlo y sobre todo antihistórico.

No es pues un problema de historiografía, sino de política: lo que se nos ha presentado como his-

toria es una *política de la historia*, en que ésta es solo un instrumento de planes más vastos destinados precisamente a impedir que la historia, la historia verdadera, contribuya a la formación de una conciencia histórica nacional que es la base necesaria de toda política de la Nación. Así, pues, de la necesidad de un pensamiento político nacional ha surgido la necesidad del revisionismo histórico. De tal manera el revisionismo se ve obligado a superar sus fines exclusivamente históricos, como correspondería si el problema fuera solo de técnica e investigación, y apareja necesariamente consecuencias y finalidades políticas [a].

La política de la historia falsificada es y fue la política de la antinación, de la negación del ser y las posibilidades propias, y la revisión de esa historia no puede prescindir del contenido político que esas circunstancias le imponen. Desde que el revisionismo intenta restablecer la verdad y dar bases verdaderas al pensamiento nacional, ya se instrumenta con política propia, y se confunde con la tentativa de crear una política nacional. Si es difícil, y será motivo de debate, desde la verdad establecida, definir cuál será esa política nacional, porque distintas corrientes podrán diferir en la programática de los fines, es incontrarrestable, en cambio, que la verdad histórica es el antecedente de cualquier política que se define como nacional, y todas tendrán que coincidir en la necesaria destrucción de la falsificación que ha impedido que nuestra política existiera como cosa propia, como creación propia para un destino propio.

La historia falsificada fue iniciada por combatientes que, en el mejor de los casos, no expresaron el pensamiento profundo del país; por minorías que la realidad de su momento rechazaba de su seno y que precisamente las rechazaba por su afán de imponer instituciones, modos y esquemas de importación, hijos de una concepción teórica de la socie-

[a] Paralelamente, el aparato de la superestructura cultural opera en la difusión de doctrinas económicas y sociales deformando los procesos históricos exteriores en su atingencia con el país.

dad en la que pesaba más el brillo deslumbrante de las ideas que los datos de la realidad; combatientes a quienes posiblemente la pasión y las reacciones personales terminaron por hacer olvidar —excediendo en esto a sus errores intelectuales— los límites impuestos por el patriotismo para subordinarlos a intereses y apoyos foráneos que, éstos sí, tenían conciencia plena de los fines concretos que perseguían entre la ofuscación intelectual de sus aliados nativos.

Las pasiones de ese momento inicial de la historia falsificada pueden explicar las simples inexactitudes. No sería, en tal caso, verdaderamente una falsificación sino la visión parcial de la bandería. Si no hubiera pretendido ser "la historia" sería la lógica deposición de una parte de los actores, los vencedores de ese momento inicial de Caseros, solos en el escenario por el aniquilamiento o el sometimiento de los vencidos. Sería también explicable que ellos hubieran concebido la historia del mismo modo que habían actuado; como un quehacer ideológico desvinculado de los elementos de la realidad.

Falsificación histórica.
Sus fines económicos y sociales

Pero entonces ya la falsa historia comienza a funcionar no solo por la desvirtuación del pasado, que sería como hemos dicho explicable, sino como un sistema destinado a mantener esa desvirtuación y prolongarla en lo sucesivo imponiéndola para el futuro por la organización de la prensa y la enseñanza, de la escuela a la universidad, con una dictadura del pensamiento, esa que señala Alberdi, que hiciera imposible esclarecer la verdad y encontrar en el pasado los rumbos de una política nacional. Comienza una *política de la historia.*

Esto era una exigencia de la estructura económica que se creaba por la aplicación lisa y llana del liberalismo económico, que coincidía en esos momentos con los intereses de la dominación de Gran Bretaña, pues su fundamento era la división

internacional del trabajo. La revisión de la historia ha puesto ya en evidencia que todos los conflictos que han precedido a Caseros no han sido más que los distintos aspectos de la lucha entre el país que quería realizarse, según su modo americano y tradicional, y la finalidad británica de acomodarlo a su esquema imperialista; a eso tendía la desintegración territorial, comenzada en el Alto Perú —como lo quería Rivadavia— intentada por la segregación del litoral, lograda con la separación de la Banda Oriental y culminada con la guerra del Paraguay. Volveremos sobre ello [a].

Conforme al esquema de la división internacional del trabajo el destino del Río de la Plata era ser proveedor de materias primas. Si Canning había puesto en acción el pensamiento de Cobden, "Inglaterra será el taller del mundo y la América del Sur su granja", ese pensamiento había de continuarse hasta nuestros días, como se ve en las instrucciones de Churchill a Lord Halifax para sus negociaciones con los Estados Unidos durante la última guerra: "Por otra parte, nosotros seguimos la línea de los Estados Unidos en Sudamérica, tanto como es posible, en cuanto no sea cuestión de carne de vaca o de carnero. En esto, naturalmente, tenemos muy fuertes intereses, a cuenta de lo poco que obtenemos (*Memorias de Churchill*, Ed. Boston, T. VI, pág. 75)" [b].

Progresismo liberal y progresismo nacional

Porque la *política liberal* de Inglaterra *está planificada*, paradoja que no quieren comprender los liberales; si en ese momento el Río de la Plata

[a] A su vez el interés de Gran Bretaña se concretaba con la visión europeizante de los unitarios y luego liberales. (Ver mis *Manual de zonceras argentinas* y *Los profetas del odio y la yapa* sobre el sentido de "Civilización y barbarie" como fórmula definitoria).

[b] Tan profunda es la convicción que hay, cuando han cambiado totalmente los mercados, que la clase ganadera sigue aferrada a la esperanza del "mercado tradicional". (Ver "Mercado tradicional" en *Manual de zonceras argentinas*).

interesaba más desde el punto de vista mercantil para la colocación de las manufacturas, la línea de la política imperial iba en distancia a la creación de las condiciones de abastecedor previstas. Es lo que no comprenderán quienes viendo la política de progreso promovida por Gran Bretaña y sus ejecutores locales no perciben que ese progresismo en una dirección es el que a ella le conviene y no al país, y genera la hipertrofia portuaria y la extenuación del interior; el desarrollo agrícolo-ganadero y la obstaculización del desarrollo industrial; el sistema de dominio de la tierra que antepone la producción barata y en masa al desarrollo de la población rural; el sistema de transporte organizado solo en vista a la exportación masiva, y la política bancaria y de comercialización de la producción, puesta al servicio de ese mismo sistema. El liberalismo económico supone una planificación —valga la paradoja— que es la de la división internacional del trabajo [a].

Es que la estructura propuesta para la Argentina supone una reducida clase terrateniente, una mínima clase media, necesaria para la intermediación, la burocracia del Estado y la escasa técnica que demanda esta economía primaria y simplista. En una palabra, el típico país productor de materias primas del mundo colonial, con una clase señorial poderosa y con una población de "pata al suelo", lo más cercana posible al infraconsumo. Así tam-

[a] Para comprender la diferencia que hay entre capital colonizador y capital nacional y cómo sus intereses son contrapuestos, conviene repetir lo que dice Allan Hutt, citado por Scalabrini Ortiz en el caso particular de los ferrocarriles pero que es aplicable a toda la política de inversiones: "La construcción de ferrocarriles en las colonias y países poco desarrollados no persigue el mismo fin que en Inglaterra; es decir, no son parte —y una parte esencial— del proceso de industrialización. Esos ferrocarriles se emprenden simplemente para abrir esas regiones como fuentes de productos alimenticios y materias primas, tanto vegetales como animales, no para apresurar el desarrollo social como un estímulo a las industrias locales. En realidad, la construcción de ferrocarriles es una muestra de imperialismo en su función antiprogresista que es su esencia".

bién la política de la inmigración no es como lo fue en Estados Unidos, una política de población fuerte y afincada sino la necesaria para proporcionar mano de obra barata y acelerar el proceso de producción agrícolo-ganadero dentro de aquel esquema simplista. Esta política ha hecho algunas concesiones a la defensa industrial en ciertas zonas del país, caso del azúcar y del vino, dejando actuar a los sectores del liberalismo que comprendían la necesidad de limpiar el librecambio. Pero mírese bien y se comprobará que ambas producciones importaban la recíproca de alejarnos de los mercados que nos proveían de esos mismos productos, y que eran competidores de Gran Bretaña como exportadora nuestra. (Francia especialmente en lanas, y Brasil y los países del Caribe como consumidores de carne salada a las que había estado sirviendo la economía precapitalista de los saladeros.)

Juntamente con la creación de las condiciones de producción previstas por Gran Bretaña —y ese es el sentido de ese progresismo— había que impedir el desarrollo de una economía de la industria y la población que creara a los exportadores la competencia de un fuerte mercado interno como ocurriría necesariamente en el caso de una economía auténtica y por lo tanto armoniosa. Paralelamente, al limitar el desarrollo del mercado de consumo interno, y de producción para el mismo, correspondía una política de eliminación en el mercado externo de toda competencia exterior, pues la política británica se integraba con el manejo de las exportaciones y su distribución que en sus manos le significaba el negocio de la comercialización, del flete y del seguro y recíprocamente el tradicional de la importación y el manejo de la moneda y del crédito financiero.

Que los hombres de Mayo hayan corrido el riesgo de esta política económica —riesgo necesario al precio de la independencia— se comprende y se justifica. Que los rivadavianos y sus continuadores hayan perdido toda la noción del interés nacional bajo la seducción ideológica y bajo el deslumbramiento de las ideas de moda y por simiesco afán de imitación se comprende; no es tan fácil de comprender

su preocupación por achicar el ámbito geográfico del país, porque eso no estaba en ninguno de los países de los que tomaban como modelo, pero se explica en la fantasía imaginativa con que sintiéndose europeos en América, el espacio y la magnitud les pareciera un obstáculo para realizar su "París en el Río de la Plata". Pero esta comprensión demasiado generosa no puede tenerse para los vencedores de Caseros y los falsificadores de la historia, pues si la actitud simiesca de aquéllos puede servirles de atenuante, en este caso el afán de imitación debió llevarlos precisamente a una política nacional de la economía con solo inspirarse en los ejemplos de los Estados Unidos y Alemania, que tenían delante [a].

[a] *Los ejemplos de Estados Unidos y de Alemania.* — Dos nuevas naciones surgieron en ese momento a la grandeza. Lo lógico era que la política de los progresistas se hubiera inspirado en los ejemplos que tenían por delante, por cuanto en uno se trataba de un país nuevo, de la misma manera que el Río de la Plata, y el otro, aunque no nuevo en la historia, lo era en su organización nacional. Por ese espíritu simiesco que los caracterizó, a falta de otras razones, debieron inspirarse en los ejemplos de Estados Unidos y de Alemania. ¿Qué intereses los llevaron a buscar inspiración precisamente en la política económica que aquellos dos jóvenes países combatían para buscar su grandeza? Los frutos de esas dos políticas nacionales estaban a la vista ya. Si el afán de imitación era lo que los inspiraba, ¿por qué no se inspiraron en la imitación en lo económico de los países en condiciones afines que copiaban en lo institucional?

En efecto, Estados Unidos enfrentaba la división internacional del trabajo con un fuerte proteccionismo y promovía el desarrollo del propio capitalismo con una política de la industria, del transporte, de la náutica y el aprovechamiento propio de las materias primas. Había afrontado para sostener esta política la guerra de 1812 con Gran Bretaña y la habría de rematar con la guerra de Secesión que terminaría definitivamente con el librecambio. Y no hablemos de la disgregación territorial, porque mientras los liberales de Buenos Aires se preocupaban de achicar el espacio y hasta intentaban segregar el Estado de Buenos Aires, Estados Unidos habían definido su "Destino manifiesto" que los ponía en marcha hacia todos los rumbos de la expan-

Política de la población

Más arriba se ha señalado, al pasar, cuál fue el signo de la política de la población correspondiente a la política económica que planificó el liberalismo; es necesario insistir.

sión continental. Al medio oeste, a los territorios arrebatados a México, al Pacífico y a la lejana Alaska.

Discípulos de Adam Smith, nuestros liberales se empeñaron en ignorar a List, cuyas sabias enseñanzas fueron tan útiles a la grandeza de Alemania y Estados Unidos, démostrando cómo Adam Smith, "un conquistador más poderoso que Napoleón", iba en la vanguardia de la política británica. Esta promovía la indefensión nacional, con el pretexto del librecambio y la división internacional del trabajo, que dividía el mundo en dos clases de estados: los altamente industrializados, transformadores de materias primas y exportadores de manufacturas, y los exclusivamente productores de materias primas, que el librecambio se encargaba de mantener en ese estado, con las secuelas de miseria y subdesarrollo implícitas. Alemania y Estados Unidos se salvaron de la trampa ideológica y constituyeron el Estado defensivo que ampara y protege el desarrollo propio, pues una industria nueva, un país en los primeros estadios de su evolución industrial necesita la promoción por el Estado y la defensa contra el librecambio que asegura el mercado para el país más altamente desarrollado paralizando el desarrollo del más atrasado.

Parecería que me he desviado un tanto del tema hacia las cuestiones económicas. Pero es imprescindible tratarlas, así no sea más que en grandes líneas, si se quiere explicar la finalidad de la falsificación histórica que es un aspecto del plan de formación de una falsa inteligencia, la "intelligentzia", tema que he tratado con más extensión en *Los profetas del odio.* Había que imposibilitar la creación y el desarrollo de un pensamiento nacional, y posibilitar por todos los medios de la cultura las soluciones de importación.

Si el estímulo de la mentalidad de "recién llegado", de "rasta", estaba en la técnica de una política, era necesario complementar la desvinculación del pensamiento argentino con la realidad, cuidando de impedir a través de la historia todo contacto con el pasado real auténtico. Una política del desarrollo supone un recíproco desarrollo del pensamiento nacional. La política de los imperios no se adscribe a determinada teoría, sino que las utiliza para sus fines aplicando la doctrina que más conviene a su desarro-

La finalidad fue constituir un país de señores propietarios de la tierra vinculados al mecanismo de la exportación y la importación, manejado desde afuera, sobre un pueblo de "pata al suelo". Si la clase media habría de resultar relativamente nu-

---

llo según sus condiciones en el momento histórico. Así ha actuado Gran Bretaña utilizando el liberalismo internacional, como actúa Rusia utilizando el marxismo en cuanto forma internacional de su política. Es decir que los países no son para las doctrinas sino las doctrinas para los países, y éstos aplican las que les convienen según sus circunstancias históricas. Nada nos dice quien nos afirma ahora, por ejemplo, que Alemania aplica lo que se ha dado en llamar el neoliberalismo, que no es, por otra parte, tan liberal, como se alardea. Y si no, intente usted importar productos agrícolas o ganaderos a la Alemania actual: solo podrá hacerlo cuando le den cuota y esta cuota se acuerda solo cuando está colocada toda la producción agrícolo-ganadera alemana, y a los precios convenientes a los productores alemanes. Es lo que hace Estados Unidos protegiendo —y subvencionando— su producción de la tierra: así además de las trabas proteccionistas, se recurre a tan variados pretextos como la mosca del Mediterráneo o la aftosa. Y es lógico que aun los Estados que practican el liberalismo económico, porque su estado de desarrollo les permite competir con ventaja en el mercado internacional, empleen la protección y la intervención estatal bajo variadas formas de subsidio, en beneficio de los productores agrarios Estos subsidios provienen de la industria, ya que se trata de países altamente industrializados. En los países escasamente industrializados el subsidio debe venir, inversamente, del agro a la industria para que ésta alcance el nivel de desarrollo que permita mantener a la vez una población abundante y con buen nivel de vida. En ambos casos la necesidad de mantener el orden social es paralela: en los primeros al mantenimiento de la estructura económica rural, y en los segundos a la creación de una estructura que absorba los excedentes de población rural. Como se ve, no se trata de atender solamente a la mecánica económica sino a la vida sana y ordenada de la población considerada en el todo, es decir, de un punto de vista nacional.

Aquí conviene recordar una anécdota que Arturo Frondizi popularizó en su campaña electoral y que ahora parece haber olvidado. Refería que el general Grant después de haber ejercido la presidencia de los Estados Unidos, fue invitado, en 1897, a una conferencia liberal en Manchester.

merosa, esto sería consecuencia inevitable del tipo de producción de zonas templadas que proporciona el país, distinto al de las zonas tropicales más apto para aquella estructura social. La ganadería y especialmente la agricultura de zonas templadas nece-

Después de haber oído a los oradores que demostraron las excelencias de la división internacional del trabajo, el general Grant fue invitado a hacer uso de la palabra y dijo:

"Señores: Durante siglos Inglaterra ha usado el proteccionismo, lo ha llevado hasta sus extremos y le ha dado resultados satisfactorios. No hay duda alguna que a este sistema debe su actual poderío. Después de dos siglos Inglaterra ha creído conveniente adoptar el librecambio por considerar que ya la protección no le puede dar nada. Pues bien, señores, el conocimiento de mi patria me hace creer que dentro de doscientos años, cuando Norteamérica haya obtenido del régimen protector todo lo que éste puede darle, adoptará el librecambio".

Y aquí sigue Frondizi: "Antes del plazo fijado por el general Grant, Estados Unidos ha llegado a ocupar el primer rango industrial. Hoy produce más de la mitad de los productos manufacturados que fabrica el mundo entero, pero no tiene la mitad de la población, ni del territorio, ni los recursos naturales del mundo sino tan solo una decimoquinta parte. Este hecho constituye una lección para el mundo entero, y particularmente para los países que como el nuestro, tienen una estructura geoeconómica semejante a la de Norteamérica".

En alguna parte he comentado que el general Grant, rodeado de los gitanos librecambistas, al hacer uso de la palabra y tocar el punto neurálgico, pareció decirles: —¡Yo también soy gitano!

Comparemos esa posición nacional de Grant —la del interés nacional de su país— con la de los que prescinden del interés nacional para solo considerar la doctrina en abstracto. Por ejemplo las palabras del general Mitre anunciando el retorno de los sobrevivientes de la guerra con el Paraguay, en su famosa arenga:

"Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y gloriosa campaña a recibir la merecida ovación que el pueblo les consagre, podrá *el comercio* ver inscriptos en su bandera los grandes principios que los *apóstoles del librecambio* han proclamado para mayor felicidad de los hombres". No hay hombres en abstracto, hay hombres ingleses, hombres argentinos y sus intereses son generalmente encontrados. ¿A qué hombres felices se refería Mitre y cuáles procupaban a

sitan una dirección más múltiple, una intermediación más frecuente, y esto llevaba inevitablemente a que no se pudiera impedir la existencia de gran número de colonos y la formación de una clase relativamente numerosa de pequeños y medianos propietarios, la diversificación de actividades bancarias y comercia-

Grant? Esa es la cuestión concreta que los ideólogos internacionalistas eluden, porque siempre los hombres expresan un hecho político nacional. Es así como la felicidad de los hombres del imperio puede estar hecha con la desgracia de otros hombres, a quienes se los somete y mantiene disminuidos, gracias a la ayuda de los lenguaraces que los distraen de su quehacer propio, nacional, con las ideas exportadas por los hombres que son felices, gracias a la miseria de los otros.

Es que una política del desarrollo económico nacional supone un paralelo y recíproco desarrollo del pensamiento nacional: del pensamiento y la ética nacional, porque es necesario una moral nacional, que es lo que se llama patriotismo. En el caso particular del doctor Frondizi vemos por la anécdota referida que ha desarrollado su pensamiento nacional. Pero nada más; ha hecho suscribir por su ministro Del Carril el convenio con el Fondo Internacional que significa inhibir al país para toda política de una economía propia, ya que el referido Fondo fue creado y es dirigido para impedirla y establecer en el mundo subdesarrollado las condiciones de división internacional del trabajo que impidan la marcha hacia adelante de las economías coloniales. El Fondo Monetario Internacional, al precio de momentáneos y precarios préstamos, obtiene la garantía, sine die, de la renuncia del ejercicio de la soberanía en lo económico, la limitación de los poderes nacionales, en el gobierno y defensa de la economía propia y su comercio, y ata el futuro de los países que se someten a la rueda estranguladora del interés compuesto, reuniendo en una misma mano las capitulaciones nacionales y el establecimiento de la usura internacional.

La revisión de la historia lleva aparejado el desarrollo del pensamiento nacional y es por consecuencia el más rudo golpe que sufre la llamada "intelligentzia", pues obliga a interpretar nacionalmente el hecho nacional. Aquélla es como el alemán del cuento que al ver al hipopótamo, un animal del que no tenía noticia y escapaba a sus previsiones zoológicas, dijo: "¡Mentira! Ese animal no existe". La "intelligentzia" no puede comprender nada que no forme parte de su esquema mental foráneo.

les y la necesidad de un cierto sector profesional, especialmente médicos, abogados y contadores, que llegarían con el tiempo a constituir una clase media; también el surgimiento paralelo de actividades comerciales e industriales que permitirían formar una pequeña burguesía local y un proletariado calificado —especialmente el de los servicios públicos— desvinculado del problema social de las peonadas. Con este proletariado en su mayoría extranjero se

Recuerdo que en las campañas orales de F.O.R.J.A. me tocó hablar tres mil veces, durante diez años, una por día, en las esquinas de Buenos Aires. Solía decir al auditorio: "Los políticos de los distintos partidos y nuestros intelectuales nos preguntan: ¿Son ustedes fascistas?, ¿son ustedes comunistas? Y cuando les contestamos que no, coligen que somos liberales. O inversamente, si ven que no somos liberales ni comunistas, deciden que somos fascistas, y si ni fascistas ni liberales, que comunistas. Yo les contesto: ¿son ustedes carniceros?, ¿son ustedes pintores? ¿no? ¿Puedo afirmar en consecuencia que son ustedes carpinteros? Y si esto es un disparate lo otro también, porque tan variada como la posibilidad de los oficios es la posibilidad de las ideas, y la posibilidad de los medios y las circunstancias que las generan. Pero a esa inteligencia colonial no le cabe que puedan existir otras ideas y otras soluciones que las llegadas por el último correo, con el último librito o periódico. Y es así como en esta América de los caudillos y las revoluciones, muy anteriores por cierto a los últimos fenómenos europeos, se ha llegado a clasificar con la etiqueta de éstos a acontecimientos y a hombres ocurridos cien años antes, en medios geográficos, sociales y culturales completamente distintos".

Y agregaba: "Parece cosa de mentecatos. Lo que no se les ocurre de ninguna manera es pensar desde aquí, y desde aquí tratar de hacer lo que nosotros estamos haciendo, es decir descubrir las realidades e intentar las soluciones propias. Esto ocurría y sigue ocurriendo y nuestro intelectual, en el mejor de los casos, termina cerrando el corral después que han fugado las cabras, y descubre 1945 en 1957, y 1930 en 1955. Sigue aferrado a los abalorios con que le adornan la cabeza desde afuera, y siendo el marido de las ideas, es el último que se entera de las ocultas relaciones que ellas tienen". Es como el de la copla:

Todo Madrid lo sabía,
todo Madrid menos él.

nutre el primer sindicalismo, de composición y mentalidad foránea, que nutre los partidos de la izquierda internacional, pero está desvinculado del problema de las grandes masas nativas. Estas masas "sumergidas" son las que caracterizan la economía simplista de un país colonial o semicolonial y hacen que el problema social y el problema nacional se identifiquen inseparablemente.

Aptitudes del nativo

En el momento de establecerse en el país la nueva economía, de corte exclusivamente comercialista, nuestra población rural, formada en el sistema de *res nullius*, o de la estancia patriarcal con las características de la gens, no tiene aptitudes para la competencia en las nuevas condiciones, con la inmigración de mentalidad y técnica capitalista, y que viene a implantar el modo rural que conoce. Carece también de la docilidad de ésta, porque ha ignorado las formas casi esclavistas del trabajo europeo de entonces. Por el contrario, el gaucho ve que las nuevas condiciones ocurren en su perjuicio, porque al crearlas no se lo ha tenido en cuenta, o peor, se ha partido de la necesidad de exterminarlo. Matar gauchos es obra santa, ha dicho Sarmiento. En vano Hernández pintará esa tragedia en *Martín Fierro*, y propondrá soluciones para la creación de una economía rural que lo incorpore.

Pero mejor que incorporarlo es utilizarlo para valorizar la tierra de los otros, o incorporar nuevas, que a su vez solo podrán llegar a los colonos inmigrantes después de valorizadas y distribuidas por la especulación.

Oigamos lo que dice Zeballos (*Viaje al país de los Araucanos*, pág. 402 y sig.) a este respecto, hablando de la conquista del desierto, y la supuesta incapacidad del nativo para el trabajo: "La población urbana, que vive de la producción exuberante de la campaña, fuente alimentadora de su lujo y su abundancia, no da contingente para aquellos intereses amenazados por el indio. El campesino, el paria, el perseguido por la autoridad o por el des-

fallecimiento, es ese, y será generalmente el soldado, destinado en son de castigo a las banderas, hasta que la reforma fundamental iniciada por el general Roca nos dé un sistema culto de reclutamiento. Lo he admirado en Carhué y en Choele Choel, dócil a la disciplina y fácil de entendederas, son al poco tiempo instrumentos de guerra, y como además viven en el desierto y necesitan casas para abrigarse de sus rigores, convierten sus campamentos en preciosas villas.

"Saben y hacen de todo. Fabrican el ladrillo, cortan y labran las maderas, cosechan la paja silvestre para techos, baten el hierro en las fraguas, pulen la madera en el banco, edifican desde su casita hasta el teatro y los cuarteles, siembran inmensos potreros para las cabalgaduras, se desempeñan admirablemente en todas las artes y oficios urbanos que caracterizan una civilización embrionaria, doman potros, amansan mulas, tienen tiempo asimismo para realizar obras de arte en sus asaltos en las vizcacheras y para bolear avestruces, asegurándose el aumento de la escasa ración de carne, y al toque de generala de los clarines están listos y sonrientes a caballo, para batirse victoriosamente con los indios, en las nieves del Nahuel Huapi o para llegar en nueve días al clima caliente de la revolucionaria Corrientes, desde el fondo de los lejanos desiertos meridionales".

¿Incapacidad técnica para el medio en que actuaba, o simplemente falta de educación para la nueva sociedad comercialista, impuesta brutalmente y sin contemplar el problema del hombre argentino, quien después de haberse adjudicado la oligarquía las tierras, no pudo constituirse en clase propietaria y promotora? [a]

[a] El inmigrante está mejor preparado para el comercio y para la competencia, como hijo de la sociedad capitalista, que el hijo de una sociedad donde esas formas del comercio y la producción eran incipientes. Por otra parte el inmigrante no representaba al hombre medio de Europa, puesto que de cada aldea no emigraban los más tímidos, débiles o haraganes, sino los más audaces, los capaces de tentar la aventura del océano y de un mundo lejano o incierto. El

Nos apartaría de nuestro propósito extendernos en el análisis de cómo casi todos los mitos de la inteligencia liberal fueron y son utilizados para jus-

inmigrante representa un producto de selección, si ésta se hace en razón del individualismo, y así el cotejo con el nativo no se hace con los sujetos más individualistas del medio sino con los del común. Cada inmigrante es potencialmente un Colón o un Morgan, o un Cortés, pues los que se quedaban allá son los menos individualistas dentro del mismo medio social. Pero la "intelligentzia" —que sigue siendo la misma frente al nativo, ahora con el cabecita negra ya que el gaucho muerto puede idealizarse sin que reclame aumento de jornales o forme sindicato— atribuye la mayor aptitud para la economía comercialista del europeo, a la deficiente formación social y cultural del criollo, por español o por católico. Ya lo comenta Hernández cuando pone en boca de Martín Fierro aquel juicio sobre el napolitano al que se le escapó un tiro en el fortín.

Sarmiento, que había dicho "no ahorre sangre de gauchos", dijo también: "pudimos en tres años introducir cien mil pobladores y ahogar en los pliegues de la industria a la chusma criolla, inepta, incivil, ruda, que nos sale al paso a cada instante".

Años después se rectificaría en su polémica de *La Nación* con Mitre, y de ese momento saldría la "Condición del Extranjero en América".

Oigámoslo entonces: "¿Qué influencia moral, industrial o política ejerzerán estas razas —se refiere a los inmigrantes— si todas ellas eran y son inferiores al tipo original americano? Pero los europeos que vienen a esta América nuestra, incluso españoles, portugueses e italianos, vienen creyendo que basta ser europeos para creerse que en materia de gobierno y cultura nos traen algo muy notable y van a influir en nuestra mejoría. Estamos en el medioevo *ancora*".

Le extraña a Sarmiento que los europeos se crean eso, y eso lo han enseñado Sarmiento y sus continuadores. La oligarquía ha ocultado estas rectificaciones de Sarmiento, como las de Alberdi, con el mismo cuidado minucioso con que hace hacer un viaje al extranjero a la niña que ha tenido un percance. Son cosas que deben quedar en la familia. También creo muy profundamente en la seriedad de esta rectificación hija de cualquier episodio accidental, porque lo típico en la mentalidad de la "intelligentzia" es su disconformidad con el país concreto, antes por concreto, después por griego, ahora otra vez por nativo. "¡Este país de...!" ¿Quién no lo ha oído?

tificar la destrucción del viejo pueblo argentino y su sustitución por otro, provisto de aptitudes ideales. Solo quiero dejar aquí establecido que también como en el caso de la economía, se hizo lo contrario de lo que se estaba realizando en los Estados Unidos en el mismo momento, en materia inmigratoria. El signo nacional impuesto al desarrollo norteamericano en el sentido de la extensión —"destino manifiesto"— fue precisamente la ampliación del espacio geográfico, que nuestros liberales sistemáticamente redujeron en coalición con el extranjero. Estados Unidos se integró con la población de los espacios vacíos; pero en la marcha hacia el oeste la población inmigratoria actuaba frontalmente y bajo la conducción de los elementos nativos, porque la inmigración no era vista como sustitución de una población por otra, sino como su *ampliación por otra, para los fines de la primera.*

Población y fines nacionales

No hay aquí ninguna diferencia sutil. Hay simplemente la diferencia que se establece entre una política nacional dirigida a satisfacer fines nacionales y otra dirigida a cumplir objetivos extranjeros. En el caso de los Estados Unidos el propósito era *realizar una nación* y a eso se atenían las políticas del territorio y de la población. A impedir que la nación se realizara tendían las políticas que aquí aplicaba el liberalismo. Porque nos engañaríamos también si creyéramos en algún momento que la política de la inmigración en el Río de la Plata tenía como finalidad el destino de los inmigrantes y sus descendientes.

Cuando a su vez la nueva formación de origen extranjero se asentó, la oligarquía habría de encontrarle, "por meteca", defectos paralelos a la vieja población, "incapaz por nativa". Así pasó cuando los descendientes de los inmigrantes llegaron al Estado a través del radicalismo, como pasó cuando los de la vieja población criolla emergieron a la vida pública, con los acontecimientos del año 1943 y siguientes.

La verdad es que la "intelligentzia" argentina, como a la gata de doña Flora, nada la conforma si proviene de los argentinos y esto desde los disciplinados coros victorianos de *Sur*, hasta el apocalíptico izquierdismo de Martínez Estrada [a].

[a] Ramón Doll (*Acerca de una política nacional*, Editorial Difusión, 1939, pág. 103) dice: "Siempre que la masa popular, clase media o grueso de la población (como quiera llamarse) ha tenido acceso al gobierno, como en la época de Rosas y, más actualmente, durante el período 1916-1930" —si hubiese escrito después habría tenido que agregar de 1945 a 1955—, "siempre que un caudillo de masas local o nacional ha ocupado un puesto prominente en el escenario social argentino, se ha podido constatar que la mayoría de esos grupos *élites*, clases áulicas, universitarios, escritores, políticos de gran estilo, todo eso que en un país se llama *clase dirigente*, ha estado en abierta disidencia con el jefe o caudillo que encarna las aspiraciones de la masa".

Agrega en seguida que la recíproca es cierta pues cada vez que "una oligarquía ilustrada, progresista, europeizante ha copado la política nacional" con sus escritores, universitarios, estadistas de envergadura, las masas populares han estado fuera del poder. La línea histórica que marca este esquema "es toda una tradición política, una corriente antidemocrática pero positiva y real frente a los jefes y caudillos populares de verdad".

Dice Doll que no hace juicios de valor. Simplemente confirma este antagonismo dramático entre las masas y las clases ilustradas; "el país está escindido así y hay que resignarse a aceptarlo".

Continúa. "¿Pero es que esto no ocurrirá en todas partes? ¿Es que no ocurre lo mismo en el mundo entero? Las masas populares iletradas en todas partes están necesariamente distanciadas de los pensadores, de los publicistas, porque sería ridículo pretender que un chofer o una cocinera estén al tanto del último artículo de Maurat o de Chesterton. Esto es cierto, pero no lo es la proposición contraria. Y éste es el quid de la cuestión: los verdaderos pensadores y dirigentes políticos europeos jamás se alejan de los sectores de opinión reales en el país en que viven".

En una palabra, que no son las masas que no entienden a las élites, sino las élites que no entienden a las masas, y es aquí donde Doll trae la imagen de la gallina a la que le pusieron huevos de pato en el nidal, y ve desesperada a los patitos recién nacidos correr al charco donde tendrían que ahogarse si fueran pollitos. Pero los patitos

En el esquema previsto para nuestro país, de productor de materias primas y base de abastecimiento alimenticio, el ascenso en el número y en el nivel de vida de la población es un obstáculo. sobre todo cuando intenta traducirse, a través de la política, en la conducción del Estado. En realidad, cuando el país pasó de los diez millones de habitantes y el desarrollo técnico disminuyó la exigencia de la mano de obra rural, rebasó las condiciones óptimas previstas como productor agrario. El exceso de población así creada debe constreñirse a vivir con los márgenes previstos para aquellos diez millones, o emigrar. Y esto no es una fantasía; es lo sostenido después de 1955 por el ex ministro de la Década Infame Alberto Hueyo, en artículo publicado en *La Prensa*, mayo 3 de 1957, y que corresponde al plan de la "década infame" cuyo Estatuto Legal del Coloniaje comprendía, a través de un sistema de regulaciones, las limitaciones previstas a toda producción que no entrara dentro de nuestro esquema clásico exportador [a].

La tradición oral y la población

Si la falsificación de la historia, y aun de la versión local de la de aquellos países que pudieron servirnos de modelo por el paralelismo en su momento histórico —caso de los Estados Unidos y Alemania— tenía por objeto crear una "intelligentzia", desvinculada del país y de su pasado, desprovista de bases tradicionales y líneas históricas, para promover una política de la economía y de la población concurrente a los fines oligárquicos, es conveniente también percibir el efecto que en el conocimiento de la historia verdadera debía producir el cambio introducido con la política de la población. Hablaré aho-

saben más de patos que las gallinas, cosa que añado yo por mi cuenta.

[a] Ver en el mismo sentido el discurso del señor Fano, Presidente de la Sociedad Rural, que cito en el *Manual de zonceras argentinas*.

ra de la incidencia de la política económica y social sobre la investigación histórica.

La escuela revisionista ha demostrado la falsificación de la historia escrita; falseamiento documental, por alteración u ocultamiento; falseamiento intelectual, por la introducción de esa "dictadura turca" que señalara Alberdi y en función del cual están prescriptos *ab initio* los resultados de la investigación, y los datos que es lícito aportar y lo que no es lícito, los ídolos intocables y los tabúes y el juicio sobre los personajes y los hechos. Los cambios económicos y de población proporcionan a su vez la destrucción de los otros elementos que podrían contribuir a la heurística.

Me refiero especialmente a la tradición oral.

La vieja población campesina ha sido destruida o desarraigada, y la nueva economía comercialista, en transición constante, provoca permanentes desplazamientos de la nueva población. Nos encontramos en presencia de una brusca sustitución de una sociedad por otra. Se corta la continuidad social y además el tránsito de la sociedad patriarcal a la sociedad comercialista, coincidente con el aluvión inmigratorio, provoca bruscos desplazamientos que alteran el asiento de las familias y su misma constitución, provocan el nomadismo y los traslados frecuentes de un medio a otro y se alteran las jerarquías tradicionales. Si bien subsiste arriba la preeminencia política y social de la clase propietaria de la tierra, todos los estadios intermedios y bajos se alteran en un cambio constante. Quedan así cegados los conductos naturales de la transmisión oral.

Marc Bloch ha señalado una particularidad de la tradición oral en los medios rurales, donde es más eficaz, y es que la transmisión verbal de los conocimientos se hace saltando una generación, de abuelos a nietos, y lo explica porque en el régimen campesino europeo los padres se ausentaban para el laboreo de los campos durante el día, quedando los niños a cargo del abuelo[a].

[a] Me contaba López Francés que en la Peñíscola, aquel último refugio del Papa Luna, sobre el Mediterráneo español, oyó preguntar a una viejecita: "¿Es cierto que vuel-

Sin las circunstancias que he señalado más arriba, la tradición oral entre nosotros hubiera tenido importancia fundamental, ya que como me decía Ernesto Palacio: "Yo he alcanzado a conocer a un Guido, hijo del general de la Independencia, tan corta es nuestra historia" [b]. Pero este valioso aporte compensatorio de la falsificación operada en la construcción de la historia escrita y su divulgación, también nos fue negado por la destrucción de la población primitiva y el carácter de la inestabilidad familiar. A la inversa de lo dicho por Bloch, aquí el contacto con los abuelos es poco frecuente y la mayoría está en Europa. Prácticamente hace treinta años no había abuelos en el hogar argentino del pueblo, particularmente en el litoral.

Los mismos restos de la clase dirigente vinculada a la auténtica historia nacional se tuvieron que someter bajo la imposición de su propio interés económico que se vinculó al Estado liberal y a su estructura; fueron sistemáticamente intimidados, y cuando no se complicaron en la traición a la historia, guardaron silencio o fueron silenciados.

La tradición oral solamente subsistió firme en aquellas provincias del interior que recibieron con menos fuerza el impacto de la nueva economía, porque no interesaban como productoras de materias primas de exportación; y allí la tradición oral se ha defendido en una lucha cuerpo a cuerpo con la escuela oficial que la contradice de acuerdo con los programas y la formación del magisterio.

ven los berberiscos?", y hablaba de los piratas africanos que hace siglos que no vuelven y que nadie ya llama berberiscos. En Castro Urdiales una pescadora, mostrándome las balas incrustadas en los muros de la iglesia, me decía: "Son de cuando la francesada", y así la invasión napoleónica recordada en saltos de generaciones resultaba cosa relativamente reciente, un poco más lejana que la guerra civil.

A través del relato la referencia viva se acerca y va pasando a saltos de abuelo a nieto y de éste a los suyos. Cúbrense así, en dos relatos, 120 o 150 años.

[b] En efecto, Carlos Guido y Spano, hijo del general Guido, el amigo de San Martín y embajador de Rosas en el Brasil, falleció en Buenos Aires en 1917, y era visitado frecuentemente por los escolares de nuestra generación.

Modificación de la toponimia

El mismo paisaje ha sufrido modificaciones por la transformación técnica. Pero desde el punto de vista que nos interesa quiero señalar cómo la toponimia ha sido alterada para que el paisaje geográfico no coincida con el paisaje histórico, contribuyendo a esa sensación de irrealidad, de cosa estratosférica y sin contacto siquiera telúrico entre el pasado y el presente, que caracteriza la historia que se enseña a nuestros escolares y se difunde oficialmente y da esa sensación de convencional, de artificiosidad, que deshumaniza nuestra historia y la hace "odiosa" (este término no es mío sino de Borges en un prólogo a un libro mío al calificar la historia americana).

Se borró el nombre original de los lugares y al sustituirlos se rompió la conexión con el hecho histórico allí ocurrido. Intentad estudiar la Campaña del Desierto, por ejemplo, y tendréis que confeccionar previamente un nuevo mapa con las viejas designaciones. Viajad en automóvil a Córdoba acompañados y preguntad al acompañante qué ocurrió en ese lugar que se llama Cepeda, Fontezuela, Pavón u Oncativo. No os responderán que ese es el lugar donde esas batallas ocurrieron y supondrán que ese nombre lo recibió el lugar en recuerdo de la batalla ocurrida quién sabe dónde, en una geografía imaginaria que es la de la historia convencional, pero que no está ligado ni a la de los hombres ni a la de los accidentes propios del terreno y menos al genio propio del lugar. Es que esos nombres que he señalado han subsistido por excepción. La regla es que el nombre expresivo de la anécdota o del hecho haya sido sustituido por otro que recuerda otro hecho ajeno al lugar, y repetido hasta el infinito en la nueva toponimia. El nombre no proviene de la tradición sino del decreto y así la narración se desvincula del paisaje como los protagonistas de la sociedad a la que pertenecían. El escenario donde se mueven los santos y los diablos de la historia ofi-

cial podía ser lo mismo un tablado teatral que la cara de la Luna que recién han retratado los soviéticos [a].

[a] Clásico es el cambio de nombre hecho por Sarmiento a la población cordobesa de Fraile Muerto, que sustituyó por el de Bell Ville en homenaje a un vecino extranjero.

Dudo mucho que este homenaje hubiera tenido lugar si ese vecino se hubiera llamado Chapapietra o González, pero de todos modos ya el nombre está identificado con el lugar y ahora poco los vecinos se han opuesto al restablecimiento del antiguo. Un caso divertido es el de estación Monte Maíz (F.C.G.B.M.): le cambiaron el nombre por el de Woodgate, personaje británico, propietario de la zona. Pero los paisanos le decían Bogatti, como dicen Bilri a Willwright, y a Woodgate le molestó la italianización de su apellido. El mismo se ocupó que se restaurara el primitivo nombre.

Pero este mal no es solo imputable a la oligarquía e incurrieron en los mismos errores y faltas el yrigoyenismo y el peronismo, sacrificando el interés histórico a las pasiones y adulaciones del momento, lo que prueba en qué medida faltaba la madurez de una conciencia histórica en ambos procesos, por lo menos en sus equipos dirigentes. De existir ella hubiera sido una barrera a la estúpida adulación y consagraciones precipitadas, que son obstáculo por eso mismo a las que habrán de llegar como definitivas y en razón directa de esa maduración histórica.

¿Puede haber algo más grotesco que las designaciones impuestas a los ferrocarriles, alterando las nominaciones viejas que eran las lógicas y las impuestas por el uso y la geografía? Tan falsas son estas designaciones, como los proceratos que adjudican, en el momento preciso en que se nacionalizaban los ferrocarriles, que aún el común no se ha acostumbrado a ellas. Apunto este hecho para que se vea que el proceso político nacional no será completo sin la visión de conjunto que da la revisión histórica, pues lo que estoy señalando es sólo un índice de las fallas conceptuales que hay que corregir.

Así como hay una industria del desagravio y del homenaje, la reiteración en todos los lugares de los mismos próceres ha terminado por hacerlos invisibles. Es algo parecido a lo que John Cooke le dijo una vez al general Perón, hablándole de los excesos de la propaganda personal. "Su retrato, general, no se ve, porque ya forma parte del paisaje". Perón lo entendió y lo llamó a Apold para que oyera... pero como si oyera llover.

En el mismo sentido opera la reiteración sistemática de los mismos nombres repetidos hasta el cansancio en todas las ciudades, pueblos y caminos. A su vez esta repetición constante de los mismos nombres de próceres y lugares en la arbitraria designación termina por despersonalizar todas las ciudades, pueblos y caminos porque nunca la designación es propia y exclusiva, y por consecuencia identificante [a].

Resumiendo: una POLITICA DE LA HISTORIA falseó su heurística en la investigación documental, mientras se creaban condiciones que impedían el contraste con la tradición oral, como fuente correctora. Así fue posible constituir y divulgar una historia para los fines antinacionales propuestos como política del Estado.

Ya he aclarado que no es mi objeto en este trabajo documentar la falsificación de la historia que es la tarea que han cumplido los historiadores revisionistas. El mío es señalar las finalidades que persiguió esta falsificación, es decir, para qué se creó una *política de la historia* con el objeto de impedir una *política de la Nación.*

A los próceres les pasa algo parecido, con su repetición que ya es una mecánica, que se traslada hasta la labor artística.

[a] Hay un escultor conocido que todas las mañanas, al llegar a su taller, y después de abrir la correspondencia, le dice a su hermana, que está al pie de una estantería con la escalera: "Isabel, bajá dos Sarmientos, tres Rivadavias, un Mitre y dos San Martines".

Y en seguida los embala y despacha a las localidades correspondientes, para el también correspondiente homenaje escolar, municipal... o rotariano o leonístico.

4

ZONCERAS ARGENTINAS

DE LAS ZONCERAS EN GENERAL

"Les he dicho todo esto
pero pienso que pa'nada,
porque a la gente asonzada
no la curan con consejos:
cuando muere el zonzo viejo
queda la zonza preñada".

(A. J., *El Paso de los Libres*, 1ª ed., 1934.)

"*Zonzo* y *zoncera* son palabras familiares en América desde México hasta Tierra del Fuego, variada apenas la ortografía, un poco en libertad silvestre (sonso, zonzo, zonso, sonsera, zoncera, azonzado, etcétera)", dice Amado Alonso (*Zonzos y zoncerías*, Archivo de Cultura, Ed. Aga-Taura, febrero de 1967, pág. 49).

Según el mismo, la acepción que les dan los diccionarios como variantes de *soso*, desabrido, sin sal, es arbitraria porque proviene del *Diccionario de Autoridades* que se escribió cuando ya habían dejado de ser usuales en España. Zonzo fue en España palabra de uso coloquial, pero durante corto tiempo: "Cosa sorprendente, esta palabra castellana, inexistente antes del siglo XVII y desaparecida en España en el siglo XVIII, vive hoy en todas partes donde fue exportada", particularmente América. También señala Alonso el parentesco con algunos equivalentes españoles, mas agrega que "por pariente que sea el *zonzo* americano conserva su individualidad". "Aunque como improperio los americanos

"De las zonceras en general" es la Advertencia preliminar del *Manuel de zonceras argentinas*. Este texto y el correspondiente a las tres zonceras antologizadas fueron tomados de *Manual de zonceras argentinas*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1980, 8ª edición.

dicen a uno (o de uno) *zonzo*, cuando los peninsulares dicen *tonto*, los significados no se recubren".

Todo lo cual vale para *zoncera*.

¿Los argentinos somos zonzos?... Esto es lo que nos faltaba, convencidos como estamos de la "viveza criolla", que ha dado origen a una copiosa literatura que va de la sociología y la psicología a las letras de tango.

Un amigo que hace muchos años percibió la contradicción entre nuestra tan mentada "viveza" y las zonceras, la explicaba así: "El argentino es vivo de ojo y zonzo de temperamento", con lo que quería significar que paralelamente somos inteligentes para las cosas de corto alcance, pequeñas, individuales, y no cuando se trata de las cosas de todos, las comunes, las que hacen a la colectividad y de las cuales en definitiva resulta que sea útil o no aquella "viveza de ojo".

A estas zonceras en lo que trata de los intereses del común, es a las que se refiere mi personaje de las letras gauchescas que cito en el copete, porque lo que el cantor ha dicho antes se refiere precisamente a ellas, y su escéptica sentencia surge de la continuidad en su acepción a través de generaciones.

Esto no importa necesariamente que la zoncera sea congénita; basta con que la zoncera lo agarre a uno desde el "destete".

Tal es la situación, no somos zonzos; nos hacen zonzos.

El humorismo popular ha acuñado aquello de "¡Mama, haceme grande que zonzo me vengo solo!". Pero esta es otra zoncera, porque ocurre a la inversa: nos hacen zonzos para que no nos *vengamos* grandes, como lo iremos viendo.

Las zonceras de que voy a tratar consisten en principios introducidos en nuestra formación intelectual desde la más tierna infancia —y en dosis para adultos— con la apariencia de axiomas, para impedirnos pensar las cosas del país por la simple aplicación del buen sentido. Hay zonceras políticas, históricas, geográficas, económicas, culturales, la mar en coche. Algunas son recientes, pero las más tie-

nen raíz lejana y generalmente un prócer que las respalda. A medida que usted vaya leyendo algunas, se irá sorprendiendo, como yo oportunamente, de haberlas oído, y hasta repetido innumerables veces, sin reflexionar sobre ellas y, lo que es peor, pensando desde ellas.

Basta detenerse un instante en su análisis para que la zoncera resulte obvia, pero ocurre que lo obvio pasa con frecuencia inadvertido, precisamente por serlo.

Jeremías Bentham —pocos filósofos pueden ser tan gratos a los académicos de las zonceras como este maestro de los más preclaros de sus inventores— escribió un *Tratado de los sofismas políticos*, que es un tratado de lógica, según dice Francisco Ayala, prologuista de una de sus ediciones castellanas (Ed. Rosario, 1944). Al hablar del sofisma en general, Bentham establece la diferencia entre *error*, simple opinión falsa, y *sofisma*, con que designa la introducción en el razonamiento de una premisa extraña a la cuestión, que lo falsea.

Le faltó tiempo a Bentham para ver cómo sus discípulos rioplatenses superaban a lo que se proponía combatir. Porque las zonceras de que estoy hablando cumplen las mismas funciones de un sofisma, pero más que un medio falaz para argumentar son la conclusión del sofisma, hecha sentencia. Su fuerza no está en el arte de la argumentación. Simplemente excluyen la argumentación actuando dogmáticamente mediante un axioma introducido en la inteligencia —que sirve de premisa— y su eficacia no depende, por lo tanto, de la habilidad en la discusión como de que no haya discusión. Porque en cuanto el zonzo analiza la zoncera —como se ha dicho— deja de ser zonzo.

Trato aquí, pues, de suscitar la reacción de esa tan mentada "viveza criolla" para que, si en verdad somos vivos *de ojo*, lo seamos también *de temperamento*, como decía mi amigo.

Este no es un trabajo histórico, pero nos conducirá frecuentemente a la historia para conocer la

génesis de cada zoncera. Veremos entonces que muchas tuvieron una finalidad pragmática y concreta que en el caso las hace explicables aún como errores, y que su deformación posterior, dándole jerarquía de principios, ha respondido a los fines de la *pedagogía colonialista* para que actuemos en cada emergencia concreta solo en función de la *zoncera abstracta* hecha *principio*. Esto lo veremos muy particularmente en la increíble zoncera de que *la victoria no da derechos*, que verdaderamente es un "capolavoro" en la materia.

En otras ocasiones, la zoncera no tiene un origen eventual, sino que es el resultado de una conformación mental. Es el caso de la zoncera *el mal que aqueja a la Argentina es la extensión* que, erigida en *principio* como consecuencia de otra zoncera —*civilización y barbarie*— llevó directamente a una política de achicamiento del país que fue la que presidió la disgregación del territorio rioplatense. En este caso, la zoncera no se justifica ni eventualmente pero es susceptible de explicación. Lo que no puede explicarse es que continúe en vigencia hasta cuando ya fueron logrados los objetivos que le dieron origen. Tal vez se la reitere solo para mantener la sobrevivencia y prestigio de quienes la generaron. En otros casos, como lo veremos al tratarlas, muchas zonceras pueden comprenderse en función de las ilusiones que el siglo XIX en su primera parte provocó en los progresistas "a outrance", pero no ahora que son evidentemente antiprogresistas pues tratan de inmovilizar el país dentro de una concepción perimida, con lo que paradojalmente los progresistas se vuelven reaccionarios.

Y ahora tenemos que recordar de nuevo a Jeremías Bentham, porque en la base de los sofismas que puntualizó está el de autoridad, y la zoncera, como aquéllos, generalmente reposan en la "autoridad" del que la enunció.

Estas *zonceras de autoridad* cumplen dos objetivos: uno es prestigiar la zoncera con la *autoridad* que la respalda, como se ha dicho, y otro reforzar la *autoridad* con la zoncera. Así los proyectos de Riva-

davia se apoyan en el prestigio de Rivadavia. Y el prestigio de Rivadavia en sus proyectos.

Esto nos lleva de nuevo a la historia, cuya falsificación tiene también por objetivo una zoncera: presentar nuestro pasado como una lucha maniquea entre "santos" y "diablos", con lo que los actores dejan de ser hombres para convertirse en bronces y mármoles intangibles.

El protagonista de la historia no pierde nada como hombre cuando se lo baja del pedestal; ni siquiera como ejemplo. Por el contrario, gana al humanizarse con su carga de aciertos y errores. Pero como el objetivo de falsificación es *una política de la historia* que alimenta las zonceras, ver el hombre en su propia dimensión relativiza el personaje perjudicándolo como *autoridad* desde que, en cuanto hombre, no es el dueño de la verdad absoluta con que aparece respaldando a aquéllas desde el nicho.

Tomaremos el caso de Sarmiento: primero, porque es el héroe máximo de la *intelligentzia*, y segundo, porque es el más talentoso de la misma.

Sarmiento es para mí uno de nuestros más grandes —sino el mejor— prosistas. Narrador extraordinario —aún de lo que no conoció, como sus descripciones de la pampa y el desierto—, sus retratos de personajes, más imaginados que vistos, su pintura de medios y ambientes, sus apóstrofes, sus brulotes polémicos, al margen de su verdad o su mentira, son obras maestras. Forman una gran novelística hasta el punto de que lo creado por la imaginación llega a hacerse más vivo que lo que existe en la naturaleza.

A este Sarmiento se lo ha resignado al segundo plano para magnificar el pensador y el estadista, siendo que sus ideas económicas, sociales, culturales, políticas, son de la misma naturaleza que su novelística: obras de imaginación mucho más que de estudio y de meditación, y su labor de gobernante la propia de esa condición imaginativa. Pero insistir sobre la personalidad literaria del sanjuanino iría en perjuicio de su prestigio como pensador y del ideario que expresó al colocarlo en otra escala de me-

dida. Entonces, decir el escritor Sarmiento sería como decir el escritor Hernández, o el escritor Lugones, cuando opinan sobre el interés general, referencias importantes pero no decisorias. Y sobre todo cuestionables. Y la zoncera solo es viable si no se la cuestiona.

Además, al margen de la *pedagogía colonialista*, se deforma al prócer para hacerlo *ismo*. Juega entonces el interés de la capilla y los capellanes. Así como el locutor Julio Jorge Nelson es la viuda de Gardel, cada prócer tiene sus viudas que administran su memoria, cuidan su intangibilidad y cobran los dividendos que da el sucesorio. Quizá sea Sarmiento el que tenga más viudas porque hay en el personaje una especie de padrillismo superstite como para permitir una multiplicada poligamia póstuma. Más difícil es la tarea de los rivadavianos profesionales porque don Bernardino, el pobre, no tiene puntos de apoyo para su explotación, hubo que inventárselos. Eso lo hizo Mitre, que a su vez es otra cosa, porque su aprovechamiento no es de viudas. Los cultivadores del mitrismo no miran tanto al General, ya finado, como a *La Nación*, que está *vivita y coleando* y es la que distribuye el dividendo de la fama mientras le cuida la espalda al General. Además practican ese culto todas las viudas de los otros próceres como actividad complementaria e imprescindible para el suyo. Aquí operan también matemáticos, poetas, escritores, pintores, escultores, corredores de automóviles, rotarianos, locutores, biólogos, señoras gordas, leones, "señores", otorrinolaringólogos, militares, pedagogos, políticos, economistas, toda clase de académicos, desde que todo el mundo sabe que sin la lágrima por Mitre, lo mismo en el arte o la técnica que en la vida social, deportiva, etc., no hay reputación posible. Así se explican esas largas columnas de felicitaciones en *La Nación*, que suceden a cada cumpleaños, y la introducción de Mitre en todo discurso, conferencia o escrito, aunque se trate de un estudio sobre las lombrices de tierra o los viajes estratosféricos.

Acotaremos que la abundancia de viudas hace que ya sea difícil el acceso a los mármoles y bronces, lo

que ha motivado la urgencia de algunos por ampliar el registro de los próceres. Así, a falta de mármoles y bronces aparecen los chupamortajas prendidos a la memoria de óbitos más recientes y aún de muchos insepultos rezagados en las Academias o el Instituto Popular de Conferencias.

Este es un *manual de zonceras* y no un catálogo de las mismas. Doy, con unas cuantas de ellas, la punta del hilo para que entre todos podamos desenredar la madeja. Y aclaro que yo no soy "uno" más "vivo", sino apenas un "avivado", y aún me temo que no mucho, porque ya se verá cómo he ido descubriendo zonceras dentro de mí.

Sin ir más lejos en ese "Paso de los Libres" que cito al caso en el copete, se me ha deslizado alguna, a pesar de que para la fecha de su publicación ya tenía la edad de Cristo. Y me las sigo descubriendo —¡y vaya si van años!—, tanto me han machacado con ellas en la época en que estaba descuidado.

Precisamente para que *no nos agarren descuidados* otra vez, y a los que nos sigan, es que se hace necesario un catálogo *de zonceras argentinas* que creo debe ser obra colectiva y a cuyo fin le pido a usted su colaboración.

Mi editor me dice que hará *un concurso de zonceras con premios y todo.* Si tal ocurre le ruego al lector que, por el bien común, participe. Haremos el catálogo entre todos. Por si usted está dispuesto a colaborar en él, este libro lleva unas páginas suplementarias convenientemente rayadas para que vaya anotando sus propios descubrimientos, mientras lo lee.

Además, descubrir las zonceras que llevamos adentro es un acto de liberación: es como sacar un *entripado* valiéndose de un antiácido, pues hay cierta analogía entre la indigestión alimenticia y la intelectual. Es algo así como confesarse o someterse al psicoanálisis —que son modos de vomitar entripados—, y siendo uno el propio confesor o psicoanalista. Para hacerlo solo se requiere no ser zonzo por naturaleza, con la connotación que hace Amado Alonso —"escasez de inteligencia, cierta dejadez y

debilidad"—; simplemente estar solamente *azonzado*, que así viene a ser cosa transitoria, como lo señala el verbo.

Tampoco son zonzos congénitos los difusores de la *pedagogía colonialista.* Muchos son excesivamente "vivos" porque ese es su oficio y conocen perfectamente los fines de las *zonceras* que administran; otros no tienen ese propósito avieso sin ser *zonzos congénitos*: lo que les ocurre es que cuando las *zonceras* se ponen en evidencia no quieren enterarse; es una actitud defensiva porque comprenden que con la *zoncera* se derrumba la base de su pretendida sabiduría y, sobre todo, su prestigio.

Las zonceras no se enseñan como una asignatura. Están dispersamente introducidas en todas y hay que irlas entresacando.

Viendo en Amsterdam la inclinación de los edificios motivada por la blandura del suelo insular en que se asientan, tuve la impresión de una ciudad borracha, pues las casas se sostienen apoyándose recíprocamente. Imaginé la catástrofe que significaría extraer una de cada conjunto. Esto le ocurrirá a usted a medida que vaya sacando *zonceras*, porque éstas se apoyan y se complementan unas con otras, pues la *pedagogía colonialista* no es otra cosa que un "puzzle" de *zonceras.* Por eso, a riesgo de redundar, necesitaremos frecuentemente establecer, como dicen los juristas, "sus concordancias y correspondencias", porque todas se entrerrelacionan o participan de finalidades comunes.

Al tratar de las zonceras no es posible, en consecuencia, clasificarlas específicamente, porque en el campo de su aplicación andan todas mezcladas y, donde menos se espera, salta la liebre. El cazador de zonceras debe andar con la escopeta lista y apuntar a liebre, perdiz o pato, o pato-liebre, indistintamente. Pero todas tienen el carácter común de *principios* destinados a ser el punto de partida del razonamiento de quien la profesa. En cuanto usted fija su atención sobre ese "principio" y no sobre su desarrollo posterior, ya la identifica, porque para evitar el

análisis recurre de inmediato a ocultarse tras la autoridad.

Como están entreveradas y dispersas solo se intentará agruparlas; *eso y no clasificarlas, es lo que se hace en este trabajo*, teniendo en cuenta sus características más importantes o el papel principal que juegan o han jugado, pero sin olvidar nunca lo que se dijo de las "correspondencias y concordancias", porque suelen tener variada finalidad. Así, por ejemplo, veremos oportunamente que *política criolla* o *el milagro alemán* que aquí se han clasificado respectivamente en las *Zonceras de la autodenigración* y en las *Zonceras económicas*, podrían agruparse a la inversa, en cuanto *el milagro alemán* —utilizado para prestigiar cierta política— encubre una connotación de finalidades disminuyentes y racistas, cosa que se verá a su tiempo. Del mismo modo *política criolla*, que es *zoncera autodenigratoria*, se connota con lo económico.

Con esto quiero advertir al lector que no debe tomar muy al pie de la letra la clasificación que se hace, que obedece a la conveniencia de seguir algún método expositivo. Hay un capítulo titulado *Miscelánea de zonceras* porque las que allí van son aparentemente de distinto género. En realidad todo el libro es una miscelánea, pero de la comprobación aislada de cada zoncera llegaremos por inducción —del fenómeno a la ley que lo rige— a comprobar que se trata de un sistema, de elementos de una *pedagogía*, destinada a impedir que el pensamiento nacional se elabore desde los hechos, es decir desde las comprobaciones del buen sentido.

Con esto dejo dicho que este libro es una segunda parte de "Los profetas del odio y la yapa" —es decir una contribución más al análisis de la *pedagogía colonialista*—, en el cual se exponen las zonceras, para que ellas conduzcan por su desenmascaramiento a mostrar toda la sistemática deformante del buen sentido y su finalidad.

Y como las *zonceras* se revisten de un aire solemne —que forma parte de su naturaleza—, les haremos un "corte de manga" tratándolas en el lenguaje del común, que es su enemigo natural, escribiendo a la

manera del buenazo de Gonzalo de Berceo en su *Vida de Santo Domingo de Silos*:

Quiero fer una prosa en roman paladino,
en qual suele el pueblo fablar a su vecino[a].

[a] Con este propósito, "fablar en roman paladino", se vinculan mis frecuentes redundancias, que han motivado la crítica de algunos lectores, tal vez demasiado "aligerados", y que no piensan en que hay otros más lerdos. Las exige el difícil arte de escribir fácil, como ya lo he dicho en otra ocasión. No pretendo ejercer magisterio, pero no puedo olvidar, como la maestra de grado, que se debe tener en cuenta el nivel medio y no el superior, así que pido a los "más adelantados" que sean indulgentes y más bien que ayuden a los otros en esta tarea en que estoy. Además, redundar es necesario, porque el que escribe a "contra corriente" de las zonceras no debe olvidar que lo que se publica o se dice está destinado a ocultar o deformar su naturaleza de tales. Así, al rato nomás de leer lo que aquí se dice, el mismo lector será abrumado por la reiteración de los que las utilizan como verdades inconcusas.

También es intencionado el paso frecuente de la primera persona del singular a la primera del plural. Aspiro a no ser más que un instrumento de una conciencia colectiva que se hace punta en la pluma del que escribe y que la transición se produzca espontáneamente, según me diluyo, al escribir, en la multitud. El escritor, como el poeta —según dijo Bergamin hablando de Machado, si la memoria no me engaña— no habla para el pueblo sino por el pueblo. Se logra si, diciendo de sí dice de nosotros, y entonces la cuestión se reduce a saber si hay algo más que un cambio de pronombres en este caso.

Además, debe permitírseme esa licencia. En esta lucha larga y no motorizada venimos de un viejo galope... y con caballo de tiro. Cuando me apeo del yo, hago la remuda en el nosotros. Y los dos están sudados.

ZONCERA N. 1. — DE LA MADRE QUE LAS PARIO A TODAS: "CIVILIZACION Y BARBARIE"

Antes de ocuparme de la cría de las *zonceras* corresponde tratar de una que las ha generado a todas —hijas, nietas, bisnietas y tataranietas—. (Los padres son distintos y de distinta época —y hay también partenogénesis—, pero *madre hay una sola* y ella es la que determina la filiación).

Esta *zoncera* madre es *Civilización y barbarie.*

Su padre fue Domingo Faustino Sarmiento, que la trae en las primeras páginas de *Facundo*, pero ya tenía vigencia antes del bautismo en que la reconoció como suya.

En *Los profetas del odio y la yapa* digo de la misma:

"La idea no fue desarrollar América según América, incorporando los elementos de la civilización moderna; enriquecer la cultura propia con el aporte externo asimilado, como quien abona el terreno donde crece el árbol. Se intentó crear Europa en América trasplantando el árbol y destruyendo lo indígena que podía ser obstáculo al mismo para su crecimiento según Europa y no según América".

"La incomprensión de lo nuestro preexistente como hecho *cultural* o mejor dicho, el entenderlo como hecho *anticultural*, llevó al inevitable dilema: todo hecho propio, por serlo era bárbaro, y todo hecho ajeno, importado, por serlo, era civilizado. Civilizar, pues, consistió en desnacionalizar —si Nación y realidad son inseparables—".

Veremos de inmediato, en la *zoncera* que sigue —*el mal que aqueja a la Argentina es la extensión*— cómo para esa mentalidad el espacio geográfico era un obstáculo, y luego, que era también obstáculo el hombre que lo ocupaba —español, criollo, mestizo o indígena— y de ahí la autodenigración, y cómo fueron paridas y para qué convertidas en dogmas de la *civilización.*

Carlos P. Mastrorilli en un artículo publicado en la revista *Jauja* (noviembre, 1967) analiza dos aspectos esenciales de la mentalidad que se apoya en esa *zoncera*:

"En la íntima contextura de esa mentalidad hay un cierto mesianismo al revés y una irrefrenable vocación por la ideología. Por el mesianismo invertido, la mentalidad colonial cree que todo lo autóctono es negativo y todo lo ajeno positivo. Por el ideologismo porque prefiere manejar la abstracción conceptual y no la concreta realidad circunstanciada".

El mesianismo impone civilizar. La ideología determina el cómo, el modo de la civilización. Ambos coinciden en excluir toda solución surgida de la naturaleza de las cosas, y buscan entonces la necesaria sustitución del espacio, del hombre y de sus propios elementos de cultura. Es decir "rehuir la concreta realidad circunstanciada" para atenerse a la *abstracción conceptual.*

Su idea no es realizar un país sino fabricarlo, conforme a planos y planes, y son éstos los que se tienen en cuenta y no el país al que sustituyen y derogan, porque como es, es obstáculo.

Que la oligarquía haya creído un éxito definitivo de la *zoncera Civilización y barbarie*, lo que llamó "el progreso" de la última mitad del siglo XIX y los años iniciales del presente, ha sido congruente con sus intereses económicos. Alienada al desarrollo dependiente del país, su prosperidad momentánea le hizo confundir su propia prosperidad con el destino nacional.

Había por lo menos una constatación histórica que parecía justificar el mesianismo y la ideología liberal de la oligarquía.

El problema se le plantea a ésta ahora, cuando el cambio de condiciones internas y especialmente externas, por el aumento de población y su nivel de vida, y la situación en el mercado mundial de la economía de intercambio comercial fundada en el precio, por la economía mercantil, se destruyen las bases de la estructura primaria de intercambio de materias primas por materias manufacturadas, pues así como *hay imperios que pierden sus colonias, hay colonias que pierden su imperio*, cuando dejan de serles necesarias a éste.

Ahora, como ya no puede confundir su éxito pro-

pio y momentáneo con el destino de la gran Nación que parecía aparejado a su prosperidad colonial, piensa en achicar la población, como sus antecesores pensaron en achicar el espacio en la buscada disgregación del Virreynato del Río de la Plata.

Mesianismo e ideología ya no encuentran, como pareció antes, su identificación con el destino del país. La oligarquía se vuelve antimesiánica desde que rechaza concretamente la grandeza al propiciar el achicamiento del pueblo, y su ideología no puede proponer otras soluciones que las de la conservación cada vez más desmejorada de la estructura existente: de este modo se convierte en freno y eso es lo que se confiesa de hecho por sus tecnócratas que solo proponen seguir *tirando* desde que el destino del país colonia está cubierto definitivamente.

Así, pierde el papel promotor que se había asignado mientras se creyó constructora —y esa fue su fuerza— para hacerse conservadora en un país que no debe dar un paso más adelante. Ya lo he dicho también: los progresistas de ayer se vuelven antiprogresistas desde que todo su progreso solo puede realizarse contra la ideología que identifica el destino nacional con sus intereses de grupo.

Pero si esta congruencia circunstancial en el interés de grupo permite comprender el descastamiento de las llamada "élites", impedidas de una visión de distancia por su circunstancial prosperidad que obstó a la comprensión del país en un largo destino —todo destino nacional es largo—, no vale para los ideólogos que aparentan desde una postura popular un mesianismo revolucionario. De titulados democráticos a marxistas, la explicación ya no tiene la congruencia que en la oligarquía y pasa a ser mesianismo e ideología sin una pizca de contenido material. Se trata, como dice Mastrorilli, de una "abstracción conceptual en que no gravita la concreta realidad circunstanciada".

Aquí aparece desnuda, desprovista de toda constatación pragmática, la *zoncera Civilización y barbarie*, según sigue gravitando en la "intelligentzia".

Por la profesión de esta *zoncera* el ideólogo, extranjero o nativo, se siente *civilizador* frente a la *bar-*

barie. Lo propio del país, su realidad, está excluida de su visión. Viene a *civilizar* con su doctrina, lo mismo que la Ilustración, los iluministas y los liberales del siglo XIX; así su ideología es simplemente un instrumento *civilizador* más. No parte del hecho y las circunstancias locales que excluye por *bárbaras*, y excluyéndolos, excluye la realidad. No hay ni la más remota idea de creación sobre esa realidad y en función de la misma. Como los liberales, y más que los liberales que —ya se ha dicho— eran congruentes en cierta manera, aquí se trata simplemente de hacer una transferencia, y repiten lo de Varela: —"Si el sombrero existe, solo se trata de adecuar la cabeza al sombrero". Que éste ande o no, es cosa de la cabeza, no del sombrero, y como la realidad es para él la *barbarie, la desestima.* De ninguna manera intenta adecuar la ideología a ésta; es ésta la que tiene que adecuarse, negándose a sí misma, porque es *barbarie.*

Así la oligarquía y su oposición democrática o marxista disienten en cuanto a la ideología a aplicar, pero coinciden totalmente en cuanto al mesianismo: *civilizar.* Si la realidad se opone a la aplicación de la ideología según se transfiere, la inadecuada no es la ideología de transferencia sino la realidad, por *bárbara.* Los fines son distintos y opuestos en cuanto a la ideología en sí, pero igualmente ideológicos.

Si en las ideas abstractas son opuestos, la *zoncera Civilización y barbarie* los unifica en cuanto son la *civilización.* De donde resulta que los que están más lejos ideológicamente son los que están más cerca entre sí —en cuanto ideólogos— como ocurre cada vez que la realidad enfrenta a todos los *civilizadores.* Entonces se unifican contra la *barbarie,* que es como llaman al mundo concreto donde quieren aplicar las ideologías.

Esto se hace evidente en los momentos conflictuales en que el *país real* aparece en el escenario social o político.

El mismo Mastrorilli en el artículo referido dice: "Sarmiento y Alberdi querían cambiar el pueblo. No educarlo, sino liquidar la vieja estirpe criolla

y rellenar el gran espacio vacío con sajones. Esta monstruosidad tuvo principios de ejecución. Al criollo se lo persiguió, se lo acorraló, se lo condenó a una existencia inferior. Sin embargo los aportes de sangre *europea* que se vertieron a raudales sobre el país no consiguieron establecer una síntesis humana muy distinta de la precedente. Los ingleses —relictos de las invasiones o colonos traídos de la fabulosa imaginación rivadaviana— se agauchaban. Los polacos, los alemanes, los italianos, también. Y a espaldas del régimen colonial se hizo una nueva masa humana que se doblegó sin resistencia ante la potencia de la geografía y la presencia irreductible de lo hispánico como principio organizador de la convivencia".

"*El régimen fracasó sociológicamente.* A partir de 1914 aprendió a contar con una masa popular desconfiada y adversa. En suma: el régimen quiso cambiar al pueblo y no pudo: quiso entregar el espacio inerme y tropezó una y otra vez con algo viviente y cálido que nosotros llamamos conciencia nacional y ellos desprecian como *barbarie*"[a].

[a] Julio Mafud dice al respecto:

"Fue un error irreparable para los primeros pensadores no aceptar, de principio, que la realidad americana no era inferior, sino *distinta*. . ." "Llama barbarie a todo lo que era americano", "no era una actitud de definición sino de rechazo".

Aquí explica el autor el contraste que hay en Sarmiento. Como literato "pinta al gaucho, en *Facundo*, con humanidad y simpatía". Así la descripción enamorada del baqueano, del cantor, del rastreador. Aún del mismo Facundo: "Ve en ellas al hombre grande, al hombre de genio a su pesar, sin saberlo él, el César, el Tamerlán, el Mahoma". Pero propone su exterminio cuando "el gaucho no se ajusta a sus esquemas políticos y militares". Así: "No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos", dice también Sarmiento.

Lo mismo pasa con la religión, con los hábitos, con la geografía, con todo. Es el conflicto entre el país como es y el país como tiene que ser según la ideología. Lo explica también Mafud: "Hay un elemento que es necesario aislar, para comprender los *modus mentales* de esos hombres que

Eso pasó, como dice el autor, desde 1914. Culminó "el 17 de octubre, en la más grande operación de política de masas que vio el país; la muchedumbre estaba compuesta por *cabecitas negras* —restos del criollaje proscripto— pero también por hijos de gringos, polacos y maronitas lanzados contra el régimen con violencia inusitada".

¿Por qué la parte de la "intelligentzia", democrática o marxista, no pudo entender un hecho tan evidente en ninguna de las dos oportunidades? La oligarquía trató de invalidarlo porque sus intereses concretos coincidían con los criterios de *Civilización y barbarie*, pero en otro caso la explicación solo es posible a puro vigor de *zoncera*: incapaz de salir del esquema y partiendo del mismo supuesto histórico de que las masas en el pasado habían expresado solo la *barbarie* frente a la *civilización*, vio en su nueva presencia una simple recidiva. De ahí lo de "aluvión zoológico" y "libros y alpargatas", que son *zonceritas* bisnietas de *Civilización y barbarie* y cuyo sentido permanente supera la insignificancia de los que las enunciaron, pues revelan el modo de

se constituyeron a través de la cultura europea: ésta estaba basada y sustantivada sobre abstracciones". Y agrega Mafud: "Lo único que era específicamente europeo, sin antecedentes en América, era la idea del progreso y ésta solo podía tener vigencia en América si se negaba el pasado y el presente. El futuro era Europa: *progresar era salir de América para entrar en Europa.* De aquí la insistencia de la negación americana y la ansiedad por ser europeos. Esta pauta histórica provocó un método que luego se hizo norma. Se sustituyó la realidad por la abstracción". Es decir, se violentaron las leyes naturales. Trae aquí Mafud una curiosa cita de Martínez Estrada que no puede ser más certera: "Todos nuestros dictadores son, en verdad, restauradores de las leyes naturales".

Esta frase es una prueba más de la canallería intelectual de Martínez Estrada, pues revela como toda su obra la fuga de la realidad y su necesario análisis histórico, buscando otras explicaciones a lo que tiene bien en claro en lo íntimo de su inteligencia: así su horror por los dictadores es un simple acomodamiento a la dictadura intelectual de la "intelligentzia" para asegurarse los provechos de la fama, los premios y "ainda mais", como tantos otros.

sentir de la "intelligentzia" *in totum*, incapaz de pensar fuera de la ideología, es decir de lo conceptual ajeno y opuesto a los hechos propios.

Así, la *zoncera de Civilización y barbarie* se apoya en dos patas y anda, pero cojeando, porque una es más larga que la otra, que es como una pata auxiliar a la que se recurre cuando el régimen está en peligro.

Una ideología apuntala a otra ideología, por más que su signo sea inverso en teoría, porque tienen en común el supuesto mesiánico que cada uno quiere realizar a su manera, pero ambas partiendo de la negación de lo propio. Conviven entre gruñidos y se tiran mordiscones, pero siempre entre *civilizados* que se defienden en común de los *bárbaros*, es decir, del país real. La recíproca tolerancia nace de la unidad *civilización* y se practica de continuo en la común devoción por todas las *zonceras* nacidas del vientre de la *zoncera* madre.

No preguntéis entonces por qué comparten la misma historia que se niegan a revisar desde que revisar importa dejar sin base la *zoncera* generatriz. Destruir ésta implica sustituir una mentalidad hecha partiendo de ella y excluir el mesianismo y la ideología como fundamento de un pensamiento argentino para dar su oportunidad al buen sentido. Ahí, en *Civilización y barbarie*, la zoncera madre, está el punto de confluencia de las ideologías, es decir, de la negación de toda posibilidad para el país nacida del país mismo. Es como si dijéramos la "Unidad Democrática" tácita de que surgen todas las otras.

En *Geopolítica de la cuenca del Plata* (A. Peña Lillo editor, Buenos Aires, 1973), Alberto Methol Ferré analiza la *ahistoricidad* del pensamiento uruguayo. En ninguna parte como allí —recordemos otra *zoncera*: "como el Uruguay no hay"—, se "tuvo una conciencia política eminentemente abstracta". La falsificación de la historia, allá como aquí, se completó con la concepción estratosférica del país en cuanto se excluyeron las causales internacionales de los hechos propios o inversamente se excluyeron los hechos propios de las causales internacionales. Así, dice: "Nos enseñaban una historia de *puertas cerradas*, des-

granada en anécdotas y biografías, o de bases filosóficas ingenuas, y nos mostraron la abstracción de un país casi totalmente creado por pura *causalidad* interna. A esta tesis tan estrecha se le contrapuso su antítesis, seguramente tan perniciosa. Y esta es la pretensión de subsumir y disolver el Uruguay en pura *causalidad externa*, en una historia puramente mundial a secas. Una historia tan de puertas abiertas que no deja casa donde entrar..." "A la verdad, esta última actitud no escribe historia uruguaya, que le aburre, y prefiere vagabundear y solazarse en la contemplación a veces minuciosa de la historia mundial. Nos escindíamos en *pueblerinos* o *ciudadanos del mundo...*". Así, de una *historia isla* pasábamos a la evaporación, a las sombras chinescas de una *historia océano*, donde la historia se juega en cualquier lado menos aquí y aquí lo de cualquier lado. "Esta actividad lujosa —la *historia océano*—, si hoy canaliza disponibles jóvenes iracundos, ayer permitía a nuestra diplomacia pagarse de las palabras proyectándose para dictar cátedra mundial sobre *los derechos humanos y arbitrajes*". Son dos formas del escapismo.

"Interioridad pura o exterioridad pura, dos falacias que confraternizan...". "...¿quiérese mayor lujo que extrapolarse en la historia de los otros?..." "Era una manera de renunciar a hacer historia..." "Por otra parte, ese idealismo externo en su versión de izquierda dimitirá frente a nuestra historia de puertas cerradas, conservadora. Incapaz de criticarla, porque no le interesaba vitalmente, terminaba en los hechos por aceptarla en bloque. No puede darse inconformismo más conformista..." "Así la esterilidad del marxismo uruguayo para decir nada sobre el país, salvo el caso reciente de Trías. Así, el idealismo jurídico romántico, de derecha o de izquierda, son los modos uruguayos de suplir la ausencia de una política internacional real. El rasgo común de *nativistas* y *oceánicos* es que el Uruguay no era problema".

Crucemos de nuevo el río. ¿No estamos en presencia de una situación parecida? Si la falsificación de la historia oficial, presentando la Argentina como

un conflicto entre la *civilización* y la *barbarie,* ha desestimado el conflicto entre lo nacional y lo extranjero desde que el objeto de la historia no es la Nación sino la *civilización,* la izquierda, como tampoco tiene en cuenta lo nacional como causalidad histórica, produce el mismo conformismo que en el Uruguay con la historia oficial. Esta vez para que la historia del futuro dependa exclusivamente de la causalidad externa, generando un escapismo que tiene las mismas raíces antinacionales que, naturalmente, rehúye la construcción propia para trasladarla al escenario de la *civilización.* Por donde vienen a ubicarse, como sus cofrades de la otra banda, en un balcón sobre el mundo que es donde se opera la historia idealizada.

Pero un balcón no es una puerta por donde entra y sale lo propio y lo ajeno, sino un puesto de observación donde se espera que fuera se resuelva lo que hay que resolver adentro, cosa que le conviene a los que ya adentro lo tienen resuelto. De aquí la coincidencia cuando el país real intenta sus propias soluciones y a su manera.

En tren de clasificación, la *zoncera* de *Civilización y barbarie* es una *zoncera* intrínseca, porque no nace del falseamiento de hechos históricos ni ha sido creada como un medio aunque después resultase el medio por excelencia, ni se apoya en hechos falsos. Es totalmente conceptual, una abstracción antihistórica, curiosamente creada por gente que se creía historicista, como síntesis de otras abstracciones.

Plantear el dilema de los opuestos *Civilización y barbarie* e identificar a Europa con la primera y a América con la segunda, lleva implícita y necesariamente a la necesidad de negar América para afirmar Europa, pues una y otra son términos opuestos: cuanto más Europa más *civilización;* cuanto más América más *barbarie;* de donde resulta que progresar no es evolucionar desde la propia naturaleza de las cosas, sino derogar la naturaleza de las cosas para sustituirla.

Para el que ha leído *Los profetas del odio y la yapa* a lhablar de esta *zoncera* no hago más que resumir conceptos allí expresados, pero es necesario reiterar-

los en este libro por lo que se ha dicho de la maternidad de todas las *zonceras*. La aceptación de ésta hace posible la viabilidad de las otras, cosa que se irá viendo a medida que se trate cada una.

Empezaremos por aquellas que por considerarlas hijas mayores van en este capítulo: la que se refiere al espacio y es la de que *"el mal que aqueja a la Argentina es la extensión"*. La otra es la *autodenigración* que va implícita en la consideración de lo humano propio como *barbarie*.

ZONCERA N. 2. — "EL MAL QUE AQUEJA A LA ARGENTINA ES LA EXTENSION"

Fue también Sarmiento quien enunció esta zoncera que está en el primer capítulo de *Facundo.* Veremos, al considerarla, que ella estaba vigente, como la de *Civilización y barbarie,* antes que Sarmiento le diera forma literaria, pues ya regía el pensamiento de directoriales y unitarios. Es que Sarmiento tenía más talento que los otros y supo sintetizar en "principios" el sistema mental de los anteriores unitarios de los que lo separaban solo estilos y modales, cosa que él mismo destacó talentosamente en su descripción del unitario clásico. Difería de ellos, más que en el fondo, en eso de ser a "la que te criaste", a pesar de doña Paula, que lo quiso sacar modosito, y de él mismo, en cuanto se propuso —ya lo veremos— como niño modelo.

Recordemos en obsequio de esta zoncera que un rey de Francia se deshizo del Canadá considerándolo un simple montón de nieve, y que los norteamericanos, que ahora se afanan por asegurar su dominio en el Artico, rechazaron humorísticamente por boca del Presidente Taft el Polo Norte que les ofrecía su descubridor, Peary.

No es un hecho excepcional que un país haya renunciado o negociado un territorio, pero esa política ha estado siempre dictada por motivos circunstanciales. En ningún país ha regido como principio que la extensión en sí se considere un mal; por el contrario, el principio ha sido el inverso, pues el mal consiste en la falta de extensión.

Desde Alejandro hasta Hitler con su "anschluss", pasando por el Imperio Británico, la España *donde no se ponía el sol* y el *destino manifiesto* de los norteamericanos, todos los países han tendido a ampliar su espacio. Y no solo los Imperios, pues los débiles siempre afirmaron su irredentismo de lo perdido; así Italia con su Trento y Trieste, ahora los árabes con lo suyo y con lo suyo los israelíes, los griegos en Chipre. Y volviendo a los Imperios los rusos comunistas —como los rusos zaristas—

con la Mongolia y la Manchuria, en su marcha hacia los estrechos y las fronteras de la India, y los chinos con el Tibet..., y Andorra y San Marino con algunas casas de la vecindad.

Solo nosotros, los argentinos, hemos incorporado la idea del achicamiento como un bien necesario en nuestra política territorial. Relacionad esto de que "el mal que aqueja a la Argentina es la extensión" con lo de "la victoria no da derechos" o lo de "la libre navegación de los ríos" que vendrá más adelante, y percibiréis toda una política cultural de indefensión, de incapacidad intelectual para concebir la grandeza sobre la base de pueblo y territorio y sobre un concepto tradicional de soberanía [a].

¡Oh, sí! Gastad en aviones, en tanques, en cohetes, en formaciones militares y navales, pero al mismo tiempo sembrad estas zonceras y habréis comprobado la indefensión que se nos crea, la incongruen-

[a] Es interesante constar la opuesta actitud del periodismo de la Argentina y el de los países vecinos. Cualquier actitud afirmativa de nuestra soberanía provoca inmediatas imputaciones imperialistas en el periodismo de los vecinos, que no hallan su réplica en el nuestro. Fuera de que todo esto comprueba la existencia de una política antiargentina dirigida desde el exterior, y unificada por encima de los limítrofes, este silencio del periodismo local, por lo menos para contestar las imputaciones de sus colegas, revela además de que está bajo la misma dirección la actitud correspondiente a la zoncera que comentamos. Así, por ejemplo, desde 1955 cualquier movimiento de la flota o la gendarmería dentro de nuestras aguas o territorio es una actitud imperialista de los "gorilas". De 1945 a 1955 las mismas cosas eran actitudes imperialistas del peronismo. También interesa señalar frente a estas dos posiciones de la prensa chilena, que mientras los "gorilas" en épocas del peronismo se hacían eco de esos disparates hostiles al país, los reproducían y hasta difundían los libros de los profesionales agentes de la inculpación, como un tal Magnet, ampliamente conocido y financiado, aquí los peronistas nunca han utilizado esos ataques del país como pretextos.

Una de dos: o los peronistas tienen mejor conciencia nacional porque han superado la zoncera, o los otros utilizan la zoncera con malicia. Yo creo que es lo primero por la evidente superioridad intelectual del común sobre lo que se llama "intelligentzia".

cia de toda política nacional cuando ésta reposa en la previa derrota sembrada en el espíritu de los defensores, por la escuela, la universidad, el libro, las cátedras, la radio, la televisión y los propios institutos militares, navales y aeronáuticos, que comienzan por subestimar el propio territorio.

Entonces comprenderéis que un Vicepresidente de la República, Julio A. Roca, haya dicho que "la Argentina forma parte virtualmente del Imperio Británico", y que otro Presidente, el general Aramburu, haya sostenido que el imperialismo no existe en la Argentina, en un mundo conmocionado por las fricciones recíprocas entre los imperios o de los imperios con los países dependientes. ¿Cómo puede comprender las formas sutiles de la política moderna de derogación de la soberanía quien profesa la grosera y elemental aceptación de la disminución de territorio y pueblos por la aplicación sistemática y reiterada de esta zoncera? [a]

De esta zoncera en adelante se le enseña al argentino a concebir la grandeza solo como expresión económica, cultural e institucional, pero se le sustraen las bases objetivas, el punto de apoyo necesario que es la tierra y el pueblo argentino. Inútilmente buscaréis en el mundo un país que profese tal principio. Tal vez en Babia. ¿Somos babiecas los argentinos?

Alguien ha pretendido que Sarmiento solo se proponía en esta zoncera señalar las dificultades materiales que la extensión implicaba, tal vez olvidando que expresamente él iniciaba el achicamiento excluyendo la Patagonia de nuestro espacio.

Pero el sanjuanino tenía por delante el ejemplo de los Estados Unidos, modelo al que se remitía constantemente. ¿Y qué era la extensión de los territorios del Río de la Plata por comparación del que buscaron como suyo los del modelo? A principios del siglo XIX aquéllos eran pobladores de apenas una estrecha faja sobre el Atlántico y el Golfo de México, y fue cuando en el "Destino Manifiesto" afir-

[a] Y este Roca era hijo del otro, que salvó la Patagonia. Pero éste fue "más educado". ¿Por eso?...

maron su voluntad de expresión; las dificultades eran mucho mayores porque se trataba de territorios que habían descubierto y colonizado franceses o españoles y muchos de los cuales formaban parte de México. Así, mientras el modelo iniciaba la "marcha hacia el Oeste", conquistando lo ajeno, los imitadores practicaban el *repliegue* —recordad el término por lo que viene después— en todos los rumbos para achicar el espacio heredado por los argentinos.

Tal contrasentido no puede explicarse simplemente por el soborno, por la debilidad o por falta de patriotismo. Solo en el dilema de *Civilización y barbarie* encontraremos una explicación congruente de este achicamiento querido y buscado[a].

[a] Sarmiento, en "Crónica", 11 de noviembre de 1849, Santiago de Chile, dice:

"Es preciso reconcentrar sus fuerzas en poco espacio para tener poder, es preciso aumentar la población para ser fuerte y entonces imponerle la ley a los vencidos". La consecuencia es que había que dejarse vencer para poder ser vencedores después, principio que no se concilia muy bien con la zoncera de que *la victoria no da derechos*, pero que sirvió para achicar el país y ofrecerle la Patagonia a Chile.

¿Y esta imagen de Sarmiento imponiendo *la ley a los vencidos* —a los países cuya separación promoviera— cómo se concilia con el Sarmiento que nos han vendido?

Esta cita la trae Rojas en *El Profeta de la Pampa*, mostrándolo como contrafigura de Rosas, quien hubiera dicho, siempre según Rojas: "Es preciso conquistar Tarija, Magallanes, Montevideo y Paraguay".

Pero en el caso de Rosas se trató de no perderlos; en el de Sarmiento, de conquistarlos después de haberlos perdido deliberadamente, pues se trata de una estrategia: retroceder para avanzar después. ¿Cuándo, cómo y por qué?

Rosas era el "imperialista" argentino, como lo será después otro, simplemente porque se opone a otros imperios. No acepta la disgregación como hecho definitivo, pero solo lucha para que no se ahonde y consolide y espera de la voluntad de los pueblos la unificación en el interés común. Sarmiento es el que habla de vencerlos después de haber contribuido a crearlos a expensas del conjunto. Es que su sistema no es el "sistema americano" de don Juan Manuel, sino el europeo de los conquistadores. En última instancia achica para hacer Europa; después de hecho Europa en

Lo importante no era constituir un país, según las leyes de la naturaleza y la historia, sino realizar la *civilización* [a].

Realizar la *civilización* era hacer Europa en América, empresa tanto más fácil cuanto más Europa y menos América fuera el espacio. Así, disminuir la extensión resultaba desamericanizarse, fin perseguido, para reducirse al espacio apto para una rápida civilización europea. Estorbaban el desierto, las montañas gigantescas, las selvas impenetrables, los ríos indominables, mientras una parcial extensión del territorio, la de la "pampa húmeda", ofrecía la fácil perspectiva de una rápida creación de Europa en América, o mejor dicho, de una prolongación de Europa sobre ella.

Achicar era reducir los obstáculos geográficos. Y era al mismo tiempo reducir los obstáculos humanos.

La pampa húmeda, escasamente poblada, no ofre-

América habrá que hacer como Europa, conquistar, que es el criterio que aplicó Mitre en la guerra del Paraguay, pero conquistando para los Braganzas.

[a] En *Ejército y Política, la Patria Grande y la Patria Chica* hago un paralelo destinado a cotejar las dos distintas políticas territoriales y de población que han presidido la conducta del Brasil y la Argentina, y digo:

"En 1907 Euclydes Da Cunha contempla el espectáculo de la Argentina agrícolo-ganadera moviéndose en su progreso a un ritmo acelerado, pero no le asusta el ritmo más lento del Brasil, y dice: 'Léase la historia de la Confederación Argentina después de la fase tumultuaria de la Independencia y resultará, en nítido relieve, este contraste con la nuestra: nosotros tuvimos que formar en un largo esfuerzo de selección telúrica el hombre para vencer la tierra; ella tuvo que transformar y vitalizar la tierra para vencer al hombre' ".

Agrego que nosotros no decidimos por la urgencia achicando el espacio y sustituyendo al hombre; ellos se dedicaron a agrandar su espacio y a adecuar su hombre. Dos políticas opuestas, una de corto plazo y otra de dimensiones históricas. Nosotros nos dedicamos a hacer la *civilización contra la barbarie.* Ellos se dedicaron a hacer el Brasil con *civilización y con barbarie* sobre la propia realidad. Ellos se movieron en medidas concretas nacionales, nosotros en medidas conceptuales abstractas y municipales concretas.

cía tampoco obstáculos de población a la rápida europeización que había de hacerse a través del aporte inmigratorio. En cambio los pueblos preexistentes en el interior americano, españoles, criollos, indígenas, mestizos, se resistían al cambio urgente que la creación europea en América les imponía como una sentencia condenatoria de su destino y echaban el peso de su resistencia y de su inercia en la balanza del poder. Así, a los obstáculos geográficos y culturales del trasplante europeo, se agregaban factores políticos, económicos y sociales, que exigían romper el poder de éstos —apoyados en la gran geografía americana— en el momento histórico en que la revolución industrial y el desarrollo de los medios de transporte abrían un horizonte ultramarino a los intereses litoraleños que miraban hacia Europa.

Veremos ahora, en sucesivas zonceras, cómo la desintegración del territorio original fue acompañada de zonceras complementarias con que aún continúa justificándose la *pedagogía colonialista*, y sirven para mantener la desestimación del espacio como factor básico de la Nación.

Pasemos así a las zonceras que sirvieron y sirven para explicar cada una de las desintegraciones territoriales, por aplicación del principio de que la extensión es un mal [a] [b].

[a] Vamos a comprobar cómo aún ahora actúa subconscientemente el hábito de pensar según esta zoncera.

Está usted en su propio confesionario y solo ante usted mismo. Pregúntese cómo reaccionó cuando un *grupo de muchachones*, el "Comando Cóndor", hizo su incursión a las Islas Malvinas o cuando voló hasta ella Miguel L. Fitzgerald: ¿se sintió solidario con la aventura o solo simuló sentirlo de dientes para afuera? ¿O en realidad consideró molesto el hecho?

Pero vamos a objetivizar el *test* utilizando a un tercero.

El almirante Guzmán, que ostenta con el título de Gobernador de la Tierra del Fuego el de las Islas Malvinas, viajaba como pasajero del avión al que el "Comando Cóndor" obligó a desviar el rumbo.

¿Conoce la anécdota?

María Cristina Verrier, integrante del "comando", le preguntó al almirante Guzmán.

—"Señor Gobernador de las Islas Malvinas, ¿le gustaría pisar en las mismas?"

—"Sería mi sueño —contesta el Almirante.

—"Le advierto que dentro de poco usted podrá hacerlo, pues en este momento el avión pone rumbo a las Islas".

El Gobernador sonrió galantemente, pero dejó de hacerlo cuando pudo comprobar que el avión se internaba mar adentro. Entonces se puso serio... muy serio.

Según la información periodística, el Gobernador se desprendió del cargo y lo pasó al Comandante de la Nave. Lo positivo es que en ningún momento intentó un acto de posesión y jurisdicción; por el contrario, y sin ninguna protesta formal, ni acto de afirmación de su "imperium", desembarcó en el territorio de su gobierno y tomó relación con las autoridades británicas, como si hubiera descendido en la Luna o en Trapalandia.

No pretendo dictar normas, pero se me ocurre que pudo tomar el mando del grupo y hacer la afirmación que "los Cóndores" pretendían, o cualquier otra cosa, pero de ninguna manera ratificar con su posición pasiva la dominación británica. Y mucho menos quedar después en el cargo de Gobernador de las Islas Malvinas que había resignado de hecho al aceptar sin protesta los actos de poder del Gobernador británico.

Es cierto que de hacerlo hubiera comprometido su posición oficial y tal vez su situación en la carrera. Tal vez también hubiera tenido que compartir la cárcel con "los muchachones" del "Comando Cóndor". Pero la vida es así, y los hombres muchas veces, sin comerla ni beberla, se encuentran frente a la responsabilidad de la historia. El Gobernador Guzmán era además almirante y estaba obligado a jugarse en ella. Prefirió salvar su gobernación y su retiro. Allá él. Además, ningún colega le pidió el "famoso tribunal de honor".

Pero olvidemos la gobernación y el grado, circunstancia calificante. Considerémoslo como si se tratara de un simple ciudadano argentino.

Entonces la única explicación que surge de su conducta es esa desaprensión inculcada en el argentino de que nuestra reivindicación de las Malvinas es solo cosa formal, de dientes para afuera, porque se trata de un territorio más en un país al que le sobra territorio, *tanto que su extensión es un mal.*

¿Pesó la zoncera en su conducta?

Es la única explicación.

¿Quiere usted hacer un *test*?

Propóngale a esta gente de la "intelligentzia" de izquierda a derecha, la hipótesis de una guerra por un motivo territorial, o cualquier otro de soberanía. La rechazará indignado, cuando no se reirá frente al despropósito.

Y sin embargo este sujeto, pacifista hasta la médula, es el mismo tipo que en las dos grandes guerras del siglo ha exigido que abandonásemos nuestra neutralidad e interviniéramos en las mismas, y aún hoy está dispuesto a ver con complacencia el envío de fuerzas nacionales al exterior para la defensa de la "civilización occidental". O se opondrá, pero en este último caso por razones ideológicas, tampoco nacionales. Simplemente porque simpatiza con los otros.

Esa es la mentalidad de *Civilización y barbarie*, que excluye todo motivo nacional porque lo nacional para él es lo ideológico, lo institucional, pero referido siempre a su modelo. El país suyo, su patria o la razón de motivos formales ajenos a su ser geográfico, humano y su destino propio. Lo estamos viendo en relación al espacio; en el capítulo II lo veremos en relación al hombre.

[b] Conviene tener presente que el momento de la Independencia, el grueso de la población estaba radicado de Córdoba al Norte y mirando a Potosí, que era su centro económico. No solo era más numerosa la población, sino que más fuertes los elementos culturales españoles, indígenas y mestizos correspondientes a la *barbarie*. Esto explica la idea de Belgrano de construir una monarquía incaica, porque atendía la realidad del momento, y a la necesidad de atraer las masas más numerosas y que además eran las que libraban —de Tucumán hasta la frontera con el Perú— la guerra más dura y encarnizada, que ahora se ha borrado de nuestra historia conforme a los fines de la falsificación [1]. La idea de Belgrano era discutible, pero no pueril, como nos dicen ahora para complementar la imagen de don Manuel como un "buenazo" con todas las implicancias de zonzo que ello apareja, y que es la que nos dan desde la escuela.

Al falsificar la historia se falsifica la geografía haciéndonos confundir la actual, que es lo que se salvó de *Civilización y barbarie*, con la de ese momento. Su límite Norte no estaba en la Quebrada de Humacuaca ni en el valle de Orán, sino en el lago Titicaca. El país de entonces bajaba de Potosí a Córdoba, recostándose hacia la cordillera en Catamarca, La Rioja y Cuyo y abriéndose apenas unas leguas al Este de Santiago del Estero. Córdoba era la cintura donde se apretaba en un ancho de pocas leguas entre la frontera del indio —que fluctuaba de Río Cuarto a Melincué y la frontera también india que desbordaba el Salado del Norte— para subir por Santa Fe y enlazar con el país del litoral en la Mesopotamia, la Banda Oriental y gran parte del Río Grande y caer hacia el Sur hasta las costas del Salado bonaerense.

Las nuevas condiciones, con la incorporación de las pampas al mercado mundial, van a determinar un nuevo equilibrio en que el Litoral pasará a primer plano, y esto está en la inercia de los acontecimientos. Pero la *civilización* quiere ganar tiempo al tiempo, lo que es legítimo si la urgencia no es contra natura. Otra cosa es cuando se la quiere crear artificialmente y se sacrifica el equilibrio para romperlo a favor de una construcción ideológica, que es lo que se hace.

Se pierde espacio para ganar tiempo, pero en el tiempo corto. En el tiempo largo lo así construido y que ha contrariado la geopolítica que creó el Virreynato termina por hacer sentir los efectos de la destrucción, no solo de las posibilidades del gran país de todos, sino de los que resultaron de la disgregación. Porque así Bolivia en realidad son dos países —el del trópico, bajo y vegetal, y el de la alta montaña mineral con sus poblaciones distintas e incomunicadas que se articulaban antes por la Quebrada de Humahuaca y Orán—, en la economía general de un país grande con todos los recursos. Igual ocurrió con la Banda Oriental que, desprendida y aislada de la unidad donde se integraba, resultó lo que estamos viendo: un país en que, pasado el interés de quien promovió su formación, se encuentra con las vías naturales de su expansión cerradas y con la responsabilidad dramática de ser, como dice Methol Ferré, la piedra clave de la bóveda con que la política británica armó lo heterogéneo sobre la destruida homogeneidad platense.

Nota de nota.

[1] Manuel José Cortés, en su *Ensayo sobre la Historia de Bolivia*, nos dice: "No hay en el Alto Perú, ciudad, aldea, bosque ni montaña en que la sangre americana no haya corrido mezclada con la sangre española. De más de cien caudillos que se levantaron, solo dos tomaron partido por los españoles, y solo nueve sobrevivieron a la guerra de la Independencia: todos los demás perecieron, unos en el patíbulo y otros en el campo de batalla. Se los ha borrado de nuestra historia como si pertenecieran a una historia ajena en la maliciosa política histórica que a más de justificar la disgregación quiere que se olvide el hecho que señalo: que la guerra más dura de la Independencia fue esa que ya no es de nuestra historia".

ZONCERA N. 21. — EL HOMBRE QUE SE ADELANTO A SU TIEMPO

Como el prócer no acertó en una sola de sus fantasías concebidas y ejecutadas a destiempo —es decir, cuando las condiciones se oponían a las mismas—, la enseñanza oficial invirtió los términos y en lugar de proponer a Rivadavia como *el hombre que actuaba a destiempo*, lo propuso como *el hombre que se adelantó a su tiempo* de manera tal que del desacuerdo de las cosas de Rivadavia con el tiempo tiene la culpa el tiempo y no Rivadavia. Y también los que actuaron a tiempo.

Lo de *el hombre que se adelantó a su tiempo* es también de Mitre y dicho en la misma oportunidad de la *zoncera* anterior.

Es como si dijéramos que el tiempo estuvo mal porque llovió cuando nos olvidamos el paraguas, y no nosotros, que no llevamos el paraguas cuando llovía.

José de San Martín dijo de Rivadavia en su carta a Palazuelos: "Este *visionario*... queriendo improvisar en Buenos Aires la civilización europea con solo los decretos que diariamente llenaban lo que se llama Archivo Oficial". Y no solo hace un juicio, pues trae los datos al caso: "Tenga usted presente lo que siguió en Buenos Aires por el célebre Rivadavia que se empleó solo en madera para hacer andamios para componer la fachada de lo que llaman Catedral, 60.000 duros; que se gastaban ingentes sumas para contratar ingenieros en Francia y comprar útiles *para la construcción de un canal de Mendoza a Buenos Aires*; que estableció un Banco donde apenas había descuentos; que gastó 100.000 pesos para la construcción de un pozo artesiano al lado de un río, en medio de un cementerio público, y todo esto se hacía cuando no había un muelle para embarcar y desembarcar los efectos, y por el contrario deshizo y destruyó el que existía de piedra y que había costado 60.000 pesos fuertes en el tiempo de los españoles; que el Ejército estaba sin pagar y en tal miseria que pedían limosna los soldados públicamente; en

fin, que estableció el papel moneda, que ha sido la ruina de aquella República y los particulares". El general San Martín se quedó corto. Pudo agregar que Rivadavia fundaba la Escuela de Declamación y Acción Dramática, y encargaba a la Academia de Medicina y Ciencias Exactas formar una colección de "geología y aves del país" y describía las funciones de la Escuela de Partos que debería estudiar "las partes huesosas que constituyen la pelvis; el útero, el feto y sus dependencias: la vejiga, la orina y el recto". A la vez fundaba "la Casa de Partos Públicos y Ocultos y la Sociedad Lancasteriana". (José María Rosa, *Historia Argentina*, tomo III, pág. 365, ed. Granda, Buenos Aires, 1964).

Todo esto mientras estábamos en guerra con el Brasil y faltaban los recursos para la misma que se distraían también utilizando las fuerzas reclutadas para la guerra exterior en la lucha interna para imponer un sistema político que repugnaba al país. (Cuando Lamadrid destinó las fuerzas aportadas por las provincias para la guerra con el Brasil, a imponerse a las mismas provincias.)

Imaginad ahora que Churchill en aquel momento en que dice que solo puede ofrecer a los británicos "sangre, sudor y lágrimas" se hubiese *adelantado a su tiempo* y en lugar de preocuparse de alianzas, cañones, aviones, tanques y soldados, se hubiese dedicado a los átomos para la paz, a la redacción de un nuevo código rural, a la importación de nuevas variedades ganaderas, a hacer ochavas en las esquinas de Londres —que ya se las hacían los alemanes— o a la construcción del túnel subterráneo bajo el Canal de la Mancha. Seguramente los ingleses lo hubieran sacado a patadas, como ocurrió aquí con nuestro prócer, pero además harían lo posible por borrar su recuerdo como una vergüenza para las generaciones futuras. Con seguridad no hubieran construido la imagen del *hombre que se adelantó a su tiempo.* Pero eso solo prueba que los ingleses son ingleses y que aquí hay muchos argentinos... que son ingleses u otra cosa, y que ellos manejan la *pedagogía colonialista.* Y que los que aplican el

buen sentido cuando se trata del extranjero, en lo nacional se atienen a la *zoncera*.

Tan cierto es esto que el mismo Mitre corrobora que *el hombre que se adelantó a su tiempo* era simplemente un macaneador a destiempo.

Por ahí se le escapa en la misma arenga. Es cuando dice: "Años después Rivadavia leía en el destierro *La Democracia en América*, de Tocqueville (años después de ser gobernante, es decir, de haberse *adelantado a su tiempo*). Continúa Mitre en su famosa arenga diciendo que entonces "Rivadavia tuvo la revelación plena del sistema de gobierno que convenía a los pueblos libres. Tan abierto estaba siempre su espíritu a las demostraciones de la verdad que al hablar de su obra con sus compañeros de desgracia decíales con la humildad y sinceridad del hombre convencido: *Es necesario confesar que éramos unos ignorantes cuando ensayamos construir la República en nuestro país*".

De manera que si Rivadavia hubiera leído a Tocqueville antes de ser presidente, se habría comportado de otra manera, y no como un ignorante.

¿Y éste es según su propia confesión *el hombre que se adelantó a su tiempo*, cuando resulta que estaba atrasado hasta en las lecturas? ¿Y de manera también que dependió de un librito y su lectura el destino que para el país proponía Rivadavia? ¿Veis ahora por qué lo reverencian los ideólogos de toda laya?

¿Si hubiera leído a Tocqueville se habría *adelantado a su tiempo* o hubiera *actuado a tiempo*? ¿Qué hubiera ocurrido con este genio si llega a leer *Mein Kampf* o *La Revolución dentro de la Revolución* de Debray? El general Mitre no lo dice, ni se lo palpita, pero basta esto de Tocqueville para explicarse cuál es el ideal de gobernante que se propone a los argentinos a través de la *zoncera*, el individuo que forma su pensamiento con las paparruchas de un librito importado y que desconoce el tiempo y el terreno donde opera. Tan se lo propone como modelo que al *hombre que se adelantó a su tiempo* se lo llama *el primer hombre civil de la tierra de los argentinos*.

Pero ésta es otra *zoncera* también inventada por Mitre en la misma ocasión[a].

[a] Rivadavia no fue el único que *se adelantó a su tiempo.* El viejo Cantaluppi, chacarero de mis pagos, la pegó en una cosecha, allá por los años 20. En esa época los almacenes de ramos generales eran los que bancaban a los chacareros a cambio de reservarse el acopio de la producción, con lo que saldaban sus créditos contra éstos. Cuando quedaba algún margen para la chacra, se apuraban a encajarle "novedades" para que empezase endeudado el nuevo año.
Así fue como le vendieron a Cantaluppi la primera heladera eléctrica que llegó al pueblo.
Contando con ella, el viejo Cantaluppi retardó hasta principios del verano la matanza de sus dos chanchos anuales, pues contaba con la refrigeración para mantener frescas las morcillas —famosas morcillas a la vasca, a la piamontesa, etc., dulces, saladas, picantes, con arroz, con pasas, etc., y demás variantes—.
Invitó a sus amigos del pueblo para la tradicional morcillada y aquí vino el drama pues al abrir la heladera se descubrió que todo estaba podrido.
Tampoco Cantaluppi había leído su Tocqueville, es decir, el prospecto en inglés que acompañaba a la heladera, que era importada. Así, ignoraba que la heladera eléctrica funciona con electricidad, cosa que lógicamente faltaba en la chacra.
La heladera y las morcillas podridas de Cantaluppi dieron tema para todo el año. Los chiquilines, cuando el viejo entraba al pueblo con su Ford de bigotes, le gritaban: —"¿Está *calda* la heladera, Cantaluppi?" Lo "cargaban" en todas partes, y más en la casa de ramos generales que le había vendido el aparato, hasta que un día el viejo metió la heladera en el de "bigotes", la bajó en la puerta del almacén y la hizo chatarra con el martillo pilón de la herrería de al lado.
Pero nadie dijo en el pueblo que Cantaluppi era *el hombre que se adelantó a su tiempo.*

. . . .

En todas las escuelas cuando la maestra pregunta: —"¿Quién fue *el hombre que se adelantó a su tiempo?*", los niños contestan a coro: —"¡Rivadavia!"
En mi pueblo no lo preguntan, pues puede haber algún niño malo (revisionista) que conteste: —"¡Cantaluppi!"

5

DE LA "LEY DE VAGOS" AL ALUVION ZOOLOGICO

CONTINUAMOS CON EL RADIOGRAFO DE LA PAMPA

De la "ley de vagos" al obrero industrial

Veamos ahora cómo el desplazamiento de las capas más pobres de la sociedad —esas migraciones provocadas por las transformaciones económicas—, es acompañado por fenómenos políticos y sociales, en todo el curso de nuestra historia. Y de paso, señalemos como un hecho histórico la incomprensión de la mayoría de los intelectuales que se creen "progresistas" porque han leído cuatro libros y aprendido unas pocas fórmulas de importación, pero se vuelven airados contra las tentativas populares para que el nuevo orden económico las comprenda en sus beneficios, si los hay, o por lo menos no las deje fuera del cuadro de la producción.

Dejemos la palabra a Juan Alvarez: "Por falta de método en los estudios, el pasado argentino parece como un confuso amontonamiento de violencias y desórdenes y es general la creencia de que millares de hombres lucharon y murieron en nuestros campos por simple afección hacia determinados jefes y sin causa alguna que obrara hondamente sobre sus intereses, sus derechos o sus medios de vida actuales. El despectivo *South America* viene a ser de este modo una creación de los mismos sudamericanos. Buena parte del error emana de atribuir más importancia al aspecto externo de los hechos que a la investigación de las causas. Es como si se confundiera el detonante con la sustancia explosiva. Casi siempre actuó a modo de detonante un jefe militar o un caudillo y quienes lo seguían exteriorizaron

"Continuamos con el radiógrafo de la pampa" constituye el capítulo II de *Los profetas del odio y la yapa.* Tomado de la 3ª edición, Buenos Aires, Peña Lillo, 1967.

el propósito de elevarlo a la primera magistratura; por ello aparece la revolución como resultado de la voluntad del caudillo; pero con el mismo criterio podría asegurarse que el alza o la baja de los precios depende exclusivamente de los rematadores. En efecto, los intereses o aspiraciones de un solo hombre no explican la actitud de las muchedumbres mejor que las aspiraciones e intereses de esas muchedumbres. ...La adhesión al jefe nace de la ineptitud de las masas para reformar la legislación o el estado de cosas que motiva el estallido; le obedecen, como seguirían las órdenes del médico para curar la enfermedad que no atinan a combatir por sí mismos. Hay sitio, sin duda, para la sugestión del que manda y el afecto del que se deja arrastrar; estos dos elementos no bastan por sí solos para determinar un estado crónico de guerra social".

Tal dice Juan Alvarez en *Las guerras civiles argentinas* (pág. 4). Juan Alvarez es figura de primera línea en los cuadros acatados intelectualmente. Aunque su pensamiento ha sido poco difundido, a su persona se le dio rango de primera línea. No olvidemos que en la crisis del año cuarenta y cinco se recurre a él para formar en el intentado gobierno de restauración oligárquica. Recientemente su memoria ha sido objeto de homenajes por el actual gobierno, pero se cuidarán de no cumplir el mejor y más útil: la difusión de su pensamiento escrito.

En el párrafo que acabo de transcribir va implícita la condenación del método de nuestra "intelligentzia" y esa falsa historia destinada a habituar al argentino a la idea de que todo lo que aquí ha ocurrido desde que el primer unitario degolló al primer federal, o viceversa, es solo el producto de nuestra "incultura social", y de que nuestra historia se desarrolla en la estratósfera sin que incidan sobre ella todos los factores externos que gravitan en los demás pueblos.

Hable usted con esos "cultos" y le explicarán minuciosamente qué hay detrás de los bandos que dividen a Egipto o al Irak, a los turcos o a los congoleses; hasta sabrán explicarle qué sutiles diferencias separan a republicanos de demócratas en los Estados

Unidos. Pero no traslade el problema a su país e intente develar los factores en juego, porque aquí es un simple problema de alfabeto o de virtudes domésticas. Y peor será si se le ocurre intentar otra interpretación, porque inmediatamente le darán una interpretación libresca, según el último catálogo, y sin tomarse el trabajo de pasar la vista sobre el medio que lo circunda.

Pruebas al canto

Veamos solo los títulos de los siete capítulos que componen el libro de Martínez Estrada: Libro I. — Los espíritus elementales de la tierra (*Fausto*, de Goethe). Libro II. — Fafner, Mime y los Gnomos (*El anillo de los Nibelungos*, de Wagner). Libro III. Koros, Hybris, Ate (Toynbee). Libro IV. — Las vidas paralelas (Plutarco). Libro V. — El destino es la Política (*Napoleón*: Diálogo con Goethe). El hombre "Zoo Político" (Aristóteles). Libro VI. — El Capital y el Trabajo o la Lucha de Clases (*Manifiesto Comunista,* Marx-Engels). Libro VII. — Los Daimones del Alma (*El Yo y lo Inconsciente*, de Jung).

Recuerdo que el autor está intentando explicar un hecho argentino. ¿Para qué más comentario?

Sigamos con Juan Alvarez como contrafigura.

Como éste nos ha explicado la génesis de los caudillos, nos explica el desplazamiento de la población motivado por el cambio en la forma de producción y comercio, subsiguientes a la aplicación del libre cambio como consecuencia de nuestra separación de la metrópoli española. Estos desplazamientos, como el que señalé anteriormente, no son cosa nueva, pero han pasado inadvertidos a nuestra "cultura", que no ha intentado resolverlos en beneficio del hombre argentino.

La libertad de comercio y la "ley de vagos"

Así dice Alvarez (pág. 13): "Precisamente el interior constituía por entonces la parte más poblada y rica del Virreynato de Buenos Aires y el litoral la

más atrasada y pobre. Puede estimarse que a principios del siglo XIX, sobre cerca de un millón de habitantes —población total— correspondieron unos ciento treinta mil a la Intendencia de Buenos Aires, sesenta mil a la del Paraguay, doscientos veinte mil a la de Córdoba y Salta y el resto a la del Alto Perú".

Nos señala más adelante las caídas de las industrias del interior, frente a la competencia de la mercadería importada por Inglaterra con ventajas de flete y producción en gran escala —y hasta dumping— a las consiguientes alteraciones de las economías regionales y su conformación social, con el nomadismo y las emigraciones que fueron sus consecuencias. Vemos también cómo el progreso en un sentido es el antiprogreso en otro, pues lo que benefició a los importadores del puerto de Buenos Aires y a los propietarios de la tierra del litoral, por la valorización consiguiente, se tradujo en el pauperismo del grueso de la población radicada en el interior. Entonces como ahora los teorizadores de una República Ideal se empeñaron en ignorar la naturaleza social y económica del fenómeno y hasta el fenómeno mismo, para considerarlo como un problema de cultura, suprimiendo al hombre como inadaptable. Recientemente he leído un artículo de uno de estos teorizadores, aconsejando la conveniencia de llevar los coyas de nuestra alta montaña a lugares donde sean más útiles, como unidades económicas, sin consideración alguna a las condiciones fisiológicas-históricas de los mismos, que lo impiden; mucho más prudente sería si tuviera que pensar en sus posibles ganados, para cuyo caso consultaría las conveniencias del sujeto y del medio [a].

[a] A Héctor Maya, ex Gobernador de Entre Ríos, en la "Tiranía sangrienta" le he oído un refrán paisano, de los suyos, recogidos de la sabiduría popular: "plantas de sur a norte, animales de norte a sur", donde en una fórmula simple se enseña la relación entre los seres vivos y el clima, pero de la que los eruditos prescinden cuando se trata de los hombres, si estos hombres son tan insignificantes como los "coyas", cuyos organismos tienen una adecuación que corresponde a una altura y un clima determinado.

Dice Alvarez: "Acreciose al mismo tiempo el rigor contra los gauchos, que persistían en sus hábitos anteriores, hasta llegar al decreto del 30 de agosto de 1815: Todo hombre de campo que no acreditara ante el Juez de Paz local tener propiedades, sería reputado sirviente y quedaba obligado a llevar papeleta de su patrón, visada cada tres meses, so pena de conceptuárselo vago. Importaba también vagancia para el sirviente transitar el territorio sin permiso del Juez; los así declarados vagos cumplirían cinco años de servicio militar o dos años de conchavo obligatorio la primera vez, y diez la segunda, en caso de no resultar aptos para las fatigas del ejército". Esta resolución fue dictada por el Gobernador intendente de Buenos Aires, según consta en el Registro Oficial de la Nación y ha estado vigente en la práctica hasta hace menos de setenta años[a].

Martín Fierro cantaba cosas que sus oyentes habían vivido, pero que la historia oficial de nuestros educadores ignora cuidadosamente, y así los comentaristas de Hernández suelen ser como los admiradores de Betinotti mucho "pobre mi madre querida" y lágrimas para el difunto, pero siguen aplicando la misma norma para sus contemporáneos, y en cuanto alguno quiere afrontar el problema es puro hallarle pelos en la leche y recurrir al viejo sistema, cuando las circunstancias apuran[b].

[a] Sobre este tema los ya citados artículos de Manuel García Soriano y especialmente Gastón Gori en "Vagos y mal entretenidos" (Ed. Colmegna, 1965). Este último trae bastantes antecedentes, aunque el trabajo esté escrito con las deformaciones típicas del mitro-marxismo, en la forzada adecuación de los hechos al esquema de la historia oficial, adoptado por el zurdismo, y que se analiza más adelante. Así es como sobre frases aisladas de Sarmiento hace aparecer a éste casi como un defensor, de los "bárbaros" para cuya destrucción adoctrinó sistemáticamente.

[b] Hay muchos "tradicionalistas" que propician el monumento al gaucho pero se oponen al "Estatuto del Peón". Es que una cosa es el gaucho muerto y otra el gaucho vivo.

Abunda la gente de esta laya.

La Nación del 19 de marzo de 1967, en sus "Voces de Provincia" publica lo que transcribo:

Así han ocultado los escritos políticos y sociales de Hernández, como el pensamiento de Guido Spano, disimulado tras los renglones llorosos de "Nenia", igual que las rectificaciones o aciertos de Sarmiento.

"*El olvidado 'mensú'*. Falta un monumento que, haciendo justicia, evoque su legendaria figura, sirviendo también como testimonio de que, en la injusta organización social de la explotación del hombre por el hombre, es el explotado el que al final queda en el recuerdo de la gente de bien. Monumento que podría levantarse en la alta barranca de las cercanías del Puerto de Posadas, mirando a ese río que una vez lo navegó aguas arriba todavía ebrio de caña, mujeres y música, todavía animoso y cantando sobre la cubierta y proa, polkas como 'Chendárecoi la culpa rojaitú yepé...' ('Yo no tengo la culpa de quererte tanto...').

"Abrió picadas en la selva que luego serían caminos, fundó campamentos que luego serían prósperas poblaciones; con su sudor y con su sangre contribuyó a cimentar el progreso de Misiones.

"La gesta de este primario héroe anónimo de la enconada lucha contra un medio inhospitalario merece tal recordación".

Invito al lector a que busque en la colección del mismo diario lo que decía sobre el "mensú" cada vez que "la legendaria figura", como dice ahora, "intentaba hacer valer sus derechos humanos..." en ocasión de los conflictos sociales del Alto Paraná. Adhiero a la idea del monumento, pero reclamo que en el pedestal se transcriban en lápidas los juicios contemporáneos de la prensa colonial y las páginas de Rafael Barret en defensa del "mensú" cuando era "mensú" vivo...

Así Rafael Barret escribía mientras se iba extinguiendo el pueblo nativo de donde salieron los "mensú":

"Los departamentos de Yerbales, de Ygatinú, San Estanislao, se han convertido en cementerios. Treinta años de explotación han exterminado la virilidad paraguaya entre Tebicuary Sud y el Paraná. El Tucurú-Pucú ha sido despoblado ocho veces por la Industrial. Casi todos los peones que han trabajado en el Alto Paraná desde 1890 a 1900 han muerto. De trescientos hombres sacados en Villa Rica en 1900 para los yerbales de Tormenta en el Brasil no volvieron más de veinte. Ahora se rafla por las Misiones argentinas, Corrientes, Entre Ríos".

Julián S. Bouvier dice sobre Misiones: "Así se mató a casi toda la juventud paraguaya. Así se mató a la juventud

Alberdi y el mismo Echeverría, para acomodarlos en la línea ortodoxa del mitrismo.

Volvamos a Alvarez: "Paréceme que esta explicación de los hechos permite comprender por qué, de Artigas a López Jordán, hubo permanentemente en nuestro país millares de hombres descontentos y dispuestos a rodear, con una popularidad que no conoció la guerra contra España, a cuantos se alzaron contra el gobierno autor de las nuevas fórmulas económicas".

He aquí una pintura del pasado lejano que corresponde al pasado cercano que he descrito en el capítulo anterior. La "intelligentzia" de ahora, como la de entonces, frente a la tesis propuesta por la realidad, opone la antítesis de su fantasía (o del interés foráneo que representa) y se vuelve iracunda y abominadora cuando alguien intenta la síntesis sobre los únicos elementos con que puede hacerlo: los de esa realidad.

La verdad es que, así como el interior se vio obligado a la emigración y el nomadismo en el pasado argentino, los veinte millones de argentinos actuales no caben en los cuadros de una economía pastoril que está cubierta con siete u ocho. No caben en las condiciones de la producción anterior y menos en un agrarismo tecnificado. No pueden volver al

misionera de Santa Ana, Candelaria, Corpus, Cerro Porá, San Ignacio, Posadas... Por allí andan los hombres de Núñez y Gibaja y de Domingo Barthe, pasando el rastrillo sobre los hombres sanos y atrayéndolos con el espejismo del anticipo, contrata que empieza con dinero para gastarla en caña y prostitutas". Hay la marca de una yerba, la Flor de Lys que "inmortalizó" el apodo de una prostituta que sirvió de gancho a la contrata de los que marcharon monte adentro bajo el látigo y el Winchester del "capanga" y que no pudieron nunca volver, librados del anticipo...

Pero nada de esto fue publicado en los grandes diarios cuando era oportuno pensar en el hombre y no en la estatua. Entonces el pionero era el empresario y su "capanga"... nunca el "mensú" cuya protesta se ahogaba en sangre con el pretexto del anarquismo, que era el usado entonces en nombre del patriotismo...

campo y su único horizonte es la guerra social, si el país no se recobra de este mal paso y vuelve a encarrilarse por la ruta de la transformación necesaria. La única solución es la que se ha dado: la transferencia del exceso de campesinos a la producción urbana; más aún, es la única solución del mismo campo, cuya única base seria de consumo es el alto nivel de vida proletario y la apertura de mercados nuevos, que no condicionen nuestra producción al mantenimiento de una economía de factoría. Por otra parte, la ciudad es el mercado natural de la agricultura diversificada e intensiva, que nos liberará de esa angustia colonial que oscila entre el miedo a perder las cosechas por los factores climáticos y el temor de no poder venderlas, si éstos le son favorables. De más está decir, por añadidura, que este fenómeno de la emigración campesina es universal.

Parecen cosas de Perogrullo. Pero encarar el problema importa enfrentar el destino que se nos tiene asignado en los cuadros extranjeros y al que sirven los teorizadores de la "intelligentzia".

Otra vez libros y alpargatas

Se esmera Martínez Estrada, con intención peyorativa, en establecer la continuidad histórica del proceso que dio origen al partido federal primero, al radicalismo más tarde, y por último al movimiento popular de 1945. Está en la línea de "Civilización y barbarie". ¿Cuándo no? ¿Qué extrañar entonces que donde nosotros encontramos el enfrentamiento de opresores y oprimidos, de minorías extranjerizantes y mayorías nacionales, de coloniales y emancipadores, él solo encuentre el de libros y alpargatas, el d e"cultos" y "bárbaros?"

Citemos a Martínez Estrada: "Al verter en las ciudades a la población rural, en las fábricas a los peones de campo —en las fábricas y en los arsenales— injertó en un cuerpo de por sí anémico como era nuestro proletariado urbano, un elemento retardatario y estabilizador, como lo es el campesinado en

todas partes del mundo. La esclavitud de la gleba, que se dice en la lengua poética de los agitadores, se convirtió entre nosotros en la servidumbre de los pastores o del rebaño político en masa. No liberó con ello al campesino de su ancestral y proverbial esclavitud a la tierra sino que sometió a servidumbre campesina al obrero de fábrica y almacén".

¿Pero de dónde cree esta alquitarada flor de tara que han salido los demás obreros del mundo a medida que se desarrolló la industria? ¿De un fermentario socialista, de una biblioteca o de un laboratorio? Para qué seguir: no puede ser más evidente la capciosidad destinada a sostener que el país debe estratificarse en la forma de producción que conviene al coloniaje.

Estamos otra vez en la famosa oposición de libros y alpargatas que inventó Ghioldi, uno de la misma laya con el resultado que era de prever: las masas populares hicieron del agravio una divisa.

Al hombre que no es un intelectual, y por eso razona según el orden de la naturaleza, se le ocurre que en el orden de las demandas humanas, que es el mismo, están primero las alpargatas que los libros. El fuego debe calentar de abajo, dice Fierro, y la cultura debe ir precedida de zapatos, ropa, frazadas y pan. Pero la tradición de la "intelligentzia" argentina es al revés, porque su amo imperial es vendedor de ideas, y lo que quiere comprar barato es lo que los "cabecitas negras" pretenden consumir [a]. Estos pensadores son de la misma

[a] Hace varios años en la Sección Literaria de *La Nación* se publicó una nota de un periodista español radicado en Perú que hacía un paralelo entre Joaquín Costa, político y polígrafo español, con nuestro Sarmiento. Se los identificaba por cuanto Costa tenía como divisas DESPENSA Y ALFABETO, y Sarmiento ALFABETO. Este es un sofisma deliberado pues precisamente representaban lo contrario. Costa ponía como condición previa de la alfabetización, la despensa; Sarmiento se olvidaba de ésta esperando que de la alfabetización surgiera la despensa, lo que es invertir el orden de la naturaleza pues "la cultura" requiere primero, o siquiera paralelamente, resolver las condiciones de existencia del que la va a recibir.

índole de los médicos que le proponen complejos vitamínicos al que está necesitando un churrasco y de los que dan conferencias a los santiagueños en lugar de agua corriente: con agua corriente y cuarenta

El "primus vivere" no es solo para los filósofos; vale también para los chiquillos subalimentados y desnudos. La educación debe apoyarse sobre sus bases naturales, como cualquier hecho de cultura tanto por razones fisiológicas como por razones exclusivamente culturales que exigen una relación de fines a medios.

Un estanciero muy rico de la provincia de Buenos Aires quiso mejorar las aptitudes hogareñas de las mujeres de los puesteros y les enseñaba a tejer, pero como era muy "amarrete" no les compraba agujas ni lana, y así empezó por el punto cadena que les enseñaba juntando el índice y el pulgar de la mano izquierda y pasando por el aro así formado el índice de la mano derecha. Inténtelo usted y verá que no enseña a tejer, pues lo que resulta es una safaduría.

Pero la referencia de *La Nación* se reitera, porque todas estas maliciosas deformaciones pedagógicas tienen cabida en sus columnas. Ahora mismo, mientras escribo, acabo de leer en el número dominical del 12 de marzo de 1967 un artículo de León Halperin titulado "La promoción social de la educación en países europeos", donde relata la importancia de la enseñanza técnica en el Viejo Continente para terminar con lo siguiente:

"Cierro esta nota con la mención de algunos párrafos de un editorial del diario *ABC* de Madrid del 1 de diciembre pasado".

"La clave del desarrollo reside en la educación de los pueblos. En una reunión del Consejo de Europa se lanzó este grito subversivo: ¡Ministros de educación, uníos contra los ministros de hacienda! *La economía comienza siempre por el alfabeto*".

Se trata de desviar hacia un conflicto financiero pedagógico, el problema básico económico-cultural cuyo punto de partida es la situación social, es decir, el hombre que ha de ser receptáculo de la enseñanza. Mejor haría el señor Halperin en decirnos qué han hecho esos países de Europa previamente a la enseñanza técnica, promoviendo el levantamiento del nivel de vida y las condiciones de producción para que la enseñanza técnica no sea como la del punto cadena del estanciero citado.

Promover la enseñanza técnica sin crear paralelamente las condiciones de aplicación de la técnica es fabricar técnicos

grados de temperatura la gente se baña a pálpito y sin necesidad de iniciación cultural. Perdóneme el lector si mis reflexiones son un poco pedestres; no encuentro modo de desasnar estos inteligentes que no sea sacándolos por la oreja del ámbito de mentiras solemnes y recíproco bombo en que actúan.

Cultura y nivel de vida

Si hubiera sabido mirar habría visto cómo ese campesino fue cada día más un obrero; al principio a ese hombre, al que la miseria consuetudinaria había privado de otras necesidades que las elementales, le sobró el dinero y lo dilapidó en pañuelos de seda, en perfumes o en discos fonográficos: varias generaciones de criollos, a través del nieto de Martín Fierro, compraban sueños cuando compraban chiches. Habría visto después cómo fue vistiendo mejor, in-

para la emigración, o para que decoren la salita con un título inútil, y alfabetizar niños cuyos hogares no estén en los niveles de vida correspondientes a la alfabetización es como levantar agua con horquilla. Todas las escuelas mecánicas que hay en el país no han producido el 1 por mil de los torneros que produjo el desarrollo industrial que en pocos años convirtió peones de "pata al suelo" en obreros especializados, y todas las escuelas y facultades de comercio y economía no pudieron divulgar elementales conocimientos de los negocios y de las actividades comerciales, que ahora son conocimiento común de los argentinos gracias a una etapa de expansión que se vivió. No se trata de que la enseñanza técnica no sea necesaria, pero es inútil si no están dadas las condiciones para su efectividad, como no se trata de no alfabetizar, sino de alfabetizar sobre una sociedad en condiciones de recibir el alfabeto y ponerlo a su servicio.

Aquí está la trampa de la pedagogía colonialista. Impedir el desarrollo de nuestra cultura y barnizar al mismo tiempo el país de una apariencia cultural; desvincular la cultura de la vida concreta, para que sea un adorno, una decoración de "pega" que oculta y hasta impida obrar a los factores verdaderos de la realización cultural desde su base propia y necesaria.

Esta referencia parece un poco larga, pero es útil para comprender la técnica de la colonización pedagógica.

troduciendo mejoras en su hogar, alimentándose racionalmente, graduando sus diversiones a medida que las nuevas necesidades a satisfacer crecían con su cultura de consumo, que solo puede lograrse sobre bases económicas. Paulatinamente fue entrando en los consumos de la cultura. Hable, señor Martínez Estrada, con uno de esos hombres; posiblemente ignorará a Goethe, a Toynbee, a Plutarco o a Jung —esa erudición deslumbrante de nuestro macaneador——, pero conocerá mucho mejor que Ud. los problemas de su sindicato y los de la sociedad en que vive, las incidencias de la modificación de los cambios en su economía familiar y en la de la Nación, y sobre todo quiénes son y dónde están sus enemigos. Esas "acémilas", como las llama amablemente, se encontraron en un momento con un exceso de numerario que no sabían gastar ni ahorrar; pero el ausentismo en las fábricas, que fue su consecuencia, fue desapareciendo a medida que las necesidades de la cultura reclamaron esos excedentes de salario [a].

[a] Con motivo del actual registro de extranjeros supuestamente destinado a controlar la inmigración clandestina. se ha podido constatar cómo predominan en gran parte de las llamadas "villas miserias" los nativos de los países limítrofes de más bajo nivel de vida, pues sus primitivos pobladores de origen provinciano a medida que fueron aumentando sus recursos adquirieron nuevos hábitos y nuevas necesidades de consumo, en razón de lo cual han ido poco a poco trasladándose hacia las modestas construcciones del Gran Buenos Aires. Lo mismo ocurrirá con los nuevos ocupantes, a falta de una solución más acelerada a cargo del Estado, pero solo en la medida en que los recursos faciliten la creación de necesidades, un nivel más alto de cultura, es inseparable del económico, que le es previo. Pero esto mismo no se resuelve de un día para otro porque el mejoramiento económico debe anteceder con el espacio de tiempo suficiente para que incida en la modificación cultural, difícil de realizar en una sola generación.

Es una particularidad que he señalado muchas veces, que en los países de inmigración los hijos educan a los padres, porque éstos se crían en un medio más propicio al desarrollo cultural en razón de la mejor base económica y social que encuentran en su infancia. Lo que sucede con la población procedente del interior o de los países limítrofes america-

El obrero principiante y torpe se fue perfeccionando con la costumbre de la técnica, y "el cuerpo anémico del proletariado urbano" se vigorizó hasta dar por resultado organizaciones sindicales con un poder y una disciplina tal que siguen existiendo, cuando destruidas implacablemente, ya no queda vestigio de su apariencia formal. Aún para las "acémilas" se ha dicho que las cargas se acomodan sobre la marcha y es siempre así en la historia no escrita por pazguatos.

Añora el señor Martínez Estrada el plácido sindicalismo ideológico con italianos baratos, importados a granel. Pero ahora Italia no manda aquel inmigrante, sino estos "tecnici" exigentes, que hemos visto estos años últimos por las calles de Buenos Aires, con su cartapacio bajo la axila, en que con una sugestión de planos se enconde el gigantesco "sandwich" de milanesa.

nos sucedió respecto de la inmigración masiva procedente del mediodía de Europa. Los hijos nacidos y criados en un mejor standard de vida traían de la escuela y de la convivencia con sus compañeros normas, ejemplos y hábitos que iban transformando a los padres; éstos, por sus hijos, iban paulatinamente adquiriendo necesidades y gustos propios de un nivel de cultura distinto al que sus padres habían conocido. En este sentido hay que carecer de capacidad de observación para no percibir, aunque más no sea en el ambiente de los "cabecitas negras" que ya llevan años de asentamiento, en la vestimenta de las criaturas, el contraste con la que a la misma edad llevaban los padres en sus lugares de origen. Es que no es "moco de pavo" afrontar el problema de sociedades enteras en las que durante más de cien años la miseria absoluta fue el signo, y se creyó que curarla era un simple problema de alfabeto, invirtiendo el orden natural que es pan, techo, ropa, y después alfabeto. O simplificando, trabajo, es decir despensa, y después educación. Como decía Joaquín Costa, y no como creía Sarmiento y siguen creyendo los sarmientistas. En la tan usada fórmula de "Dios, patria y hogar" también se invierten los términos, queriendo hacer de Dios y Patria cómodos sucedáneos que excluyen la responsabilidad de la creación de las condiciones básicas del ascenso espiritual de un pueblo. A éstos también les cabe lo que es inútil decirle a los liberales: "a Dios rogando pero con el mazo dando". Y lo están diciendo las encíclicas.

La lanza, la Libreta de Enrolamiento y el carnet sindical

Volvamos a la línea histórica que señala el mismo Martínez Estrada: Federal, Radicalismo Yrigoyenista y Revolución de 1945.

Recogemos con orgullo lo que para Martínez Estrada es despectivo. Es muy clara esta filiación que arranca desde los días del Partido Federal. Lo era también para el radicalismo de Yrigoyen —en quien hasta venía de raza— hasta que éste dejó de ser yrigoyenista y fue captado por los "galeritas" quienes le deformaron el estilo, el pensamiento y los orígenes. Los que han quedado en el radicalismo, fieles a las líneas iniciales, y las nuevas promociones, lo reconocen, aunque con una timidez explicable en quienes por coincidencias tácticas eventuales han tenido que compartir las propagandas de corte foráneo que han nutrido su acción de los últimos años, y la reverencia que se han visto obligados a profesar a los órganos de opinión, a los intelectuales y a los próceres del entreguismo. Aún recuerdo risueñamente el horror de las "galeritas" cuando nos encontrábamos con ellos en la Recoleta, para rendir homenaje a Yrigoyen, y de vuelta dejábamos unas flores sobre la tumba de Facundo, tan cercana —¡ay!— a la del general Alvear.

Debe haber sido mucha la confusión introducida por las "malas juntas" para que un hombre viejo como Ricardo Caballero, en su libro *Yrigoyen y la Revolución de 1905* —tan sabroso de anécdotas y hechos vividos— se desoriente en lo contemporáneo y después de establecer la filiación histórica de su partido, no reconozca al mismo pueblo que pasa ante sus ojos. Lo mismo le sucede a Félix Luna, joven y enjundioso escritor radical que viene rastreando desde Los Llanos, "tras la sombra terrible de Facundo", la huella de las multitudes argentinas para perderla en cuanto llegan al afirmado y se derraman por las calles que corren entre las altas paredes de las fábricas [a].

[a] En 1966 el mencionado autor ha publicado "Los caudillos" y ha logrado ya identificar las multitudes federales

¡Qué fácil, sin embargo, le hubiera sido seguir su rastro y percibir cómo la lanza, el sufragio y el sindicato señalan sucesivamente los tres momentos de su historia! Porque fuera de esos tres momentos no tienen historia. Perdida ya la memoria de las multitudes federales, ellas reaparecen en la escena con el Radicalismo que es su cauce de protesta y esperanza. Si el hombre del ayer remoto valió un hombre porque valía una lanza, este hombre del sufragio valió un hombre porque valía un voto. Dejó de ser cosa despreciable para el patrón, para el Juez de Paz, para el comisario, porque la Libreta de Enrolamiento le dio cotización en las jerarquías humanas. Y tuvo padrino, porque al patriarca extinguido lo vino a suplir el caudillo de campaña o de barrio, que no lo sobornó tanto como se ha dicho, sino que lo respaldó en las desigualdades de la igualdad solo formal de la ley, y le resolvió los mínimos

con las que "se derraman contemporáneamente por entre las calles que corren entre las altas paredes de las fábricas". Ha comprendido también por qué *el caudillo es el sindicato del gaucho.* Espero que pronto comprenda la falsedad del esquema civilización y barbarie que es el disfraz de lo antinacional y lo nacional, y se deje de buscar una transacción, que todavía cree, puede ser síntesis. Bastará con entender bien a los caudillos que lo vieron a Rosas como esa síntesis de equilibrio entre el litoral, favorecido por su incorporación al mercado mundial en las condiciones del siglo XIX, y el interior con una estructura económica de autosatisfacción, cuya vigencia había que conservar para hacer la integración del país.

Es cuestión de que el nuevo revisionismo queme los últimos mitos de la historiografía liberal y afronte el análisis histórico con el realismo político con que los caudillos reivindicados comprendieron a Don Juan Manuel, como expresión de síntesis circunstancial. Esa, que Urquiza después, no supo o no quiso ser, cuando abandonó a sus hombres para encerrarse en su ínsula entrerriana como señor absoluto, usufructuando el monopolio de los beneficios de la "civilización", con una sensualidad que hubo en el Palacio de Concepción del Uruguay, y no en la casona de Palermo. Porque Urquiza de político devino estanciero, y Rosas de estanciero devino político.

Lo primero es prosperar y lo segundo "jorobarse", como el mismo Don Juan Manuel lo dijo.

problemas que son gigantescos para el desamparado: el entierro del deudo, la cama del hospital, la arbitrariedad policial, la prepotencia del poderoso, la receta del médico y esa farmacopea del caudillo que son las muestras gratis; fue tiempo de postulantes en la administración pública, de paternalismo a lo Jackson, dice Martínez Estrada, y de beneficencia colectiva. Martínez Estrada señala los efectos pero no las causas generadoras del mal y olvida también que con horror de toda la "cultura" —tengo presente los editoriales de la "prensa seria"— por primera vez los jefes sindicales entraron a parlamentar en la Casa de Gobierno con los gerentes de las empresas. Fue tiempo de agudas luchas sociales, y anota Martínez Estrada los errores, cuidando de silenciar los aciertos, que fueron muchos más.

La llegada del radicalismo al poder coincidió además con una nueva tentativa del país para salir de la economía colonialista de signo agropecuario; fue el comienzo de la industrialización, favorecida por la guerra 1914-1918 y por algunas sabias medidas proteccionistas —como el cierre de la Caja de Conversión y la devaluación monetaria consiguiente— y comenzaron entonces las primeras emigraciones de los suburbios de los pueblos de campaña hacia los centros fabriles en formación.

Nuestros académicos en democracia y derecho político —pudiera ser uno de ellos Carloncho Sánchez Viamonte, ese pícaro Don Juan de constituciones— debaten con pintoresca seriedad la cuestión del sufragio como problema de cultura, rehuyendo su significación social; por eso ignoran que la posesión de la Libreta de Enrolamiento le dio a los hijos del país, juntamente con una jerarquización social, la conciencia de su responsabilidad en el destino nacional. Conviene además señalar aquí cómo el radicalismo de Yrigoyen recogió en el mismo cauce que a las muchedumbres criollas de ascendencia federal, a las nuevas promociones procedentes de la inmigración, cuyos hijos, constituyentes de una nueva clase media, no tenían cabida en los cuadros de la política contemporánea. Esa absorción hecha por el Yrigoyenismo impidió que se cumpliera lo que ha-

bía planificado el sonzaje intelectual: el país como un campamento de colonias extranjeras, separadas entre sí, llenas de pequeñas rivalidades y conservando sus usos y costumbres originarias. Los que hemos vivido y observado desde principio de siglo, recordamos la entrada a los Tedeums de las fiestas patrias, con el choque inevitable, por cuestiones de rango, entre los abanderados de la Sociedad Española de Socorros Mutuos y los de la Porta Pía, y aún entre los de la Porta Pía, mazzinianos y masones y los de la Príncipe di Nápoli, devotos del "Re galantuomo". Las peleas de los 14 de Julio entre Bonapartistas y Gambettistas, que exhumaban para esa fecha sus viejas pasiones políticas junto con los "jaquets" y las levitas arratonadas. Los hijos se desprendieron de las preocupaciones de sus padres y los profesionales recién egresados, los herederos de los almacenes de ramos generales o de las chacras, y los empleados, se dieron a una idea por la que entraban en lo nacional. Solo que esto no fue muy profundo, pues conspiraba contra ello toda esa "cultura" argentina a que me estoy refiriendo, sembrada desde la escuela, la cátedra, el libro y el periódico. Se desligaron de la formación de sus padres, pero como argentinos se les ofreció el híbrido producto que estoy comentando. Esa falta de base nacional hizo posible la desnaturalización del radicalismo —sobre la que ahora parece se intenta reaccionar— en cuanto murió Hipólito Yrigoyen, que vivió en permanente lucha con los deformadores. Cuando él murió solo quedó una etiqueta vacía de contenido que entró al mercado de la transacción imperialista. Un pequeño núcleo de hombres recogió su consigna, tan amarga en la boca de un viejo: "Hay que empezar de nuevo". Así nació F.O.R.J.A.

Vino la "década infame". El fraude desvalorizó el voto y con él la Libreta de Enrolamiento; con esa desvalorización el hombre común quedó reducido a cosa del montón. Con la complicidad de Socialistas primero y de Radicales después, se sancionó la serie de leyes que denominamos "Estatuto Legal del Coloniaje" con que se intentó frenar la evolución del país.

Pero, en 1945, las multitudes volvieron al escenario. La última guerra mundial dio una nueva oportunidad para que el país saliera del esquema agropecuario. Las previsiones establecidas para impedirlo se debilitaron ante las exigencias imperiosas del aprovisionamiento imperial, y los cuantiosos márgenes de utilidad; la atención vigilante de la política imperial estaba absorbida por exigencias más inmediatas. Con el desarrollo industrial comenzó la demanda de brazos y la ocupación en aumento fortaleció las organizaciones sindicales. Estas crecían paralelamente al desarrollo industrial y el hombre del común venía empujando otra fuerza a la que la oportunidad le daba poder: el sindicato. El movimiento político que integró su programa con tres banderas: soberanía, liberación y justicia social, expresaba por un nuevo instrumento, con la presencia del pueblo, en el escenario, las mismas viejas demandas de la historia. El hombre, al rescatar el sufragio rescataba la dignidad ciudadana de que lo había privado el fraude. Pero esta vez un nuevo instrumento estaba en sus manos para dar vida a la esperanza de todos sus días y sus noches: el sindicato.

La escuela histórica se iba cumpliendo: la lanza, primero; la Libreta de Enrolamiento, después; ahora el carnet sindical.

El plan institucional

Ya sabemos lo que pasa ahora con el sindicato. Veremos lo que pasará después con el sufragio.

Dos experiencias históricas han enseñado a nuestros colonizadores que cada vez que el pueblo está presente en el Estado, deja éste de ser su instrumento, para serlo de la Nación. Han comprobado también que los grandes movimientos de opinión son difícilmente controlables y que son mucho más dóciles los partidos minoritarios.

Estamos así en presencia de una reforma institucional en marcha. Se empezará por la representación proporcional cuyo objeto es dislocar las fuerzas his-

tóricas representativas de lo nacional, para facilitar la tarea de los ideólogos y los pequeños grupos, disociando lo popular. Los gobernantes no serían así el resultado de fuerzas históricas, de mayorías nacionales unificadas en un pensamiento, sino de combinaciones de trastienda, de tomas y dacas dirigidas por los gestores del interés extranjero[a]. Se complementará esto después con el sistema de gobierno parlamentario, para que, disminuida la autoridad del Poder Ejecutivo, éste sea el resultado de los "caucus" parlamentarios, pendiente cada Ministro y cada funcionario de satisfacer a los innumerables líderes de minorías, manejadas desde la sombra. Se restablecerá la dictadura jurídica de un poder judicial intangible —única autoridad permanente y cierta en el nuevo sistema— para que con el manto de una Constitución elaborada de exprofeso im-

[a] Como se ve, ya en 1957 anticipó el establecimiento de la representación proporcional, con el objeto de impedir la existencia de fuerzas políticas históricamente responsables y unitivas, disgregando la representación legislativa y la composición de los colegios electorales para favorecer las combinaciones de trastienda, como si no bastaran el fraude o la interdicción de las fuerzas mayoritarias. El objetivo anunciado se cumplió después: era la constitución de gobiernos débiles, marginados del consentimiento popular, y cuya vigencia dependía solo de su aceptación por determinados factores de poder, generalmente de impulso extranjero. Esta construcción artificial impide la creación de gobiernos de grandes líneas y de continuidad histórica y es lo que ahora descubren las Fuerzas Armadas que los respaldaban, y uno de los argumentos justificativos de la actual Revolución. Pero se sigue insistiendo dentro de ella en creer que el problema consiste en la estructuración formal del aparato gubernativo, porque sigue predominando la mentalidad unitaria que atiende a las formas y no a la sustancia. El problema y la solución está en la existencia de un consentimiento que arquitecture la voluntad del ser con su presencia actora. El consentimiento es el que da el título y la eficacia, y no las formas destinadas a canalizarlo, desvirtuándolo. El hombre es el hombre y no el traje con que se viste, y el buen médico no mira las ropas, sino al sujeto en calzoncillos, cuando no desnudo del todo. Es la cuestión del ser y no la del cómo ser, según pretende la sofisticación jurídica.

pida con sus fallos la validez de cualquier ley favorable a la liberación argentina.

Disminuidas las facultades del gobierno nacional, so pretexto de federalismo, volveremos al sistema de las oligarquías provinciales, intangibles, que hicieron decir a Yrigoyen: "Las autonomías son para los pueblos, no para los gobiernos". Un federalismo de "boquilla" que ahora tiene de campeones a los elementos de ASCUA, con Erro por capitán, que desde luego se cuidará de no remover las causas económicas del unitarismo, pues esto importaría remover las bases de la estructura colonial que lo ha generado.

Dentro del plan hay un plan económico, hay un plan cultural, hay un plan institucional. Lo que dije sobre el Plan Prebisch, cuando apareció, ya está plenamente confirmado en lo económico. Lo que digo del plan institucional está confirmándose sobre la marcha [a].

Por ahí dicen que Dios es criollo. No hará falta recurrir a la dramática invocación de Darío. Todo esto es antihistórico y es el sueño imposible de un Imperio en agonía y sus instrumentos. Lo histórico es esta Nación, camino del futuro.

[a] Recuerdo al lector que esto se publicó en 1957 y cómo los hechos han confirmado todas mis previsiones.

EL ALUVION ZOOLOGICO Y LA NARIZ DE REYNALDO PASTOR

El señor Reynaldo Pastor, figura que se mueve en las "conversaciones de alto nivel" del conservadorismo, tiene sus veleidades literarias. Voy a reproducir una página de su reciente libro, titulado *Frente al totalitarismo peronista*, que no trata, como pudiera suponerse, de los coqueteos que tuvo con "el sangriento tirano depuesto" y las sanciones partidarias que recibió, sino que es una tentativa de ensayo sobre temas políticos y sociales.

Esa página es la que con acidulada gracia ha comentado Gobello en otras columnas, y que sigue a continuación, como pintura de una época.

"El turismo oficializado para holgorio de unos cuantos privilegiados, fue un azote descargado sobre el rostro de los pueblos del interior, que tenían el atractivo maravilloso de una vegetación acogedora y de una singular belleza panorámica. Hombres y mujeres de todas las edades, de las más variadas siluetas y tipos, y con abundante superávit de oscura pigmentación, fisgoneadoras e impertinentes, llegaban a los modestos pueblitos del interior, se instalaban durante días en los lugares de mayor tránsito, en las márgenes de arroyuelos cristalinos y rumorosos, haciendo alarde de sus desnudeces y excrecencias adánicas, que para peor de todos los males, eran la contrapartida de la estética, la belleza y el sentido del pudor con que la belleza suele adornar a la criatura humana.

"Así convivían día y noche, en una tremenda promiscuidadé hacían sus necesidades al aire libre, bailaban y escandalizaban durante noches enteras, prendían fogones sin cuidar la vida de las plantas y, por fin, cuando levantaban vuelo, quedaban los emplastos de excrementos, sobras de comidas, papeles sucios, latas y botellas rotas y, sobre todo, quedaba herido el sentimiento de esos sobrios y cultos pueblos, tan apegados a las tradiciones solariegas y tan impreg-

Tomado de *Prosa de hacha y tiza*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1974, 3ª ed.

nados de las costumbres de natural recato y una llana concepción moral de la vida".

Tal la visión escatológica que tiene el señor Pastor de un momento decisivo en la historia social de los argentinos. El señor Pastor es la versión casi masculina de las señoras gordas, que vieron ese mismo momento histórico con los ojos de la señora de Oyuela, cuando el 17 y 18 de octubre de 1945 Buenos Aires estuvo durante dos días completamente en manos de multitudes que venían de la miseria, de la ignorancia, de una postergación secular, y no rompieron una vidriera ni dañaron un foco de alumbrado, sino que se limitaron a celebrar con canciones y con desfiles la concreción de las esperanzas nunca realizadas del Gran Pueblo Argentino, Salud. La señora de Oyuela solo vio, entonces, el espectáculo antiestético de los que, después de haber desfilado durante 48 horas, se "lavaban las patas" en las fuentes de la Plaza de Mayo. Esta señora es católica militante y cree tener asegurado un pedazo de paraíso, que ha pagado en cómodas cuotas litúrgicas, pero le va a ser difícil, allá arriba, explicar a los pescadores que constituyen el tribunal de examen su visión del hombre, tan parecida a la dureza del fariseo o al esteticismo de Pilatos. Porque su idea de la belleza, tan utilitaria, tan material —la fuente limpia o el arroyuelo cristalino— no coincide con la belleza espiritual de que nos hablan las parábolas y la doctrina. Recuerdo a este respecto que me contaron en España que el camarada Buzeta, durante su exilio, les explicaba el movimiento del 45 a los católicos españoles, diciéndoles que esto de los "grasas" se entendía mejor recordando a los "grasas" que acompañaban al "camarada" Cristo. Me parece una excesiva humanización de lo divino, pero de todos modos más aproximada a la verdad que la deshumanización de los esteticistas [a].

[a] Claro que ni la señora de Oyuela ni el señor Pastor poseen el estilo del fariseo, o el fino epicureísmo de Pilatos. Para eso hace falta un estancamiento en la clase, un asiento de buen vino que solo se adquiere con el tiempo; el tiempo necesario para olvidar que "se es lo que se es", que es lo que hace una aristocracia. También en esto

Volvamos al señor Pastor y su escatología.

Es esta una palabreja que se las trae, porque tiene dos acepciones; una, que podríamos llamar teológica, proviene de la palabra griega eskatos, último, y se refiere a los fines últimos del universo y de la humanidad; la emplean los teólogos para designar el Juicio Final y lo que éste debe inaugurar. La otra versión de escatología es la doctrina que trata de los excrementos.

La diferencia entre las dos acepciones de escatología está contenida en sus raíces griegas: la teológica proviene de la palabra griega eskatos, último, y la excrementicia de la palabra griega skatos, excremento [a]. Pero en nuestro idioma se escriben y se pronuncian igual.

Lo que sucede con esta palabra ocurre con la visión del mundo que cada uno tiene, según su disposición natural y cultura. Recuerdo a este propósito una piecita teatral de González Castillo, que se llamaba *Los dientes del perro*; era una parábola alrededor de un perro muerto en las calles de Jerusalén. Los espectadores que lo rodeaban decían: "¡Qué sucio!", uno. "Está podrido", otro. "Debía de estar rabioso", otro, y así sucesivamente.

Pasó Jesús, miró al perro sucio, putrefacto y rabioso, comentando: "Sus dientes parecen perlas".

Así vemos nosotros, los argentinos que tenemos pasión por la patria del futuro, que no cantamos

son malas imitaciones, pues al tilingo le falta eso que los españoles llaman solera, y que, fisgoneando, fisgoneando, el señor Pastor tal vez hubiera descubierto en algunos de los *fuertemente* pigmentados que desprecia y que le llevan mucha ventaja en el origen social.

[a] No se alarme el lector por esta prueba de erudición. Esto lo tomo del Vocabulario Técnico y Filosófico de Lalande. Con unos cuantos diccionarios de éstos se puede pasar por erudito y asombrar a los papanatas. Es lo que hace nuestra gente de la "intelligentzia" que primero junta las citas y después, como si fueran perlas, las van ensartando en el hilo, que es lo único que ponen. Es el fácil arte de escribir difícil. Y esto a lo mejor lo ha dicho otro antes, y entonces tiene valor para los eruditos, que lo que no han ensayado jamás es pensar por cuenta propia.

"sean eternos los laureles" para tirarnos a chanta sobre los laureles que otros consiguieron; que amamos al país en lo que es, en su tierra y en sus hombres, en los que fueron, en los que son y en los que serán; los que sentimos la responsabilidad de realizar un destino, y porque lo sentimos sabemos que ese destino se realizará en la medida en que realicen el suyo sus hijos; y primero que todos, sus hijos postergados, los fuertemente pigmentados que horrorizan al señor Pastor a pesar de su propia pigmentación. También hemos visto y hemos sentido las contradicciones, los momentáneos inconvenientes, los roces, las molestias que ocasionan el ascenso de esas multitudes, y no los cómodos esteticistas, los usufructuarios de lo que otros hicieron, los niñitos de mamá de la economía, de la política, de la cultura. Esos pigmentados son los mismos de las guerras de la Independencia, de la defensa del país frente a la invasión extranjera con quienes pactaban los "niñitos", los conquistadores del desierto que enriquecieron a los abuelos de esos niños con fortunas que todavía usufructúan; los que siguen construyendo el país, ¡sí!, construyéndolo hasta cuando hacen huelga, huelgas que molestan a los niños que viven en huelga permanente[a]. Y que lo construyen hasta

[a] En 1934, en "El Paso de los Libres", hablé ya de la opinión que los tilingos tienen del derecho de huelga.

Pero ellos creen que la huelga
se ha hecho pa descansar;
y como ellos de holgar
se han encargao por los muchos
no quieren tirar el pucho
pa que otro pueda fumar.

Estas cosas eran de actualidad ya hace 25 años; supongo que también hace 2.000. Y aquí otra estrofa del mismo poema, que me parece suena como de ahora:

Hasta que un día el paisano
acabe con este infierno
y haciendo suyo el gobierno,
con solo esta ley se rija,
¡es pa todos la cobija
o es pa todos el invierno!

en el ocio y el amor, sobre todo aquí, ahora, cuando están acriollando definitivamente a Buenos Aires y pigmentándolo de país auténtico.

Vemos así los argentinos que tenemos una visión escatológica, de fines últimos.

Pero hay otra visión escatológica, de excrementos. Es la que tiene el señor Reynaldo Pastor y la documenta en su libro.

Cada uno huele con la pituitaria que tiene y el señor Pastor huele así los acontecimientos históricos porque su nariz está mejor dispuesta para oler lo escatológico excrementicio, que los fines últimos de las acciones y las cosas, que es la otra escatología.

El señor Reynaldo Pastor no es una excepción; expresa simplemente la capacidad de comprensión olfativa de lo argentino, que tienen los tilingos. Es uno en la serie innumerable, que cuando el país no se adapta a sus gustos y comodidades de señoritos, se dejan de cantar el himno, de enarbolar la bandera, para decir: "este país de..." y aquí una expresión excrementicia.

¿Cuántos conoce usted que dicen eso? ¿Hay acaso algún día en que no oiga usted esa expresión en la boca de un imbécil, que, sin embargo, se llena la boca de patrioterismo para defender sus pequeñas ventajas materiales, en ocasiones su simple haraganería mental, su incapacidad para pensar el país, sus hombres, en gran escala, por encima de lo cotidiano, como una empresa de creación, como un sueño de grandeza, como un ascenso total, como la continuación de una labor de esas que se hacen ensuciándose las manos con barro, poniendo ladrillo sobre ladrillo, para pasar después el fratacho y llegar a la pinturita. De esas labores, que se hacen poniendo el hombro todos y sabiendo que la enorme masa de los hombros los ponen esos oscuramente pigmentados, esos hijos del país, que dan su esfuerzo a pesar del sabotaje de arriba, del sórdido egoísmo de los que quieren volver atrás, de su ceguera tam-

Porque hace tiempo que andamos en la huella. Mucho más que algunos de los que le quieren enseñar al pobre a hacer hijos.

bién, porque en su ignorancia no saben que volverán atrás con el país.

El señor Pastor añora, para aquellos pueblecitos y arroyos, el viejo y distinguido turismo oligárquico de las minorías privilegiadas. Esa melancólica añoranza forma parte de la mentira de una supuesta "edad dorada", que la oligarquía y el imperialismo pintan para embellecer la máscara que disfraza un pasado de miseria social y de pequeñez nacional que lo mismo puede ser la "década infame" que aquella exultante fiesta de minorías propietarias y ganaderas del Centenario.

También la añoran las señoras gordas en sus ocios marplatenses, porque la organización de los trabajadores de la pesca y su mejora económica les ha sacado la clientela menesterosa de su beneficencia, que les permite adquirir pedazos de cielo, entre partidas de canastas y bridge y fiestas mundanas. "Mar del Plata se ha puesto imposible con esta gente". Es necesario ir a Punta del Este, ya que las divisas no permiten alternar con Alí Khan y Elsa Maxwell, en Saint Moritz o en Saint Jean les Pins.

Turismo de minorías, que correspondía a miseria de mayoría. Sobre la pobreza general del pueblo, con excrecencias adánicas visibles entre los harapos, pero que entonces no molestaban al señor Pastor y sus congéneres de tilinguería, y la pobreza vergonzante de la clase media que veraneaba en las azoteas, clausurada la puerta de calle para disimular el viaje, dorándose con el sol urbano y sin otro arroyuelo que la canilla del agua corriente.

Le molestan al señor Pastor aquellas multitudes fisgoneadoras e impertinentes, a quienes, sin embargo, él les ha fisgoneado las excrecencias *adánicas* y los *emplastos de excrementos*, con ojos que no tuvo para ver la pobreza de aquellos ranchos humildes, donde nacían los hijos del amor que no se inscribe y llevan el apellido de la madre, todos esos criollos de fuerte pigmentación, en cuya miseria, con unos pesos, consiguió los votos que lo hicieron diputado y personaje político, y que él aborrece porque han pretendido vivir como hombres ascendiendo con el país, en cuya falta de desarrollo estaban sumergidos.

Porque no se engañe, señor Pastor: esa gente de oscura pigmentación que él vio entonces por primera vez, era la misma que había tenido delante de sus ojos siempre, sus paisanos de los *sobrios y cultos pueblos*, que él nunca vio como hombres sino como elementos del paisaje. Con ojos de turista tilingo.

Y a propósito de esto: ¿qué mejor que recordar los sermones del Padre Brochero, allá en su iglesia de la Villa del Tránsito, pueblo culto y sobrio, con arroyuelos cristalinos como los que describe Pastor en su melancólica remembranza?

No lejos quedaba Mina Clavero, allá en Córdoba, detrás de las Sierras Grandes. Las frecuentes visitas del general Roca habían prestigiado las márgenes del Mina Clavero y el Panaolma, con sus aguas impregnadas del aroma y el gusto de la zarzaparrilla. Y estando en Mina Clavero se imponía la visita dominical a la Villa del Tránsito, para conocer su pintoresco y divertido "cura gaucho", aquel de las imágenes primitivas y simples que explicando cómo se derrama la Gracia de Dios decía: "Como la caca del chivo sobre el horno de barro", imagen fácilmente concebible para quienes convivían con las cabras, y cocían su pan en el humilde horno, que era el mismo de los pastores de Galilea.

Llegaban en sulkis y a caballo, con el atuendo de amazonas de la época las niñas, y disfrazados de Gentlemen Riders los caballeros que se apeaban en el atrio para entrar a la iglesia y quedarse en el fondo de la nave. Cuchicheos y risitas, el fino humor que cree tener la tilinguería, molestaban al sacerdote en el oficio y en el sermón.

Y un día les dijo:

—"Yo no hablo para los veraneantes porteños. Yo hablo solo para mis humildes paisanos de la sierra. Buenos Aires se lleva los muchachos al servicio militar, y los devuelve podridos, y las veraneantes de Buenos Aires se llevan las doncellas para el servicio doméstico y las devuelven preñadas".

¿Puede alguien decir más y mejor sobre ese lejano paraíso que nos ha querido pintar Reynaldo Pastor, como contrapartida del turismo social?

Hace muchos años, en un magnífico discurso, Ri-

cardo Caballero también lamentó el cambio del paisaje nativo, en su discurso ya famoso del retorno a Ballesteros, su pueblo natal:

"Vuelvo a esta tierra que me vio nacer, y no puedo decir como el poeta *todo está como era entonces*".

Ricardo Caballero lamentaba entonces la destrucción de la sociedad gauchesca por la invasión gringa. Pero no se alzaba contra la invasión gringa, que venía cumpliendo leyes fatales de transformación económica, sino contra la oligarquía, primero unitaria y después liberal, que aniquiló al gaucho y a la vieja sociedad criolla porque no se avenía a realizar ese progreso y esa transformación por el camino y para los fines planeados desde el exterior. Era la misma protesta de José Hernández, que no era defensa del pasado sino que era el deber argentino de realizar el progreso con argentinos y por un rumbo argentino.

La sociedad criolla fue aniquilada y sus restos eran el miserable pobrerío de esos pueblecitos que nos quieren pintar felices. Cuando los criollos que sobrevivían marcharon hacia los centros industriales, se convirtieron de desocupados en permanente oferta de brazos baratos, en trabajadores fijos, y pusieron su hombro al esfuerzo colectivo, no provocaron ninguna emoción en estos Pastores, también fuertemente pigmentados. Solo una melancólica añoranza como la que puede tener Faruk, en su retiro de lujo, respecto de los campesinos del Nilo o como el recuerdo que puede tener Alí Khan de quienes le paran la olla de sus extravagancias millonarias.

El tema me ha salido bastante escatológico, pero creo haber salvado la escatología preferida por el señor Pastor con la escatología de los fines últimos que está presente en los sueños de los argentinos que aman a su país.

(*Mayoría*, 1º de octubre de 1959.)

6

DISCUSIONES, REFUTACIONES Y RECUPERACIONES

MORAL Y MORALINA EN CAMISETA

A riesgo de ser difuso, quiero explicar de una manera simple la diferencia que, para la vida económica y social del país, significa exportar un producto en materia prima, o exportarlo transformado, y el por qué del interés de llevar nuestra mercadería en la forma primaria de producción, que tiene el comprador foráneo.

Lana sucia y camisetas

Tomemos el caso de las lanas, típico producto de nuestro agro. Si la lana se exporta sucia, tal como viene del establecimiento ganadero, su precio de exportación, disminuido en sí por el monopolio comprador, sólo lleva incorporado el valor de renta de la tierra, del punto de vista capitalista, y el salario del peón ovejero, y los gastos de esquila y transporte al puerto de embarque. Si se exporta lavada, ya queda en el país el costo "lavado", si hilada el costo "hilado", si tejida, el costo "tejido", si teñida el costo "teñido" y si confeccionada, el costo del traje o la manta. Pero si el país, al industrializarse, como ocurre ahora, fabrica las máquinas de los lavaderos, de las hilanderías, de las tejedurías, también han quedado en el país las utilidades de los salarios y del capital de los industriales y obreros que hacen esas máquinas. Analícense los respectivos costos, y se verá que la relación es de uno a cien. Uno, el valor de la lana, y cien, el valor del traje confeccionado con esa lana. Calcule usted lector el valor lana sucia del traje que tiene puesto, y que es su base, y el valor "traje". Creo que no necesitará más

Tomado de *Filo, contrafilo y punta. (Otras prosas de hacha y tiza)*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1974, 3ª ed.

para comprender qué diferencia hay entre un país subdesarrollado y un país desarrollado, entre un país libre y un país colonial. Cuando usted lo entienda, habrá entendido toda nuestra política, y se dará cuenta que no es una cuestión ideológica abstracta, sino la cuestión de si somos unos infelices que vendemos lanas sucias y compramos trajes, o somos un país que quiere asentarse en la grandeza sobre sí mismo. Si somos pobres o ricos.

La guerra de las camisetas

Por esta "pavadita" los Estados Unidos se destrozaron en la guerra de Secesión entre el Norte y el Sur. Hay dos versiones literarias de la misma, que son las que difunden nuestros "inteligentes", para que no entendamos nuestra historia entendiendo la historia ajena, después de haber desfigurado la propia.

Según una de las versiones, la señora Enriqueta Beecher Stowe escribió una novela llamada *La cabaña del Tío Tom*, en que pinta el terrible drama de la esclavitud negra. Los norteamericanos del Norte se afligieron tanto, que agarraron las armas y llevaron la guerra a los del Sur, que eran esclavistas. Según la otra versión, doña Enriqueta había exagerado, y los del Sur eran unos nobles caballeros a la europea, que imitaban el señorío francés, como nuestros señores rurales imitan al señorío inglés, y cultivan las buenas maneras hasta con los negros; una sociedad romántica y caballeresca, que fue destruida por la grosería irlandesa, polaca, alemana y judía de los mal nacidos del Norte, que son los que ganaron.

La verdad es que los "groseros" del Norte querían que el algodón que se exportaba a Inglaterra fuera exclusivamente a sus hilanderías, y que los negros se incorporasen a la multitud proletaria que usa camiseta, si es posible, con mangas, y no esa "musculosa" que muestra el sobaco, no tanto para no exhibir las axilas, como para insumir más algodón tejido. Y que los "caballeros" del Sur querían seguir siendo sólo "caballeros rurales" a pesar de los "negros" y del destino de los Estados Unidos.

Si hubiera ganado el Sur, Estados Unidos no sería la potencia que es hoy, y ya no entro en más posibilismos, porque esto hubiese elertado toda la historia del mundo, y tal vez el resultado de las dos últimas guerras, el desarrollo de la energía atómica y las posibilidades interespaciales. ¡Las cosas que resultan del "berretín" de que los negros usen camisetas! Lo malo es que entre nosotros las más de las guerras las ganan los del Sur, aunque el país, afortunadamente, sigue luchando y trabajando, revienta el molde dentro del cual lo quieren meter, para que no exporte más que lanas sucias y viva como negro, y sigue adelante, pero despacio. Y ahora hay que andar ligero. Camarón que se duerme lo lleva la correntada.

Lo de las camisetas es una sola de las tantas cosas que ganó el Norte, para los Estados Unidos.

País de secos - Constitución de millonarios

Nuestros constituyentes copiaron la constitución de los Estados Unidos, y creyeron que con esa hacían los EE. UU. del Sur. Funcionando una constitución como la norteamericana, nosotros debíamos prosperar como los norteamericanos. Pero resulta que la independencia norteamericana la hizo el capitalismo naciente de los Estados Unidos, y en la Convención de Filadelfia los constituyentes que se sentaban eran todos, menos dos, millonarios. Y aquí los constituyentes eran unos secos rabiosos, que no tenían para pagarse la pensión. Caseros fue el triunfo del sector de comerciantes de la Revolución de Mayo ligado al comercio de exportación e importación; pero estos comerciantes, ni siquiera eran capitalistas propios, sino agentes del capitalismo inglés, y así una constitución capitalista, para un país que no era capitalista, fue la constitución del único capitalismo que había, que era el extranjero, pues las nuevas condiciones de "libertad de comercio" servían precisamente para destruir el precapitalismo de tipo artesanal, que era lo único que teníamos y que no pudo defenderse frente a la estructura moderna del capitalismo, con una constitución cuya misión era precisamente

dejarlo indefenso. Y para crear un interés afín con los comerciantes extranjeros promovieron *exclusivamente* una clase propietaria, como la que perdió la guerra en EE. UU.

Y no sólo hicimos esto, sino que donde había un país que había comprendido el problema, lo fuimos a destruir, como ocurrió en la guerra del Paraguay.

La guerra del Paraguay y "la libre empresa"

El niño a quien le enseñan la historia oficial no entiende cómo ese pequeño país casi indígena, pudo resistir durante cinco años la coalición Argentina, Brasil y Uruguay, en su contra. No le dan otra explicación que el heroísmo del pueblo paraguayo, producto de su ignorancia y su brutalidad, como lo han explicado nuestros próceres.

No se le dice que Paraguay era una potencia entonces porque tenía tanto ferrocarril como tiene ahora, cuando aquí no había un metro; que tenía fábricas de armas, altos hornos, fábricas de vidrio, astilleros. Que en lugar de importar inmigrantes, mandaba sus hijos a aprender la técnica de Europa, ingenieros, doctores, militares. Pero que esos hijos habían aprendido primero a ser paraguayos, de lo que tenían orgullo, orgullo que demostraron muriendo heroicamente el noventa por ciento de su población masculina en la guerra que vino después. Porque nosotros también exportamos técnicos para que se perfeccionen, pero de vuelta nos vienen almirantes, generales y brigadieres que en lugar de aprender la técnica, han aprendido las ideas y el concepto de superioridad que les imponen los ingleses, alemanes o norteamericanos, según la época y la moda, donde se perfeccionan para coloniales, como si el sastre que les hace el traje les hiciera también la cabeza. Y lo mismo que pasa con éstos, pasa con los ingenieros, los juristas, los literarios y los artistas. De modo que en vez de viajar para servir al país, viajan para jo. . .robarlo.

Si no basta el ejemplo del Paraguay, recordemos el del Japón, que hizo lo mismo que el Paraguay cuando a cañonazos lo obligaron a conocer los bene-

ficios de la civilización. Los técnicos japoneses, como los paraguayos, aprendieron la técnica para ser mejores japoneses, y no para vender su alma, porque de esta venta del alma sale el vendepatria, que es la imagen política del tilingo, utilidades aparte.

—

La sangre argentina en los libros de comercio

Y no es cosa mía esto de que la guerra del Paraguay se hizo para establecer lo que llaman "libertad de comercio". Lo dijo solemnemente el general Mitre, al anunciar las tropas que retornaban triunfadoras: "Cuando nuestros guerreros vuelvan de su larga y gloriosa campaña, a recibir la merecida ovación que el pueblo les consagre, *podrá el comercio* ver inscriptos en sus banderas los grandes principios que *los apóstoles del librecambio* han proclamado para mayor felicidad de los hombres". ¡Qué alegría para los gauchos inválidos, ésta de haber peleado para los comerciantes de Manchester y Liverpool!

Tuyuty, Curupaity, Boquerón, victorias y derrotas, asentadas en los libros de los comerciantes de Manchester y Liverpool, con la sangre de los criollos arrastrados a la fuerza —porque se palpitaban el objeto de la guerra— a morir bajo el comando inepto de los generales contratados de Mitre, que Roca había después de liquidar.

Pero había un programa, y era lo que se estaba cumpliendo, Constitución norteamericana en el papel, y constitución económica para los exportadores y los importadores, en la práctica. Dejemos que lo diga Sarmiento: "La grandeza del Estado está en la pampa pastora, en las producciones del Norte y en el gran sistema de los ríos navegables cuya aorta es el Plata" (pero entre tanto, con la "Libre Navegación de los Ríos" entregaban esta parte de la soberanía). "Por otra parte los españoles no somos ni industriales, ni navegantes y *la Europa nos proveerá por largos siglos de nuestros artefactos* a cambio de nuestras materias primas". A.C.I.E.L. y la Sociedad Rural no están solos...

Más claro, echarle agua. Vender la lana sucia e

importar las camisetas, todo lo contrario de lo que hicieron los norteamericanos. Y de lo que hacía el Paraguay. Ya lo he dicho, pero conviene que lo repita un contemporáneo, Emilio Alvear, hijo del vencedor de Ituzaingó: "El Paraguay ha sucumbido, pero al menos cada disparo de cañón o de fusil que resuena en los montes marcando su agonía, es de pólvora, cañón y armas paraguayas. ¡Tienen con qué hacer sus honores fúnebres...! Entre nosotros, es extranjera el arma que nos mata, la que nos defiende, hasta el arma con que vencemos; la espada de Ituzaingó, que me ha legado mi padre, lleva el escudo de Jorge II. ¡Cuánto daría yo porque ella fuese tan argentina como el triunfo que simboliza!".

Pellegrini y los libreempresistas

Esta referencia histórica no está al divino botón. Hay mucha gente que no entiende la necesidad del revisionismo, porque no comprende que la falsificación de la historia es una *política de la historia*, destinada a privarnos de experiencia, que es la sabiduría madre. Cuando los sujetos de ACIEL o los de la Sociedad Rural, los editorialistas de los grandes diarios y todos los pontífices de nuestra sabiduría económica y financiera lo quieren complicar a Pellegrini, y especialmente los conservadores, que se lo atribuyen como padre en estas cosas de la libre empresa, ocultan deliberadamente su pensamiento básico, que es lo que sigue: "*No hay en el mundo un solo estadista serio que sea librecambista*, en el sentido de que aquí entienden esta teoría. Hoy todas las naciones son proteccionistas, y diré algo más: siempre lo han sido, y tienen fatalmente que serlo para mantener su importancia económica y política. El proteccionismo industrial puede hacerse práctico de muchas maneras, de las cuales las leyes de aduanas sólo son una, aunque sin duda, la más eficaz, la más generalizada, y la más importante. *Es necesario que en la república se trabaje y se produzca algo más que pasto*". ¡Chúpense esa, Verrier, Hueyo, Alsogaray, Cueto Rúa, Alemann y "ainda mais"!

Y sin embargo pasan por serios y por estadistas los cachafaces y macaneadores de la libre empresa. ¡Y hasta por pellegrinistas!

Marina de guerra y comercio

Inglaterra empezó a ser potencia cuando dejó de proveer la lana para las fábricas de Flandes, llevó de Flandes los expertos en tejidos, y prohibió la exportación de sus vellones, para exportar las camisetas. Su grandeza la hicieron con las leyes de protección y con el Acta de Navegación que le dio el monopolio marítimo. Y cuando fue grande y poderosa, empezó a exportar la idea de la libre empresa a los países manejados por idiotas o por venales. Una vez logrado su desarrollo pleno, los piratas primero, y los aventureros comerciales después, sembraron el mundo con los productos industriales, invadiendo los mercados que habían quedado indefensos, gracias al soborno de sus agentes, y a la destrucción de la inteligencia nacional con la enseñanza del librecambio y la división internacional del trabajo. Compró en lo sucesivo materias primas, y vendió materias industrializadas, que transportó en sus barcos, que aseguró en sus compañías de seguros, que financió con sus bancos, negocio todo, que le permitió tener la primera escuadra del mundo, pero no para traer heladeras de contrabando, sino para asegurar las rutas de su comercio internacional, impedir la competencia, y abrir a cañonazos los puertos donde no había vendepatrias que los abriesen por unas pocas libras esterlinas, y educaban a su pueblo para el coloniaje y la dependencia.

La lección de un general norteamericano

Pero no lo digamos nosotros tampoco. El general Grant, vencedor en esa Guerra de Secesión, que llamaremos "guerra de las camisetas", después de terminar su período presidencial en Estados Unidos, en 1897, fue invitado a una reunión librecambista en Manches-

ter. Después que los oradores hubieron expuesto los argumentos ingleses en favor del librecambio y denunciado las barreras del proteccionismo como nefastas para la libertad de comercio, habló de esta manera:

"Señores, durante siglos Inglaterra ha usado el proteccionismo, lo ha llevado hasta sus extremos, y le ha dado resultados satisfactorios. No hay duda alguna que a ese sistema debe su actual poderío. Después de dos siglos, Inglaterra ha creído conveniente adoptar el librecambio, por considerar que ya la protección no le puede dar nada. Pues bien, señores, mi conocimiento de mi patria me hace creer que dentro de doscientos años, cuando Norteamérica haya obtenido del régimen protector lo que éste pueda darle, adoptará firmemente el librecambio".

¡Compárese este discurso con el del general Mitre!

No han hecho falta doscientos años. Ahora Norteamérica es librecambista, pero poco, como dijo el pelado tapando las "entradas" que le llegaban a la nuca. Porque tiene la aftosa, la mosca del Mediterráneo, para la protección de su agricultura, que es la división internacional del trabajo que practica y le pone sus ricas trabas a los automóviles europeos y a los relojes suizos.

Estaba hablando de la exportación industrializada de nuestros productos. He tenido que redundar en estas generalidades para que se comprendan bien los puntos de partida y las falsedades básicas del pensamiento que se opone, confesada o inconfesadamente, a nuestra expansión industrial, en el empeño de mantener en nosotros el sistema de vender la lana sucia y comprar la camiseta. Seguiremos, para llegar a la política bancaria que nos conviene.

¡Cuando uno piensa que como hay la cultura de la cerámica o la del bronce, la nuestra se ha llamado la "cultura del cuero", y exportamos cuero crudo en lugar de valijas, camperas, monturas que fueron nuestra mejor artesanía!

Recuerdo la casa de Ferré en Corrientes, donde en la construcción no había un clavo ni un alambre. Todo era cuero. ¡De cuero eran hasta los baldes y hasta retobados en cuero se enterraba a los difuntos!

MORALEJA DE BORGES; SU "GUERRERO Y SU CAUTIVA"

En el epílogo de *El Aleph*, Jorge Luis Borges dice que todas las "piezas" que componen el libro, menos dos, son del género fantástico. Una de estas dos excepciones es el "sucedido" que sirve de pie en esta ocasión; se titula *Historia del guerrero y la cautiva* cuyos hechos se acreditan con citas literarias, o por la tradición oral.

El Guerrero fue un longobardo llamado Droctulft "que en el asedio de Ravena abandonó a los suyos y murió defendiendo la ciudad que antes había atacado". Hizo lo que ahora llaman el "panqueque", aunque no sé si es correcto decirlo tratándose de un personaje avalado por Croce, Pablo el Diácono, y Gibbon, latinajos y "ainda mais". (Borges es así, prolijamente erudito, se supone que para lucimiento de sus personajes; además le es útil para su moraleja, que es justificar al que se da vuelta de su nación para pasarse a la otra, explicándolo por la cultura.)

En efecto, dice de Droctulft: "venía de las selvas inextricables del jabalí y el uro; era blanco, animoso, inocente, cruel, leal a su capitán y a su tribu, no al universo..." "...bruscamente lo ciega y lo renueva esa revelación, la Ciudad..."; "sabe que ella vale más que sus dioses y que la fe jurada y que todas las ciénagas de Alemania, Droctulft abandona los suyos y pelea por Ravena..."; "...no fue un traidor; fue un iluminado, un converso".

Q. E. L. Q. Q. D.

Un cipayo, diríamos nosotros, que no sabíamos esta historia pero sí otras parecidas que nos silbamos de memoria. He aquí el conflicto de la *intelligentzia* con el país real y desde el primer día. Sólo que aquellos cipayos del primer día en ocasiones peleaban y morían como Droctulft por su fe ex-

Tomado de *Mano a mano entre nosotros*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1975, 2ª ed.

tranjera. Estos de ahora empujan a otros para que peleen.

Droctulft creía que trocaba su lealtad a su tribu por una lealtad al universo, al pasarse al campo de Ravena. Así lo dice Borges, cómo Droctulft cree que Ravena es el *universo*. Desde aquél hasta éste, no han alcanzado a comprender que Ravena en el caso, y puede serlo cualquier imperio, es también una patria, o una tribu, pero no el universo. Simplemente la patria o la tribu de otros, porque lo universal solo se realiza por las partes haciendo cada cual lo suyo y no lo que conviene a algunas de las otras partes por más parecida a universal que sea. Así toda la "cultura" y su deslumbre, como fundamento de la conversión de Droctulft y los que le siguen, no es más que una bobaliconería de la misma naturaleza que la de los chicos que "hinchan" en el cine por el "cowboy" contra el "mexicano" o por el "sahib" contra el "hindú", sin saber que su destino no es el del "sahib" ni el del "cowboy", a menos de realizarlo con su pueblo.

Pero Droctulft sabe que en la ciudad, Ravena, "*será un perro o un niño, y que no empezará siquiera a entenderlo*", dice Borges, con lo que revela que Droctulft sabía más que él, a pesar de las citas de Croce, Pablo el Diácono y Gibbon, pues presentía su destino de niño o de perro, pero no de ravenense, de romano, y que lo único que conseguiría sería dejar de ser longobardo y un epitafio cariñosamente peyorativo, de romano a perro, que Borges transcribe. Que Pablo el Diácono, Gibbon, Croce, y tanta erudición apicular produzcan ese efecto en la *intelligentzia* revela que no es inteligencia sino un deslumbramiento, como el de Droctulft, a nivel del espectador infantil del cine, por su confusión entre lo universal y lo que solo es producto de la universalización aparente que genera el poder o la riqueza que deslumbran.

Agrega Borges: "al cabo de unas cuantas generaciones, los longobardos que culparon al tránsfuga, procedieron como él; se hicieron italianos, lombardos, y acaso alguno de su sangre —Aldiger— pudo

engendrar a quienes engendraron al Alighieri..."; "muchas conjeturas caben para explicar al acto de Droctulft; la mía es la más económica; si no es verdadera como hecho lo será como símbolo".

Droctulft será un precursor, pero no de Alighieri; de los cipayos. El supuesto de Borges es "económico" pero no "simbólico", porque los longobardos hicieron lo que dice cuando hubieron vencido como tales, como nación; y fueron italianos, que no es lo mismo que ser romanos, cosa nueva que no hubiera ocurrido de haber hecho como Droctulft; adoptaron, no se adoptaron, subiendo por un destino de hombres y no bajando por un destino de perros, y así su presumido descendiente, el Alighieri, siguió la línea de una nueva creacion, que es esto de lo italiano, en que se conjugaron los valores universales de romanos y germánicos, conjugación imposible al través de los Droctulft, es decir de su traición a lo suyo. Esta es la diferencia entre la cultura como creación y la cultura como imitación y sometimiento o como pretexto.

A la cultura no le basta el apícola colectar en eruditos nectarios. Simbólicamente y también económicamente, se debe saber que el néctar sirve para hacer miel; pero la miel la hacen las abejas y en la colmena. Como ocurrió con los italianos y Alighieri.

De no entenderlo un posible Alighieri puede quedar en Góngora, y esto es en lo que me duele Borges como frustración colectiva nuestra; esta derrota de las posibilidades de un Alighieri, cada vez que triunfa en "gongorita", y se pierde el magnífico destino de ser un derrotado por ahora. Como un pingo que puede ganar clásicos y fundar una sangre, corriendo en cuadreras.

En *La Cautiva*, Borges trata el mismo tema pero al revés; es el del romano que se vuelca a los bárbaros.

En el año 1872 el coronel Borges, abuelo de Jorge Luis, era jefe de la Frontera Oeste con asiento en Junín, allí su mujer, la abuela inglesa de Borges, supo de una "cautiva", también inglesa, en los toldos de Tierra Adentro, a no muchas leguas. Y habiendo

ordenado que la trajeran al comando cuando apareciese por Junín, tuvo ocasión de conocerla.

Veámosla en la magnífica prosa descriptiva.

"Vestía dos mantas coloradas e iba descalza; sus crenchas eran rubias. Un soldado le dijo que otra inglesa quería hablar con ella. La mujer asintió; entró en la comandancia sin temor pero no sin recelo. En la cobriza cara, pintarrajeada de colores feroces, los ojos de ese azul desganado que los ingleses llaman gris. El cuerpo era ligero, como de cierva; las manos, fuertes y huesudas. Venía del desierto, de tierra adentro, y todo parecía quedarle chico: las puertas, las paredes, los muebles. Quizá las dos mujeres por un instante se sintieron hermanas; estaban lejos de su isla querida y en un increíble país. Mi abuela enunció alguna pregunta; la otra respondió con dificultad buscando las palabras y repitiéndolas, como asombrada de un antiguo sabor..."

"Eso lo fue diciendo en un inglés rústico, entreverado de Araucano o de Pampa, y detrás del relato se vislumbraba una vida feral..." "A esa barbarie se había rebajado una inglesa. Movida por la lástima y el escándalo, mi abuela la exhortó a no volver. Juró ampararla, juró rescatar a sus hijos". (Porque la Cautiva "era mujer de un capitanejo, a quien ya había dado dos hijos y que era muy valiente").

"La otra le contestó que era feliz y volvió, esa noche, al desierto".

El coronel Borges murió poco después y el nieto comenta: "Quizá mi abuela, entonces, pudo percibir en la otra mujer, también arrebatada y transformada por ese continente implacable, un espejo monstruoso de su destino...".

Borges adjetiva con precisión; sobre el país ha dicho increíble en la descripción de *La Cautiva*; ahora agrega, *implacable* continente; válidos para una de las inglesas los adjetivos siguen siendo válidos para Borges porque su actitud es la misma que la de la abuela, y siente el horror de otro posible destino, que pudo también ser el de Alighieri, pues no era inevitable el de la Cautiva. En cuyo caso el país no

es increíble ni el continente implacable. Es simplemente su país y su continente, al que el amor le pone otros adjetivos que no son los del espectador foráneo. Si para la madre no hay hijo feo, tampoco hay madre fea para el hijo.

Yo conozco otro relato de cautivos que me toca de cerca, familiarmente. Y que me parece también se toca con este.

Poco antes que el coronel Borges comandara la frontera en Junín, mi bisabuelo materno, León Laurens, había poblado seis leguas al sur-oeste, cruzando el médano y casi al llegar a lo que hoy es Bayauca. El campo era Santa Brígida. Allí un capitanejo —¿por qué no el de la inglesa, dados lugar y tiempo?— con algunos indios lo sorprendió campo afuera con su hijo Luis de once años. Dispararon sin suerte. A don León lo lancearon en el foso que rodeaba las casas, al que cayó el caballo. Su mujer, con algunos hombres "hizo" unos tiros y los indios se alejaron llevándose al chico cautivo.

León Laurens era francés; un escultor fracasado, que vino a San Pablo, en el Brasil, a colocar la estatua de Pedro I. Su oficio debía ser de medio cincel por lo mismo que se dice media cuchara en albañilería y esto lo supone relativamente "leído" como a su mujer, Adela Vezenzette. Con hijos nacidos en el Brasil —uno de ellos, mi abuela que era la mayor— se vino al desierto donde le nacieron otros. De estos era el menor, Luis, el "Cautivo".

La viuda siguió en el campo, se casó de nuevo y tuvo otros hijos con otro apellido. De ella provienen hoy un centenar o más de familias en que se han barajado descendientes de inmigrantes y de gauchos, hasta de indios, a cuyos hijos no les devuelve el "espejo del destino" ni la imagen de Droctulft ni tampoco la de la Cautiva.

Habría que saber ahora qué pasó con la Cautiva y con sus hijos; yo barrunto que sé algo, no mucho ni muy certero pero que puede ser... Aquí es donde puede ser testigo "mi cautivo", ya que lugar y tiempo son los mismos. Acaso también el toldo...

Como he dicho, la viuda se quedó en el campo de

donde se iba de vez en cuando, por las provisiones, a Junín. Por los periódicos en que éstas venían envueltas supo un día que Luis Laurens, cautivo en los pagos de Junín, había sido rescatado en Chile y se encontraba en el consulado argentino en Valdivia.

Lo trajeron. Fue una gran fiesta en Junín, con carne con cuero, taba y músicas militares. Cuando llegó, habían pasado once años, que eran once años de vida en las tolderías, y en la fuga por el desierto, por las rastrilladas de los chilenos que habían profundizado los arreos durante dos o tres siglos. Eran once años en Tierra Adentro, primero entre los pajonales, las cortaderas, las lagunas y los pastos duros de esa penumbra de indios y cristianos que era la frontera; después entre los montes de caldén, más adentro; y más lejos, más allá del Chadileuvú hasta llegar al Río Negro, al Neuquén, al Limay, la Cordillera, con el acoso de las fuerzas de línea. Por fin en Chile, y de regreso, en Junín.

La madre y el hijo se encontraron: *un increíble* encuentro *en el increíble país del implacable continente* —como dice Borges—. No puedo imaginar la escena, con la ternura de mansos que podemos tener los biznietos. Otros seres, hechos al país de entonces, eran la mujer y este hijo que el desierto le había llevado niño y le devolvía hombre. Justamente a los 22 años. El país los había hecho y lo siguió haciendo en sus descendientes, acomodados a él según se iba haciendo, y no a otro de remoto recuerdo literario.

En *Los Profetas del Odio*, he hablado de este "Cautivo" que vivió hasta hace más o menos veinte años. Era un paisano barbudo y pobre porque la viuda, su madre supo poblar pero no fue experta en títulos de propiedad y el campo lo dieron en Buenos Aires. Se estaba en la plaza del pueblo, ya en su vejez, donde lo veíamos a la salida del colegio en rueda con tres o cuatro veteranos de la guerra del Paraguay, pues algunos de estos habían recibido suertes de chacras en el pueblo, al que le pusieron el nombre de Lincoln.

En *Los profetas*, cuento que en esas ruedas aprendí una versión de la guerra del Paraguay que no tenía

nada que ver con la que me daban en la escuela. Y al Cautivo oí por primera vez hablar de los ranqueles que treinta años antes de nacer yo, eran los señores del pago. La escuela no me había dicho nada de eso, ni de la flora ni de la fauna que me rodeaba. Tampoco de la geografía. Por allá, en las lagunas, nacía el Salado de Buenos Aires, y ni mentas de éste cuando ya conocíamos el Yan-tse-kiang. El pueblo se llamaba Lincoln y sabíamos de tal prócer; nada en cambio de los gauchos junineros, de los milicos de la frontera, de ese mismo coronel Borges. Es que ese coronel, los milicos, los ranqueles, los bichos, los pastos, los ríos, eran indignos de la "cultura" según lo entendía *la intelligentzia* a la manera de Droctulft... El que pudo se hizo dos culturas: una de cida, bajo el peso de otras que le ponían por arriba raíz, cercana al suelo, un poco achaparrada y retor- como si llevara en sí dos testimonios: uno de hombre, vital, y otro de escolar o lector...

Pero volvamos al Cautivo. Puedo imaginar, —coyunturas de tiempo y lugar los favorecen, así como la escasez de malones ya por entonces— que el capitanejo que se llevó al Cautivo era el dueño de la inglesa. Algún impreciso recuerdo de un relato del Cautivo sobre indiecitos rubios en el toldo abonarían esa hipótesis.

Después viene un salto en el tiempo y estamos en 1945, cuando conocí en Buenos Aires al "Indio Rubio" en aquellos días de octubre. Le llamaban así a un dirigente de ladrilleros, en que las facciones y el porte aindiado contrastaban con el color del pelo y de los ojos claros, precisamente de *"ese azul desganado que los ingleses llaman gris"*. También le decían "El Chileno" y se afirmaba en ese origen, pero él riéndose decía que lo fue en tránsito; se decía ranquel y memoraba de pampas y malones oídos.

No tuve más datos y hasta que leí el cuento de Borges, no ligué a mi indio rubio ladrillero con mi tío abuelo cautivo —que pudo ser hermano de crianza de sus antepasados— y con sus recuerdos del toldo. Una inglesa cautiva y madre de indios en el desierto no fue cosa frecuente, lo que me obligó a

asociar a la Cautiva de Borges a los otros dos personajes, por la época y el pago.

Todo es conjetural, como he dicho.

También es conjetura saber por qué el indio rubio estuvo en la vereda que estuvo en ese octubre y después, y Borges en la Plaza San Martín. Hay razones sociales que lo explican y desde luego culturales. Los dos descendían de ingleses, pero uno en indio y el otro en coronel; sería muy pueril explicarlo por el coronel, aunque haya sido mitrista. Y a lo mejor no tienen nada que ver ni el coronel ni las inglesas. Pienso también que Borges estuvo a punto —fue yrigoyenista y anduvo descubriendo los rostros de Buenos Aires por los que pudo entrar al cuerpo del país— de ser otra cosa haciendo otra, aún a pesar de estar matriarcalmente cargado con la cultura de la *intelligentzia.* Su biógrafo, Alicia Jurado, nos informa que aprendió a leer primero inglés que español. Tal vez porque donde manda capitán —la abuela inglesa— no manda marinero. O es una complacencia del biógrafo para que no sea menos que Victoria Ocampo, (versión francesa del mismo modelo y cuya lengua infantil no fue el indígena) ¿Por qué dejó ese rumbo?

Todo es conjeturable. Pero este distinguir —sin Pablo el Diácono, Croce y Gibbon— y no distinguir —con toda la "cultura'— entre Droctulft, "el converso", y el Alighieri, el italiano, contribuye a explicar el opuesto rumbo de los nietos de dos inglesas que se conocieron en la "frontera", allá en Junín en 1872: Borges y el "Indio Rubio".

(*Marcha,* Nº 1259. Montevideo, 18 de julio de 1965.)

OTRAS PALABRAS SOBRE FUBISTAS

La mentalidad que he llamado Fubista en su expresión más ingenua y pueril es la del adolescente pequeño burgués que hace de la cuestión de ser o no ser del país un problema de coquetería intelectual, de la misma manera que los redactores de *La Moda*, en tiempos de Rosas, ensayaban posturas revolucionarias más o menos sociales, en el momento en que había que estar con los cañones que defendían la Vuelta de Obligado o con los que tiraban desde la cubierta de los barcos franceses e ingleses.

No es casualidad que ahora lo hayan traído a Echeverría a una esquina tan bien como Florida y Charcas. Este Fubista está en el lugar que se merece. (Esto del lugar que Echeverría se merece, se lo he robado a Carlos Stefens Soler, que comentando esa monstruosidad escultórica con que Urquiza ha entrado a Buenos Aires, dijo el otro día el mejor juicio que se puede hacer sobre el gran Entrerriano: "Urquiza tiene la estatua que se merece".

Estatuas y posturitas

Esta cuestión de las estatuas es más concreta de lo que parece. Porque si el lector se pone ahora a pensar en los que no tienen estatuas y cuyos restos se han perdido en los osarios o en los campos de batalla —cuando no tienen prohibida la tierra patria— verá que se trata de aquellos que no hicieron de posturita intelectual, ni de negocios su actitud cívica. Y verá que se trata de los humildes y sus caudillos, de las multitudes argentinas que no tenían otro negocio que el país ni esa cultura de firulete que sólo sirve para extraviar.

Entre los cultos de firulete y los entendidos en negocios propios opuestos a los del país, reclutó Braden su Unión Democrática. Es decir, juntó los Echeverría y los Urquiza y los Mitre que todavía no

Tomado de *Filo, contrafilo y punta. (Otras prosas de hacha y tiza).* Buenos Aires, Peña Lillo, 1974, 3ª ed.

tienen estatua. Como quien dice los Ghioldi, los Mathov, los Rojas, los Alsogaray y el estudiante desconocido que es el pobre Fubista llevado de la nariz en el 45 a la U. D. en el 55 a la R. L. como en 1930, junto con algunos obispos que sabían lo que hacían, algunos curitas que no sabían, laicos que han comprado el cielo a mensualidades para tener estancia arriba y los masonazos que se la silban de memoria; ayudados todos por la torpeza del que gobernaba, que cometió el error de convertirse en fin cuando el país lo quería para instrumento.

Una revisión en marcha

Los Fubistas de hoy están revisando sus posiciones, es decir, la de los Fubistas que los precedieron y se tienen que preguntar: ¿Cómo diablos se arregló Braden y los masonazos y obispos del 55 para embarullarnos? La verdad es que nadie los embarulló, sino que eran embarullados de por sí, a fuerza de no comprender los procesos históricos vistos como procesos literarios. Los embarulló su falsa cultura, su colonialismo mental, su incapacidad para pensar en términos nacionales, como piensa el hombre del común en lo cultural, en lo económico y en lo político. Dígame, si no, ¿cómo ha sido posible que ellos se den cuenta 15 años después de lo que se dio cuenta el peón santiagueño el día que había de darse cuenta?

David Viñas, en un artículo publicado a fin del año pasado, o principios de éste, en *Marcha*, de Montevideo, tiene la honradez de reconocer su incomprensión de adolescente Fubista de entonces. Y hay muchos en la misma línea. Pero, a burro muerto, cebada al rabo. Como nunca es tarde cuando la dicha es buena, bienvenida la comprensión.

Una última coquetería

Pero ésta no es total, porque Viñas pretende que la que se equivocó fue su generación, lo que es absolutamente falso. Los adolescentes de esa gene-

ración estuvieron con el movimiento de 1945; no hubo aprendiz en la fábrica, no hubo horterita de tienda, ni subteniente, ni cadete, ni curita joven, ni boyero, ni peoncito de tambo que no estuviera donde debió estar en esas jornadas. Es inexacto, pues, decir que la generación del 45 se equivocó, pues ésa no fue revolución de viejos, sino de los jóvenes contra los viejos, en todos los órdenes de la sociedad argentina, menos en la oligarquía y entre los estudiantes.

Ese es el problema que Viñas tiene que revisar. La que se extravió no fue la generación de 1945 sino los pichones de intelectuales de esa generación.

Viñas y los suyos se llaman a sí mismos los "parricidas", por una supuesta insurrección en el campo literario. Pero no fueron "parricidas" en el campo político, porque se quedaron atados a los esquemas extranjerizantes de una Argentina perimida y ahora resurrecta. Lo que tiene que hacer Viñas es buscar la causa por la cual se quedaron adheridos a los esquemas de las generaciones viejas. Verá entonces que las causas son múltiples, pero que en el terreno de la inteligencia hay una sola: el colonalismo mental, la incapacidad para pensar los problemas desde aquí y para aquí, en el orden natural de las cosas, como lo pensaron los que no estaban separados de la realidad por artificiosas construcciones culturales, y por un inconfesado asco, una repugnancia estética al hecho basto, primario, caudillesco, burdo, con que la historia se presenta cuando es historia viva y no amerengada fantasía. Eso en 1945, como en 1955, en 1916, en 1930 y ¡en 1840!

Muchas veces me pregunto si muchos de los que se solidarizan con Castro ahora, se solidarizarían con el mismo si tuvieran que vivir concretamente en Cuba las implicancias del castrismo, donde los hombres son también sucios, llevan los ideales mezclados con los resentimientos, expresan sus inquietudes de maneras primarias y brutales y se lavan las patas donde pueden, como nuestros descamisados en las fuentes de la Plaza de Mayo.

Medite Viñas en la petulancia implícita que conserva todavía el creer que él y unos cuantos estudiantes

son la generación de 1945, olvidando que las grandes masas de esa generación estuvieron en la vereda de enfrente. Eso de creer que un puñado de adolescentes librescos eran la generación del 45, y no sus contemporáneos de la multitud, es típico de ese esteticismo político que aisla al estudiante del pueblo. Deben ahora tenerlo presente, y mejor que Viñas y sus contemporáneos los de la generación actual. ¿No encuentran en ese señoritismo estudiantil la equivalencia de los que entiende por todo el mundo la gente del Jockey Club o del Círculo de Armas? Es que el *gran mundo*, como decía Wilde, ignora que es el más pequeño de los mundos, y eso entre el frufrú de las sedas de los salones como en la pobre rueda del mate de los estudiantes.

La inteligencia montevideana

Tampoco creo que Castro haya entendido en su hora lo nuestro. Entonces era más bien un Fubista. Como Guevara.

Ahora comienza a entenderlo.

Sigo con interés lo que escribe la inteligencia no oficial del Uruguay, porque nada hay más expresivo de lo que yo llamo mentalidad Fubista que el tipo de intelectual Montevideano, cosa que se explica con la propia irrealidad de un país creado artificialmente, y que resulta así una especie de globo cautivo sobre el Río de la Plata, un balcón para espectadores de ninguna parte. Es lo que el interés extranjero y la inteligencia desarraigada hicieron de la patria de Artigas, el revolucionario social y económico más integral de nuestra independencia: un laboratorio de ensayos burocráticos con pretensiones sociales, en que Batlle y Ordóñez expresó las máximas posibilidades de un socialismo a la europea para los empleados públicos, los rentistas de Montevideo y los intelectuales montevideanos, que por lo menos tienen la disculpa de carecer de un país real.

Pues bien, estos intelectuales están, a raíz de lo de Cuba, revisando sus posturas y empezando a com-

prender el hecho americano, pero muy cuidadosamente. Tanto que saltan por encima de lo que pasó en la Argentina, cuando se dieron algunas circunstancias como en Cuba. Y me pregunto: ¿Entienden lo de Cuba por que es americano, o lo entienden porque está lejos? Porque nadie puede entender lo de Cuba sino entiende lo de la Argentina, y nadie puede explicar su posición actual en ese problema sin confesar su error como bradenista.

Lo demás es moco de pavo. Porque si de dictadura se trata, Castro le da bola visa a Perón. Si de matar, le tira el chico lejos, cosa que ya hicieron los libertadores. Si de caudillaje, ni qué hablar. Y en lo de hablar por radio, que era una de las cosas más irritativas para esos intelectuales, no es ni carrera para Castro, que le gana lejos a Perón. ¡Y hasta a Alsogaray!, que ya es decir.

Formalmente, desde el punto de vista desde el que esa inteligencia lo combatió a Perón, esa inteligencia tampoco puede estar con Castro. Y si está con Castro por las cosas profundas, ¿por qué se negó a ver, por qué se niega aún a ver, las cosas profundas que aquí se operaron? Y entonces llegamos a una conclusión que es la incapacidad de la inteligencia de esa clase para ubicarse históricamente cuando la historia le ofrece su alternativa.

La cosa es no equivocarse en las alternativas de la historia

Y aquí vuelvo a Echeverría, para que se vea que no lo traje de los pelos. Esos mozos de la "Asociación de Mayo" son los fundadores del Fubismo mental, y por eso la oligarquía reserva sus más selectos sitios a sus estatuas. Son los que eluden la responsabilidad hoy y aquí, y hacen de sus posiciones políticas merengues para otros como ellos. Y también viene al pelo la referencia a 1840. ¿Dónde hubiera estado Ud., compañero, en 1840? ¿Con los Libres del Sur, es decir, con los estancieros que elevaron a Rosas y lo

traicionaron luego, porque defendiendo la soberanía perjudicaba el precio de las vacas? ¿O con los gauchos que pelearon a las órdenes de Thorne, de Costa o de Mansilla? ¿Por qué los gauchos no se equivocaban en el hecho profundo entonces, como los obreros después? ¿Y por qué se equivocaron los cultos? Y la respuesta es clara. No es por la cultura en sí. Es por la naturaleza colonial de esa cultura, por su falta de entronque con la realidad del país, que hace del intelectual latinoamericano un desarraigado de los hombres y el suelo, prendido por seudopodios librescos a un mundo extraño a la realidad social a la que pertenece. El día en que nuestro intelectual se olvide que lo es y se acuerde de que es un hombre, y piense de sí mismo como un paisano cualquiera y ponga al servicio de ese paisano ignorado que lleva adentro el instrumental de la cultura adquirida, recién va a comprender las cosas cuando ocurren y no quince años después.

A las revoluciones les hacen falta revolucionarios en su momento y no responso de difuntos de los que no le ven cuando ocurre y se van del otro lado, para retornar arrepentidos cuando el burro está muerto y no le sirve la cebada.

"Anche io sono pittore"

Yo también, a mi manera he sido fubista.

Y esto lo recuerdo bien porque estaba en la edad del pavo y era entonces bastante pavito. Yo me tengo que golpear el pecho, porque conducido por los Maestros de la Juventud fui de los que quemaron el Club Alemán y de los que incendiaron el diario *La Unión*, en nombre de la libertad de pensamiento cuando la primera guerra y a favor de nuestra intervención en la misma. "¡Los bárbaros cara Lutetia!"

Sí: Yo también he sido pavito, "anche io sono pittore", como le gustaba decir a Mansilla; y andaba como zapallo en carro de un lado al otro tironeado por los falsos mentores. Yo actué también en la Reforma Universitaria, pero no de intelectual, de com-

batiente. Por eso fũi suspendido dos años, como estudiante secundario, y dos como estudiante universitario, y conocí mis primeras cárceles, cosa que no les pasaba a los Maestros de la Juventud, que entonces como ahora formaban parte del regimiento de "animémonos y vayan", en el batallón de "empujadores".

Antiimperialismo "al uso nostro"

Y fui antimperialista al estilo de la época, y le comía los hígados al águila norteamericana, que andaba volando por el Caribe. Los maestros nos tenían buscando el plato volador en el cielo, mientras el león británico comía a dos carrillos sobre la tierra nuestra.

¡Qué fácil era entonces hacer antimperialismo! Milité en la Unión Latino Americana, y en la Alianza Continental, ¡entonces los grandes diarios publicaban todos los anuncios de los actos que realizábamos, y fotografías de los mismos y transcribían los discursos! Y había siempre generosos caballeros que contribuían con recursos económicos para las campañas, para los viajes por el interior y por toda América. ¡Había de patriotas...!

Recuerdo un acto de solidaridad con Sandino, en Florida y Corrientes. Desde el balcón de una vieja casa hace muchos años ya reemplazada por un rascacielos, hablaba, ¡cuándo no!, Alfredo Palacios.

Era el tiempo de la agitación pro Sacco y Vanzetti, y los anarquistas interferían en todos los actos públicos con un orador que se subía a un árbol o a una reja de ventana, y allí se ataba de la pierna con una cadena y su candado, cuya llave tiraba para que la recogiese un compañero.

En esta ocasión había uno que interrumpía las frases de "El Maestro", y entre las citas de las *Vidas paralelas*, las evocaciones de Garibaldi en la Porta Pía y la palabra *¡Libertad!*, que es la pimienta del plato, metía sus reclamaciones contra la ejecución de aquellos obreros.

No había forma de silenciar al anarquista y se me ocurrió prenderle fuego a un periódico y arrimárselo al orador, confiado en que el compañero que tenía la llave, ante el peligro del fuego abriría el candado.

Una patada oportuna

No fue así. Recibí en ese momento la *más formidable patada en el traste* que puede recibir un mozalbete, propinada por el compañero de la llave, quien tomándome del brazo me llevó aparte, me invitó a una café y me descubrió un mundo nuevo.

El me enseñó esa complicidad colonial entre las dos alas de la "intelligentzia", y me dio los primeros indicios sobre la realidad argentina. Se reía de mi reformismo universitario y me explicaba esta aparente contradicción, de que fuera Yrigoyen quien les hubiera abierto las cátedras a los Maestros de la Juventud, y que los Maestros de la Juventud trabajaran a la par de la oligarquía contra Yrigoyen. El también me explicó el aparente contrasentido de la "semana de enero" y lo de la Patagonia con la simpatía de los anarquistas —que fueron los que pusieron la carne y la sangre de esa matanza— por el "Peludo". El fue quien me mostró que al margen de la sociedad ideal que ellos buscaban había una realidad contingente, en la que había que decidirse en cada oportunidad, y que la opción de todos los días no era entre la teoría abstracta y el hecho concreto, sino entre los hechos concretos. Me mostró lo que representaba históricamente el "Peludo", y aquella alianza de las fuerzas que después entendí eran antinacionales y por lo tanto antisociales. El me mostró también los primeros indicios de cuáles eran las fuerzas dominantes en el país y qué la agitación antiyanqui. Su experiencia social se había hecho en la lucha entre el Sindicato y los directorios. ¡Y en los directorios no estaban precisamente los representantes del Aguila, sino los del León que nadie veía!

Recuerdo que hasta me habló indulgentemente de Varela. El coronel Varela había sido el ejecutor de las

matanzas de la Patagonia, pero él me explicó la diferencia entre las dos situaciones de Varela, la primera y la segunda, y cómo en la segunda Varela fue presionado por todo el periodismo, por toda la clase dirigente, por la influencia de una embajada, y rodeado de una acusación de debilidad que lo dejaba en inferioridad moral frente a sus compañeros de armas, hasta que lograron crearle la psicosis que lo condujo a la masacre. Por el mismo sistema hicieron revolucionarios con plumas y maíz.

Los libros y la vida

¿Cómo no voy a desconfiar de los libros, si una patada aplicada en el momento y el lugar oportuno me dio más enseñanza sobre la realidad argentina que las bibliotecas enteras que entonces devoraba?

Y permitidme que intercale aquí otra anécdota.

Era yo precandidato a diputado nacional. Me creía un erudito y un sabio y no me bastaba el tiempo de las bibliotecas. Siempre andaba con libros, muchos libros bajo el brazo, un poco para leerlos en los ratos perdidos del tranvía o el café, un poco para adquirir cultura de sobaco que no ilustra mucho, pero que permite pasar por intelectual. Yo creía que tenía impresionados a mis correligionarios con este aparato intelectual. Y un día, en la confitería del Telégrafo, vino Francisco Castaño, a quien llamábamos "diente de leche" por el tamaño de sus muebles de comedor, con el vasco Elizalde y otros correligionarios de la 14 y me dijo: "Te vamos a votar a vos porque no la vas de intelectual, sos reo como nosotros".

Fue un golpe terrible, casi como la patada en el traste, pero fue una magnífica lección. Siendo como ellos, siendo uno de ellos, la presuntiva ciencia me podía ser perdonada, porque estaba al servicio del país sobre la base de la comprensión. El intelectual reo podía comprender. El intelectual puro no.

Acostumbro a perderme en digresiones, pues voy a vuela pluma. La vida también nos enseña así, a

vuela pluma, y si no percibimos sus enseñanzas, todo lo demás que sabemos no sirve para nada y termina por ser perjudicial, y perjudicial para el país, para los hombres con quienes hay que convivir.

Tal vez los fubistas comprendan ahora por qué con frecuencia les doy patadas en el traste, como aquellas que me dieron a mí. Es algo como el "porque te quiero te aporreo", parece odio, y es amor. Hasta cuando ataco a un hombre concreto no es que lo malquiera; es que quiero a mis paisanos y por amor a ellos tengo que cumplir esta labor ingrata que me cierra todas las puertas y me junta enemigos, en un arte como el de la política que consiste en hacer amigos. ¡Ni los peronistas me perdonan la poca autocrítica que hago, pero como el personaje de Ibsen, sé que "el que está más fuerte es el que está más solo"!

(*Nuestro Pueblo*, Nº 5, 17 de agosto de 1960.)

LAS DOS CARAS DE "DISCEPOLIN". VOS TAMBIEN, JULIAN CENTEYA

Hace unos días leí un libro que firma un mozo Norberto Galasso. Su título: *Discépolo y su época.* Al mismo tiempo leí en un diario que Julián Centeya hablaría en el teatro Corrientes sobre el mismo tema. Antes de ir le eché un vistazo al libro y apunté una observación que hace sobre los comentaristas de Discepolín, que parece se empeñaran en ocultar una cara del mismo, aquella alegre de la fe y el entusiasmo, para incidir solamente en la amargura y el escepticismo que los tangos, a brochazo limpio, recogen, menos que como amargura propia, como un largo y duro mensaje de la vida de los porteños de abajo.

Fui al Corrientes y Julián Centeya estuvo como siempre. O mejor todavía. El personaje que hace —porque lo hace— en su lunfardo —disimulo de una erudición que gusta disfrazar en el *vesrre*— solo tiene un defecto, y lo tuvo esta vez a la enésima potencia. Abusa del ingenio, porque anonada, apabulla, no nos da tiempo a pensar la frase y la expresión ingeniosa, a nosotros, los del público, que somos más lerdos que su facundia creadora. Es un humor "a chorro" para los que andamos en el cuatrimotor creyendo andar ligero. Le mete y le mete; apila como ovejas puerteando en el corral. Y así, las ovejas se pisan, se aplastan, no dan todo lo que tienen que dar; para más el oyente, que viene corriendo atrás, tiene que ir sacando de la pata sin elegir. Muchas veces se pierde lo mejor por lo bueno, y hay un peligro también en ese prodigar encimado, que es el descubrimiento del resorte —como la trampa del prestidigitador— por exceso de abundancia. Y esto del humor pierde su gracia cuando el resorte está a la vista.

No voy a hacer una crónica. Quiero recordar so-

Tomado de *Mano a mano entre nosotros.* Buenos Aires, Peña Lillo, 1975, 2ª ed.

lamente aquella vez que dijo que Discepolín decidió suicidarse con su primer amor, tirándose al río.

Discepolín la esperó en la Costanera. Llovía torrencialmente y el retraso se hizo largo, hasta que apareció por fin la presunta suicida, y ¡de paraguas! Discepolín frustrado, le dijo entonces:

—"Andá, andá. ¡Viví!"...

¿Humor de Discépolo, humor de Centeya? No importa, porque proviene de la misma vertiente de gracia popular. Podría ser también de Macedonio Fernández.

Aplaudía a rabiar y sigo aplaudiendo. Pero lo que había leído en el libro de Galasso me tocó entonces. ¿Y *Mordisquito*? Recordé lo que ese autor dice sobre el trabajo de Luis Adolfo Sierra y Horacio Arturo Ferrer, titulado *Discepolín —el hombre de Corrientes y Esmeralda—* que hurtan la otra cara de Discépolo, que es otra cara de Buenos Aires en otro momento: el *Mordisquito* de Discepolín.

Porque Discépolo tiene dos imágenes: la de antes de 1945 y la de después. Galasso dice que estos autores no presentan esa cara de Discépolo por motivos políticos. Y ha de ser así no más. ¿Pero vos Centeya? ¿Vos también te complicás? No me digas que sos gorila... por favor. No me digas que estás entongado con los que hacen la historia a medias. Porque a vos, Julián, te acepto hasta metiendo un paco, y hasta la ferramentusa, pero no metiendo la ferramentusa y el paco en la historia, y nada menos que en la de Discepolín. También se mete el paco y la ferramentusa por omisión. No me digas que habiendo abierto el lenguaje tan ancho, te has dejado prohibir el tema.

¿Quién mejor que vos sabe eso que todos los días dicen los que se creen críticos de letras, y es que el poeta se expresa por el común, por todos? ¿Cómo, entonces, no vincular la temática y la filosofía de Discépolo con la filosofía y la temática del pueblo que expresaba? ¿No te diste cuenta que el Discépolo de *Yira, yira* y *Cambalache* es el Discépolo de la Década Infame? ¿Y que el Discépolo de *Mordisquito* es el Discépolo de un pueblo que entró en

otra vida, saliendo de la amargura y la desesperanza de *Cambalache* y *Yira, yira*? ¿Comprendés que en Discépolo, expresión de ese Buenos Aires que canta, el personaje cambió de actitud con el cambio de actitud del pueblo que expresaba?

¿Vos también has entrado Julián Centeya, y te has puesto del lado de la yuta, esa yuta de la SADE, de *La Nación*, que odia al Discépolo de *Mordisquito*? ¿No sabés que es la policía de la *intelligentzia* la que ha prohibido al Discepolín que estuvo, como Manzi, como Vacarezza, donde había que estar cuando el pueblo cantaba alegremente porque la vida lo sentó a su banquete después de ser durante largos años, como vos dijiste, no el perro detrás del hueso, sino el hueso detrás del perro?

A vos, menos que nadie, te podemos permitir que te compliqués con ese silencio tramposo impuesto por la yuta de los intelectuales prolijamente remuneraditos y premiados. Fíjate, Julián Centeya, en lo que decía Discepolín a su Mordisquito: "Mirá, Mordisquito, todo se ha movido en el mundo. Nada está en su sitio. Estás asistiendo al momento más dramático de la historía del hombre civilizado. Asistís al fracaso de todos los sistemas". (Mirá si sería grande Discepolín: leéte la Populorum Progressio).

Seguilo a Discepolín: "En tu país se está produciendo la revolución más sensata de que se tenga memoria. Una revolución como la presente con la que se ha dado tanta felicidad a un pueblo con tan poco de dolor". Fijate en lo que dice a Mordisquito: "El día que me entiendas te vas a entristecer de haber tardado tanto". (Ahora, digo yo, han entendido tantos que no puedo creer que vos no entiendas, Centeya).

Habla Discepolín: "Porque me vas a seguir escuchando, Mordisquito. Cada vez con menos rabia vas a seguir escuchándome. Y voy a estar en el grillo de tus noches. En la canilla que gotea. En el ropero que cruje a medianoche. En el humo final del pucho que apretás rabioso contra el cenicero. En el chas-chás del zinc cuando llueve. En todos los pequeños ruidos de la obsesión, allí voy a estar

yo, Mordisquito, con mi voz de grillo, persiguiéndote, persuadiéndote".

Fijate Julián Centeya, lo que dijo para todos, para que sigamos oyéndolo y no tapemos su vocecita: "Aunque me marche, sé que seguirás oyéndome. Como el grillo, Mordisquito".

¿No sabés, Centeya, que ese grillo sigue oyéndose, y que todo el país lo entiende ya? Como lo entienden hasta los fubistas, esos muchachos que por quererla perfecta la consiguieron mala. Mordisquito también la quería perfecta.

¿Te acordás de lo del arpa?

Así la contó Discepolín:

—Fuimos Pepe y yo al circo. Y empezó el número de un equilibrista. Se subía a una escalera de punta, y al llegar allá arriba ponía un banquito y encima un tarro de yerba. Después del tarro, un asiento de bicicleta. Allí se sentaba él, y mientras la escalera daba vueltas sobre ella misma, este bárbaro hacía juegos malabares con tres botellas en las manos... Con los dos pies tocaba el arpa, y claro, todos aplaudimos como locos. ¡Figurate! Un número estupendo... Pero Pepe movió la cabeza desdeñándolo. ¿Y sabés qué dijo? "Sí, bueno... pero el arpa no la toca bien".

—"¿Y qué querías? ¿Un concierto de la Wagneriana?"

Bueno. Está bien que los músicos muy exigentes todavía no estén conformes. Pero vos no sos músico, Centeya; sos un hombre del montón, de esa gente cuyos estados de ánimo interpretaba el poeta; según como a ellos, los de la multitud les iba en el baile.

¡No, Julián! Yo prefiero creer que te olvidaste de la otra cara de Discepolín, esa que también tuvieron Manzi y Vacarezza en su hora. Por eso ahora te advierto que sin saberlo, con un olvido, has facilitado a la yuta intelectual, a la que desde el principio de la historia, presenta el sol como sombra y la sombra como sol.

Otra vez, Centeya, tenés que darnos a Discepolín completo, con todas sus caras, que son las dos que

tuvieron los porteños de abajo, según les fue en el baile. Discépolo, el triste y el alegre, fue el poeta de Buenos Aires. No te compliqués con los que le roban los caballos a la baraja para copar las sotas. Hay que poner las cuarenta en la carpeta.

Habrá sido sin querer, pero estamos tan quemados, que siempre miramos los dedos del tallador. No he visto nada entre ellos, tal vez te dieron el mazo y no contaste las cartas.

Revisá el mazo antes de tenderlo en la carpeta. ¡Vamos, Julián Centeya! ¿Te lo tengo que decir a vos, que sos flor de orre, yo que apenas soy un gil avivado...?

(*La Hipotenusa*, año I, Nº 2, 18 de mayo de 1967.)

LOS DOS ZOOLOGICOS Y EL TEATRO DE VACAREZZA

La mayoría de la Comisión Directiva de la Sociedad de Actores Teatrales se negó a designar un orador en la tumba de Alberto Vacarezza, alegando las ideas políticas del extinto. Así nos lo informó Ponferrada en una magnífica nota, publicada en su oportunidad. Evidentemente me faltaban estos profetas de menor cuantía en mis *Profetas del Odio.* Porque esto revela un odio a muerte y más allá de la muerte; odio que lógicamente, y por los mismos motivos, estos payasos le deben profesar a la mayoría de sus públicos, o a gran parte de él, que seguramente piensa, o ha pensado, como Alberto Vacarezza, en esta cosa, tan transitoria frente a la eternidad, que es nuestra política de aquí abajo.

Esa actitud da un poco de asco y uno se saca el asco de encima, disculpando: "¡Son cosas de payasos!" Pero no es así, porque esos payasos son una subespecie en la gran especie de los tilingos que constituyen —con estos bufones también— lo que se cree la inteligencia argentina, no solo la "intelligentzia". ¡Son cosas de tilingos!

Pero hablemos de Vacarezza, que es lo que importa. Hablando de lo que él representó, nos será fácil entender este país, en alguno de sus momentos, y entenderlo es la primera condición para no ser tilingo.

El sainete y Buenos Aires

Si Buenos Aires ha hecho algún aporte propio al teatro mundial, ese aporte es el sainete, el *sainete porteño*, que es cosa especial dentro del género. Buenos Aires lo hizo nacer de su propio genio y su máxima expresión fue Alberto Vacarezza, un porteño de barrio, que venía del Abasto —típica zona

Tomado de *Prosa de hacha y tiza.* Buenos Aires, Peña Lillo, 1974, 3ª ed.

porteña—, portador de un apellido inmigratorio ya muy ventilado de pamperos. Era un hijo de la Argentina real —real, digo, y no perfecta ni imperfecta—, que es la empresa nuestra, solo desde esa base y según nosotros seamos capaces de hacerla.

Todo el sainete de Vacarezza expresa ese Buenos Aires del momento en que Vacarezza escribió. No se trata aquí de esclarecer si el arte imita a la naturaleza o la naturaleza al arte, como decía Wilde; pero es difícil saber en qué medida el sainete fue espejo de la ciudad, o la ciudad espejo del sainete, tanta es la correspondencia que había entre los dos, pues las tablas repetían la calle, el patio y el corralón, y corralón, patio y calle repetían las tablas.

Vacarezza andaba por a calle Corrientes ocupando con su ancho físico, como dice Ponferrada, toda la angosta vereda de Corrientes la angosta; y más con su ancho y desmañado ademán que parecía ir tropeando por la huella que abrieron Trejo y Pacheco. Tropeaba imágenes, dichos, costumbres, modos, anécdotas y toda una humanidad colorida y abigarrada que después salía de él, como si la sonrisa grande de su gran boca, sobre la mandíbula casi prognática, fuera una tranquera para volcarlo todo en el tablado. (Digo tropeando y tranquera deliberadamente para agregar un elemento de pampa en alguna forma, en tentativa de acercarme al secreto de Vacarezza, que tomó los hombres en el puerto y con unos cuantos pases los apampeaba. En esto igual a Buenos Aires.)

El "cocoliche" y su arquetipo

Alguna vez he dicho que Homero Manzi me enseñó este secreto argentino: "Lo que ha salvado este país es la actitud del "cocoliche" —el "gaita", el "tano" y el "turco"—, que en lugar de proponerse un arquetipo traído de allá, se propuso un arquetipo nuestro, el gaucho o el compadrito, sublimándonos así, en él y en sus hijos, la idea del país".

Fíjese, lector, la importancia de esto y lo que

hubiera ocurrido de ser a la inversa. El caso invertido es el de los tilingos, como estos invertidos actores de que estoy hablando, que nunca se han propuesto un arquetipo argentino, siendo su arquetipo el gentleman o el monsieur, que no logran, como el cocoliche no logra el gaucho. Solo que en la frustración de ambos ridículos, el del cocoliche y el del tilingo, el país gana con el cocoliche y pierde con el otro. Porque el cocoliche termina encastando y en seguida es nuestro; y el otro descastado aquí, no encasta en ninguna parte, y menos con el gentleman y con el monsieur, pues solo llegan alguna vez al "rasta", que los hay del dinero y de la inteligencia, y con frecuencia las dos cosas juntas. Y da risa a su arquetipo, como el cocoliche, pero sin fecundidad.

El alma de Buenos Aires

Los documentos de Vacarezza tal vez no lleguen a ser un arte mayor; pero son con seguridad un arte menor que podría haber sido folklore, si no hubiera habido tantos testigos de la vida de Vacarezza, fotografía, cine, disco y letra de imprenta, que hoy impiden al anónimo tragarse el genio creador y disolverlo en lo popular.

Cuando el teatro de Vacarezza no se represente más, se exhumará como documento, y dirá más sobre la historia de Buenos Aires que todo lo que hemos escrito, con pretensiones de ensayo o estudio sobre la ciudad, en aquel paréntesis de treinta años que empezó con el siglo. Tiempo en que los gringos del puerto pechaban como una sudestada sobre los últimos rincones criollos que restaban de la Gran Aldea.

Esos documentos ilustrarán sobre eso que he dicho del arquetipo, que nos salvó chupándose los gringos y haciendo que las aguas que se derramaban del puerto para adentro se mezclaran con la tierra para dar el barro del Buenos Aires de hoy.

El sainete es el espejo de un Buenos Aires intermedio entre la Gran Aldea y la ciudad de hoy; tal

vez mejor, decir de la adolescencia de la ciudad actual. La ciudad de que fue espejo el sainete ya no existe; por eso el sainete ha muerto, pero ella, en esa adolescencia ya pasada, realizó el milagro de salvarse del destino cartaginés, de factoría, que le habían propuesto la oligarquía y el imperialismo.

El sainete nos cuenta cómo Buenos Aires se construyó un alma un poco compadre, bastante cursi, llena de defectos, tal vez guaranga. Pero un alma. Los tilingos la querían desalmada, y no de desalmados, sino de infelices, de imitadores.

Cuando Buenos Aires se agringaba

Sigamos con Vacarezza.

La temática del "tano", del "gaita" y del "turco" fue casi obsesiva en el sainete; eso no se explica si no se sabe que Buenos Aires, con una mayoría de población extranjera, era en ese momento de treinta años un gran digestor que estaba digiriendo, asimilando, construyendo Buenos Aires dentro del país. No sirvieron para eso ni el libro, ni el periódico, ni la Universidad, ni la escuela, desvinculados del paisaje humano, copias de otros libros, otras escuelas, otros periódicos. El gran digestor fue la anécdota permanente que Vacarezza trasladó al tablado; fue esa hospitalidad criolla de dueño de casa generoso que cuando ofreciendo el mate está afirmando su señorío, y la buena voluntad del "cocoliche", que ve, detrás del dueño de casa que le alcanza el mate, al arquetipo que se propone.

El patio del conventillo que se vio en el tablado, con sus tiestos florecidos, canciones, milongas, pitos de vigilantes, viejas Celestinas, mozas deslumbradas por las luces del centro, trabajadores derrengados, guapos y flojos, era el escenario de esa digestión social, y lo mismo el corralón y el café o la calle, entre risas o entre llantos y gritos, con la nota violenta del vino o de la sangre sobre el piso.

Yo no sé si los muchachos de ahora me entenderán.

¿Qué muchacho de ahora puede percibir lo que significaba entonces "el gallego espartaquista" o el "italiano cocoliche" y sus rivalidades? ¡Y cuán cierta, cuán reflejo de la realidad esa rivalidad de italianos y españoles, salpicada de turcos, o de subrivalidades de calabreses y napolitanos con genoveses y piamonteses, o de gallegos y asturianos con catalanes y andaluces!

¿Quién no vio el sainete con solo aproximarse a las pizarras de los diarios, cuando la guerra del 14, en esas discusiones epilogadas a golpes, entre "gallegos", germanófilos y neutralistas, y "tanos" aliadófilos y belicistas? O más lejos aún, en aquella guerra ítaloturca que despertó simpatías musulmanas en todos los "gaitas", cuando se decoraban los salones de lustrar con los coloridos cromos donde los emplumados "bersaglieri" avanzaban siempre, y siempre al trote. ¿Se recuerda ahora cómo se celebró en la Boca el desastre español en Annual, en Marruecos, y la recíproca: aquel banquete con que los "gallegos" changadores de estación Sola celebraron la derrota italiana en Caporetto?

Ahí, en las pizarras, estaban los personajes del sainete, haciendo el sainete sobre el pavimento. Y también nosotros, haciendo los personajes criollos de la pieza, sin saberlo, en la sorna cachadora con que echábamos leña al fuego, metiendo púas, con ese aire sobrador que nos daba el ser hijos de Martín Fierro o de Juan Moreira, no importa que los padres fueran tan "gaitas", tan "tanos" o tan "turcos" como los que servían de diversión.

Y Vacarezza andaba por la otra vereda, viéndonos y riéndose de todos, queriéndonos a todos, que éramos sus personajes, y metiéndonos a todos en la bolsa de su magín para recrearnos después sobre el tablado. Y nos recreaba con ventaja para nosotros, "gallegos", "tanos", "turcos" y "criollos", porque él hacía en el tablado lo que Buenos Aires estaba haciendo en la vida: el porteño de ahora, de este momento, que ya está dejando de ser ese mismo, porque ahora hay otro elemento en la mezcla, como lo diré luego.

Cuando Buenos Aires se acriolla

Para saber lo que seremos es necesario saber lo que somos y cómo somos lo que somos. Y ningún documento ilustrará mejor sobre ese extremo, que este espejo del Buenos Aires de transición que dejó su impronta en el sainete. Allí está la historia viva del aluvión inmigratorio y de cómo Buenos Aires salvó su alma. Ese momento tuvo sus historiadores y sus cantores, y fue Vacarezza el más alto de ellos. Como cantor que era vivió lo que cantaba, y fue en política lo que cantando era; eso es lo que han querido castigarle los payasos: el ser auténtico. Les parece mal todo lo que no es payasada, imitación.

Dejémoslos a ellos y sigamos con Buenos Aires, que ya se digirió el aluvión inmigratorio.

Después vino el otro: el que algún hijo del primer aluvión, el gringo, llamó zoológico porque este otro aluvión era nativo. Hubo primero un paréntesis grande, en que el puerto dejó de parir gringos. Y después empezó, despacito primero, rápido y violento después, el otro aluvión: el que venía del fondo de nuestra historia. Fue ese aluvión con los Hernández, los Benítez, los Rojas —mejorando lo presente—, Garcías, Enríquez, Gaticas, Cabreras, con apellidos de conquistadores y caras y pelos mestizos, no se sabe si por la filiación materna o por el bravo sol del norte, o la áspera vida de los pobres.

En 1916 aquel aluvión gringo tuvo una expresión política, contra el que se unió la "civilización" de izquierda a derecha, de socialistas a conservadores. Este que vino en 1945, a hacer Buenos Aires más argentina aún, también unió igualmente a los civilizadores en su contra, en la "Unidad Democrática".

Vacarezza, que había entendido lo de antes, entendió esto nuevo, y estuvo políticamente donde estuvo.

Esta es la verdadera razón por la que no habló ningún payaso en su tumba. No nos vamos a afligir por eso. Pero me aflige, sí, que el segundo aluvión no tenga todavía su cantor, ni se haya expresado todavía por un teatro propio. La presencia del cabecita negra y su simbiosis con los porteños, y la

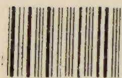
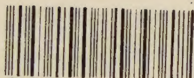
simbiosis de los porteños en el interior, que le trae el cabecita negra, es un proceso cuya anécdota, cuyos millones de anécdotas, todavía no ha documentado el arte. Falta el Vacarezza que les dé expresión.

Pienso que tal vez sea porque le ha faltado dolor. Desgraciadamente ahora empiezan a darse las condiciones, desde que mandan los tilingos.

Como en el sainete, cuando se desliza hacia el grotesco.

(*Mayoría*, 24 de setiembre de 1959.)

INDICE

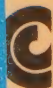


La crisis d[illegible] treinta desnuda [illegible]a dependencia de [illegible]terra y pone al desc[illegible]to las falencias de l[illegible] cuadros gubernamentales que se habían sucedido hasta ese entonces al frente del país. Este proceso repercute en el radicalismo y produce, cuando en 1935 se levanta la abstención, la polarización de los grupos yrigoyenistas, uno de los cuales funda FORJA, con el objeto de profundizar el credo de Yrigoyen, pero ya en la búsqueda de las definiciones de que había carecido hasta ese momento. Arturo Jauretche (1900-1974) forma parte de este grupo de hombres que iba a ser uno de los nexos fuertes entre los dos grandes movimientos de masas de la Argentina contemporánea: yrigoyenismo y peronismo. El presente volumen de la Biblioteca Argentina Fundamental es una selección de los numerosos ensayos publicados por el autor de **Los profetas del odio**, en los que se indaga, de una manera apasionada, en las zonas críticas de la relación del hombre con su territorio, su cultura, su comunidad.

Ilustración de tapa:
Antonio Berni
Manifestación
Oleo (detalle)
Col. del artista
(Foto: D. Menassé)

Volumen especial

Suplemento del fascículo Nº 138 de **Capítulo**



Centro Editor de América Latina
más libros para más